

CALIXTO OYUELA

CANTOS



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS

680 — CALLE DEL PERÚ — 680

—
1891

CANTOS

A FRAY LUIS DE LEÓN

But when the intervals of darkness come, as come they must ; when the sun is hid and the stars withdraw their shining, we repair to the lamps which were kindled by their ray, to guide our steps to the East again, where the dawn is.

(EMERSON)

Como celeste canto
Resuena tu inspirada poesía,
Y asciende en vuelo santo,
Y su alta melodía
Limpias ondas de amor al alma envía.

Vibra tu grande acento,
No en el hervor de popular tumulto,
Do el que hoy oye el concento.

De fervoroso culto,
Blanco es mañana de candente insulto ;

Sino en la sacra esfera
Donde gloriosa la virtud fulgura,
Y en tibia primavera
Aura de virtud pura
Besa y abre la flor de la hermosura.

Tu voz, sin pompa vana,
Adulación sonora del sentido,
Se lanza dulce y llana
En el alma, sin ruido,
Cual ave amante en el oculto nido.

Rompió en un nuevo oriente
La hermosa lumbre de la edad pagana,
Y aquel ritmo potente,
Aquella gracia arcana
Se derramó en tu mente soberana.

Mas la antigua hermosura
 En tu sublime fe, en tu ardiente celo
 Fundió su esencia pura,
 Y con místico anhelo
 Voló, serena y encendida, al cielo ;

Cual urna primorosa,
 De nítido alabastro construída,
 Se ostenta más hermosa,
 Con más luciente vida,
 Si de interno fulgor brilla encendida.

Tu numen vivifica
 Naturaleza toda, y la levanta,
 De nuevas gracias rica,
 Á ser la lira santa
 Donde el Eterno sus grandezas canta.

Sus plácidos rumores,
 Su mudo acento, su menor rüído,
 Sus rayos tronadores,

Con profundo sentido,
Como divino són hieren tu oído.

Y el oloroso huerto
Que cultivas *del monte en la ladera,*
De bella flor cubierto, ¹
Por secreta manera
Tu mente eleva á la celeste esfera.

Como aquel que vagando
Por hondo valle, más amigas siente
Las voces con que hablando
Está perennemente
Naturaleza en su callado ambiente;

Y la vista tendiendo
Á la imperial dominadora cumbre,
Volar quiere, venciendo
La mortal pesadumbre,
Allá donde entrevé ríos de lumbre :

¹ *La vida notivada*

Tú así, en ansia constante
 Por arrancarte á la terrena arcilla,
 Ardes por la distante
 Esfera sin mancilla
 Donde la patria de las almas brilla.

¡Cuál de júbilo y pena
 Sublime confusión te embebecía,
 Cuando NOCHE SERENA
 Por la bóveda umbría
 Resplandecientes lumbres extendía !

¡ Oh cómo desplegaba
 Tu purísima fe sus alas de oro !
 ¡ Cómo en busca volaba
 Del místico tesoro
 De amor, que inflama el centellante coro !

Allí, en visión dichosa,
 Celebra la región en que florece
 Perenne nardo y rosa ;

Y el himno que la ofrece
Con blanca luz de gloria resplandeece ¹.

¡Mortal á quien fué dada
Alta contemplación de la ventura
Al mundo real velada ;
Y ver, tras niebla oscura,
Limpia y radiante la sublime altura !

Huella el suelo tu planta,
Y la tierra te manda sus rüidos ;
Mas tu alma se levanta,
Y pasea encendidos
Por entre eternos soles sus sentidos.

¡ Oh vén á mí, vén ! Lleno
Me siento de tu amor, grande agustino :
Yo amo el fulgor sereno,
El raudal cristalino
De tu sencilla fe y candor divino.

¹ *Morada del cielo.*

Henchido de alto anhelo,
 Hijo de una región joven y hermosa,
 Á quien romper el hielo
 De la materia odiosa
 Le falta sólo para ser dichosa ;

Á ti, que eres creencia,
 Poesía, ideal, mi lengua aclama ;
 Y ansiando por la esencia
 Que tu espíritu inflama, .
 Pongo mi corazón sobre tu llama.

1886.

LA VUELTA AL CAMPO

I

¡Héme otra vez en el risueño albergue
Donde las limpias horas
De mi niñez tranquila,
Bordadas de inocencia trãnscurrieron!
¡Cuánto sangriento y férvido combate
Reñido desde entonces
En lo íntimo del alma, ¡ay! trocaron
En hondo hervor su virginal reposo!
¡Qué de afanes, congojas y dolores
La trama de mi vida
Con largo hilo de hierro entretejieron!
¡Cuántos goces también, cuántos vivaces

Afectos, encendidos
Al recio golpe en mundanales yunques!
Allí el amor, anhelo de hermosura,
Lanzó á mi corazón dardo süave,
É hizo que en él brotaran,
En vez de sangre, inmarcesibles flores.
El envió á iniciarme en sus misterios,
No á sensual Safo, ni á Diotima docta,
Mas á cándida virgen, sin más ciencia
Que la de alzarme á la región celeste
Con la amorosa lumbré de sus ojos,
Y la abundante miel de sus palabras.

Allí, en largas vigiliás, devorado
Del ansia de saber, vi derrumbarse
Del tiempo en los abismos,
En honda convulsión, siglos é imperios;
Tremenda sobre el mundo
De Dios la eterna maldición sonando;
Y la virtud serena
Pasar cual lampo entre siniestras sombras.

Vi lanzar á la espada del guerrero
Sangriento resplandor, y oí el heroico
Clamor de la victoria,
Que en lamentos los ecos devolvían.
¡Y cuál fué mi embeleso, cuál mi encanto,
Al ver á algún mortal semi-divino
Seguir, bañada en luz la augusta frente,
La oculta y nemorosa
Senda por donde fueron
Los pocos sabios que en el mundo han sido !

Entonces vi también surgir del polvo
De las antiguas ruinas,
Siempre armónico y simple, siempre joven,
Radiante de hermosura, el mundo griego.
¡Encarnación vivísima y profunda
Del arte y la belleza ;
Potente vibración, himno perenne,
Pueblo de héroes y dioses, yo te adoro !
Tú hiciste resonar entre mi alma
La majestuosa voz del grande Homero,

La rápida y süave
Armonía de Píndaro, el rugiente
Arranque de Demóstenes, el claro
Acento de Platón, noble y sublime.
Y amé lo que tú amabas,
Y viví de tu vida, y tomé parte
En la hazaña inmortal de los trescientos,
Y vi á Jerjes huír torvo y sombrío,
Y contemplé extasiado
Tus rudos juegos y graciosas danzas,
Y creí en tus bellísimas ficciones,
Y escuché á tus sofistas, y sencillo
Á Sócrates decir en el Liceo
Una nueva y sin par filosofía,
Y de sacro terror fuí conturbado
Al visitar tu Partenón luciente.
Mas cuando vi al tirano Macedonio
Acercarse ominoso á Queronea,
Quise encender la cólera terrible
De tus dioses ¡oh Grecia!, porque, airados,
Con mano formidable

En polvo hundiesen su ambiciosa frente...
Mas, ¿dónde estaban, dime, dónde estaban?

Caíste en hondo abismo,
Mas tu aliento inmortal vive é impera,
Y al extenderse en generosas ondas,
Engendra nueva vida en nuestras almas,
Vida de luz y plácida armonía.
Yo también, encendido
Con una chispa de tu excelsa hoguera,
Adoré la belleza, en tí encarnada,
Y aun soñé alguna vez que hasta mi frente
En giros luminosos
La inspiración celeste descendía.
¡Horas de soledad, coloquios dulces
Con la Venus Urania!
Hoy al volver á esta mansión dichosa,
Y al contar con dolor los eslabones
Que de mi infancia por jamás me alejan,
Alzáis aún en mi arrobada mente
Un deleitoso y vívido recuerdo.

II

Aun lo son más, empero, los que surgen
De esa edad infantil, cuya memoria
Guarda todo mortal, y á la que siempre
Torna en sus duelos con amor los ojos,
Como si viera en ella
De frescura y de paz fuente escondida.
¡Y cuántos brotan para mí, radiantes,
Al llevar otra vez mi incierto paso
Por entre estas sombrías arboledas,
Y estas movibles y sonantes cañas!
Aun veo aquí la huella inextinguible
Del tiempo aquel que en inocentes juegos
Y en dulce y blanda placidez corría.
¡Cuánto estrépito alegre, cuánto agudo
Grito infantil, de estos agrestes troncos
En torno resonó, cuando en fingidos
Raudos corceles, la ruidosa turba

En desorden triunfal los invadía !
Quién, echando pie á tierra,
Ágil trepaba por las verdes ramas,
É iba á turbar gozoso
La dulce calma del caliente nido ;
Quién en viva carrera aventajando
Á los demás, con grande clamoreo
Enaltecía su sin par victoria.
Y era de ver cuál la caterva, armada
De largas cañas y torcidos palos,
Con marcial ademán, obedeciendo
Á la estentórea voz del más robusto,
En tumultuoso batallón marchaba.
¡ Días hermosos, por jamás huídos !
¿ Quién podrá ver sin indecible encanto
Los límpidos raudales
Que por el alma de la infancia ruedan ?
¿ Qué es lo que sabe de la horrenda lucha
Que la entraña del mundo
Día por día con furor sacude ?
Nada. Tan sólo advierte

Que vive y goza, y que tras blando sueño
Por Dios mismo sobre ella derramado,
Naciendo el día, tornará entre risas
Á gozar y á vivir. ¡Oh incomparable
Edad! ¡Oh dulce infancia! Y tú nos huyes!
¡Y tú pasas también, no eres eterna!

Por la noche, reunidos
En torno de un inculto
Trabajador, oíamos pasmados
De sus labios brotar mil maravillas,
Largas leyendas, pègrinos cuentos,
Do en vértigo sin fin se entremezclaban
Palacios encantados, portentosos
Jardines, centellantes lagos de oro,
Lindos mancebos y terribles viejos.
¡Cuántas preguntas cándidas lanzadas
Por el atento corro,
El sabroso relato interrumpían!
¡Qué honda ansiedad nos embargaba, cuando
Feroz gigante de nervudos miembros

Lanzaba por los aires
Á la amante infeliz del héroe invicto !
¡ Qué férvida alegría al verlos, libres,
Gozar después de sin igual ventura !
Jamás esas creaciones soberanas
Que del ingenio humano
Son timbre y esplendor, y que más tarde
Extático admiré, tan honda huella
Imprimieron en mí, cual los pasmosos
Y absurdos lances que en la infancia oía.

Mas de cuantos recuerdos
Aqui me asaltan por doquier, ninguno
Mayor dulzura á mis afectos brinda
Que el que es imagen del alegre bando
En que á encontrar volábamos el coche
Que nos traía á nuestro anciano padre.
¡ Qué gozo al columbrarle ; qué algazara
Á su alrededor formábamos ; qué ansioso
Cada cual pretendía
Ser antes que los otros divisado !

Uno al angosto estribo
Otro al pescante, intrépido saltaba ;
En tanto que un tercero, penetrando
En lo interior, en su tostada frente
El codiciado beso recibía.

¡ Padre : hoy que ya exento
De mortal velo, gozas la sublime
Serenidad de las celestes auras,
Yo siento penetrarme
De acerba pena é íntima dulzura,
Recordando la plácida sonrisa
Que todo tu semblante iluminaba,
Al contemplarte víctima dichosa
De nuestro alegre y cariñoso asalto !

III

Ya todo huyó. Mas al volver con ansia
Á tu seno, inmortal Naturaleza,
Y al respirar tus revolantes brisas,

Aun tal vez imagino
Que aquellos días deliciosos vuelven.
¿Cómo no fuera así, si hoy te contemplo
Cual de niño te amé? Desde esta loma,
Risueña y ondulante
Miro extenderse la feraz llanura ;
En un declive, en desiguales grupos,
Punzantes ñapindás, rústicos talas ;
Al lado opuesto, esbeltos
Álamos solitarios, semejantes
Á solemnes columnas
De antiguo monumento destruído,
Al cielo elevan sus soberbias copas ;
Por la suave hondónada
Blancas ovejas, bueyes y caballos
En grata variedad vagan paciendo ;
Y allá, en lejana altura, medio oculto
Entre verde arboleda, se divisa
Nutrido y caprichoso caserío,
Do en lazo extraño alternan la europea
Choza del labrador y el rancho humilde.

Blanca humareda en espiral asciende
Súbito de su seno : es la triunfante
Locomotora, que silbando rueda,
Imagen fiel del siglo, hirviente y rauda.
Ante estos amplios llanos,
Que una apacible vaguedad envuelve,
Y sobre cuya faz, allá en la altura,
Ilimitado el firmamento brilla,
Mi espíritu anhelante
Se mece en lo infinito, y confundido
Con la madre inmortal, en giro inmenso
Por la tierra y los cielos se difunde.

IV

¡ Madre Naturaleza ! ¡ Cuánto gozo
Siento al mirar el variado manto
Con que las horas al pasar te cubren !
Al nacer la mañana
Todo de amor en ti palpita inquieto ;

Y el breve y repetido
Gorjear de las aves ; los rumores
Que por tu seno tímidos circulan ;
Y el blanco velo que en tu frente ondea,
Anunciarnos parecen que en tu regio
Tálamo, ansiosa la venida aguardas
Del monarca del día.
Rompe, por fin, magnífico, encendiendo
En rósea lumbre las cercanas nubes,
Y tú el primero y suave
Beso al sentir de sus tendidos rayos,
De pudoroso tinte te coloras.
Más tarde, ya ascendido
Al solio del cenit, toda te abrasa
En su candente fragua, y por tus venas
Savia de fuego rápida discurre.
Y al declinar en Occidente... ¡oh triste
Hora crepuscular, triste y solemne!
Hora llena de unción, en que se agolpan
En tropel á la mente los recuerdos,
Y aun nos parece que en lucientes nimbos

En el pardo horizonte lentos vagan,
Y con voz misteriosa
Nos hablan de los días que pasaron,
De otra luz, de otros mundos y otros cielos.
Semejas ¡oh Natura!
La imagen de la eterna despedida,
Cual si al hundirse el sol entre arreboles
No ya á ceñirte de esplendor volviera.

¡Oh Noche! ¡Almo sosiego! ¡Cuánto adoro
Tu silencio elocuente!
Sólo se escucha el canto
Tenaz del grillo, entre la hierba oculto;
El mugir de algún toro; el vigilante
Ladrido del mastín; y en altas horas,
Allá lejos, el áspero chirrío
De larga hilera de pesados carros,
Que el viento trae unido al quejumbroso
Melancólico són de los cencerros.
No turban tu sosiego estos rumores
¡Oh Noche! antes le tornan

Más íntimo y solemne. En él yo escucho
Mil secretos acentos
Que en efluvios suavísimos despides ;
Y al levantar los ojos
Á la bóveda inmensa y estrellada,
No el grito puedo reprimir, ferviente,
Que desde el fondo de mi alma brota :
¡ Aquí de Dios, exclamo,
Está en orbes de luz el nombre escrito,
Aquí en la muda inmensidad impera !

Todo, Natura, en ti resurge á vida
Vestido de hermosura ;
Y al tibio beso de las blandas auras,
La creación, de tu incansable seno
Revienta y rueda en infinitas ondas ;
Mas no por ello turbas tu sencilla
Solemnidad, tu majestuosa calma.
¡ Y he de dejarte, por correr á hundirme
Allá donde los hombres
Fabrican sus pestíferas ciudades ;

Donde á vil precio la amistad se alquila ;
Donde los odios que en el alma hierven
Falsa é infame la sonrisa oculta !
¡ Do en los hondos abismos
Del corazón, con timidez cobarde,
Los más tiernos afectos
Es fuerza encadenar, para arrancarlos
Al necio escarnio, á la insultante mofa !
¡ Sea ! Empero, no en balde
Me habré bañado en tu sereno ambiente,
Y en tus puros aromas : así acopio
Para el mortal combate alientos nuevos...
Mas ¡ ay ! ¡ quién en tus brazos
Plácidamente reposar me diera !

Lomas de Zamora, 1883.

IRIS

Guardo en el fondo de mi alma un vaso
Desbordante de aromas y armonías,
Que al reflejar tu límpida mirada
Un haz derrama de esplendentes luces.
¡Profundo y dulce arcano -
Que no del hombre la infatuada ciencia
Comprenderá jamás! Hasta él no alcanzan
Ni el poder inmortal del pensamiento,
Ni la indomable voluntad, ni el rüido
De la afanada multitud, que el orbe
Vuelve y revuelve sin hallar reposo.
Mas ¡oh cuál se abre transparente y puro,
Cuando la voz del sentimiento, envuelta

En férvidas palabras,
Dulce penetra en el amante pecho!
Entonces se respiran
Auras de un mundo superior, cerrado
Al que la magia del amor no sabe.
Y ruedan por la mente
Raudales de suavísima armonía,
Que fecundando su virtud creadora,
De mil visiones sus dominios pueblan,
Y luego en forma espléndida encarnadas,
Cobran vida perenne
Hollando en triunfo los pasmados siglos.

¡ Oh amor, oh amor, encanto
Eterno y solo del mortal ! Tú sabes
Con qué inefable gozo,
Con qué emoción conmovedora y honda,
Mi alma, entonces virgen,
Recibió un día tu primer caricia !
Tú sabes cuántas horas
De insomnio, y de inquietud, y de delirio,

Sobre mi ardiente corazón pasaron !
Mas no á agostar su juventud naciente,
Como tal vez del sol la lumbre viva
Sobre la nueva flor, de aromas llena ;
Sino á infundirle aliento poderoso,
Y fuego, y entusiasmo,
Y el amor de la gloria, y la constancia
Contra los dardos que un adverso Numen
Lanza empapados en dolor, al pecho
Del que Dios hizo al sentimiento dócil.

Tú me enseñaste fulgurante y viva
La dulce virgen de mis sueños de oro,
La de rica y flotante cabellera,
Cuyo mirar purísimo y sereno
Del alma aduerme las inquietas ondas.
¡Cómo, al verla, mi vida,
Hasta entonces sin norma é infecunda,
Se llenó de misterios! Savia nueva
Mi sér transfiguró ; miré del seno
De nuestra inmensa y generosa madre

Brotar deslumbradores
Torrentes mil de fuego y hermosura,
En tanto que mi espíritu, templado
Para el arduo luchar de la existencia,
Surgía á respirar las frescas auras
De risueña y florida primavera.

¡ Ángel de amor ! Si iluminó mi mente
Una chispa, no más, del regio incendio
Que arde en los grandes ; si escuché extasiado
Ese rumor universal que llena
De mundo en mundo las etéreas ondas ;
Si el carro de las Horas presuroso
Vertió sobre mi frente
Nutrida lluvia de fragantes flores,
Y sus perfumes aspiré, y la vida
Vi levantarse espléndida y radiante,
Ostentando engarzado en su corona
El fúlgido joyel de la esperanza :
Á ti, amada, lo debo, á ti tan sólo,
Huerto oloroso del amor ; rocío

Dulcísimo y potente,
Que hace lozano erguirse, y rico en frutos,
Cuanto débil retoño en mí se cría.

Cuando la luz que del obscuro seno
De las tormentas brota,
Fatídica en mi frente resplandece,
Y rueda inmenso el trueno airado y ronco,
Una sola, mi amor, de tus sonrisas
En la áurea luz de tu mirada envuelta,
Basta á calmar los ímpetus soberbios
De indomable Titán, que agigantarse
Siento dentro de mí, y honda y terrible
Ansia de horror y destrucción me inspiran.
¡ Sí! que tan sólo una palabra dulce
De tus labios amantes derramada,
Es bálsamo celeste,
Es luz de luna, plácida y serena,
Que amor le infunde por lo grande y noble,
Y le torna la paz y la alegría
Á este tu corazón, de amor sediento.

Ver desprenderse de tus negros ojos
La luz de la pasión ; oír el timbre
De tu voz argentina y melodiosa ;
La idea sorprender que rauda cruza
Por tu frente serena,
Y aun ver rodar por tu mejilla el llanto
Brotado á impulso de ligera riña
Que injusto provoqué : hé ahí el tesoro
De mis ocultos goces ; la süave
Música siempre varia,
Que en mí cual eco suena
De una armonía que vibró en el cielo.

¡ Cuánto secreto angelical no cела
Un alma, cual la tuya, amante y virgen !
¡ Cuán frescas aguas al ardiente labio !
¿ Y ha de torcer de mí su amado cauce
Dejando mustias las hermosas flores
Con que mi senda engalanó ? ¿ Un día
No llegará, en que al verte esquiva y dura
Por mí lado pasar, sepultar deba

Dentro del pecho la palabra amante?...
¡Perdona, dulce amada, si insensato
Con tales dudas tu constancia ofendo !
Hijas son de mi amor, de ese deleite
Excelso, inenarrable,
Que en oleadas por mi sér discurre
Cuando en mi alma el iris
De tu cariño su fulgor despliega.

¡ Ah, no me olvides, y seré dichoso !
¡ No me olvides, mi bien ! Sé tú la sombra
Do de los ígneos rayos
Del mundanal bochorno encuentre alivio.
Sé tú la blanca inmaculada venda
Que restañe la sangre
De quien hollando aún verdes senderos,
Hondos males presiente, y corta vida... ,
Y cuando vuelto en polvo el frágil vaso
Que mi anhelante espíritu
Aprisiona hasta hoy, triunfante y libre
Vuele á esperarte al inmortal seguro,

Cierren tus manos con amor mis ojos,
Que en contemplarte su placer cifraron,
Y haz que en torno á mi tumba solitaria
La triste flor de los recuerdos brote.

1882.

AL ARTE

Cuando al FIAT solemne,
Del abismo profundo
Surgió, ceñido de hermosura, el mundo,
Y el hombre, absorto en mágico embeleso,
Unió su voz al coro de armonías
Que en las etéreas vías
Rico y sónico sin cesar resuena ;
Cuando confusa su razón clamaba
Por descifrar el misterioso arcano
Que el giro soberano
De las esferas, tras de sí ocultaba :

Desprendió Dios de su increada esencia
Una ráfaga ardiente,
Que descendiendo vivida y gloriosa,
Ardió en su alma y centelló en su frente.

¡Llama de inspiración! Por ella el hombre
Vislumbró lo infinito; el sentimiento
Su sér transfigurando, la materia
Doblegó á su albedrío; al duro mármol
Dió vida y alma su virtud creadora;
Gradación al color; ritmo, armonía,
Al sonido fugaz; á la palabra
Luz que los cielos ilumina y dora.

Ruedan los pueblos á la nada. El tiempo
Sepulta en sus abismos
Una edad y otra edad: el ARTE sólo
Resiste y triunfa, y en fecundo lazo
Une pasado y porvenir. La idea
Y la pasión; combates, cataclismos,
Gritos del alma, irradiación de gloria,

Coronas de victoria,
Rumor de tempestad, sol de ventura :
Todo en la triste humanidad perece,
Todo en el ARTE se abrillanta y crece
Velado en el cendal de la hermosura.

¡Grecia! ¡Madre inmortal! ¡Cuna dorada
De libertad é inspiración! ¡Maestra
Eternamente venerable! En vano
Caíste derribada
Al rudo empuje de los siglos. Joven
Vives del ARTE en el inmenso templo,
Y tu genio fecundo,
Volando vencedor de mundo en mundo,
Culto es feliz de admiración y ejemplo.
¡No, tus dioses no han muerto! Aún, radiante,
De tus cerúleas ondas
Nace gentil la voluptuosa Venus ;
Aun rige Apolo el centellante carro
Del sol, y sus flamígeros corceles ;
Y al sátiro lascivo

Huyendo leves las gallardas ninfas,
Rodeadas de cándidos amores,
Van por la margen de las claras linfas
Tejiendo danzas y esparciendo flores.
Aun de rubias espigas coronada
Ceres la paz y la abundancia vierte,
Y de Ixión sacrílego, callada
Gira en el Orco la espantable rueda.
Aun Píndaro divino
Lauro que eterno esplende
Ciñe á la sien del púgil de Nemca,
Y el fallo del Destino
Demóstenes suspende
Al rayo que en sus labios centellea.

¡ Tal el ARTE triunfó! Tal siempre ha sido
Su mágico poder. El Universo
Se muestra ante él de resplandor vestido.
Rueda á su voz sus fugitivas ondas
El travieso arroyuelo ; en la enramada
Gorjea agudos trinos

El ave enamorada ;
Retumba el trueno en la extensión vacía ;
En densos torbellinos
Se alza, soberbio, el mar ; la selva umbría
Sacude el viento con furor, y el hombre,
De la severa Ciencia
Los inflexibles límites salvando,
Desata los raudales
De su rica ardorosa fantasía,
Y se embriaga de amor y de armonía
En las fulgentes lumbres eternas.

¡ Divina emanación ! ¡ Fuente serena
En que mitiga el alma
Su inextinguible sed ! ¡ Lira ` sublime
En donde el himno universal resuena !
Lloras con el dolor ; con la intranquila
Virgen palpitas, que en amores arde,
Y si al ruidoso alarde
De la alegría y del placer te lanzas,
Ruedan en torno á tu brillante cetro

Festivos juegos, cadenciosas danzas.
Tu voz robusta en los combates truena,
Présaga al héroe de inmortal victoria;
Palmas al mártir das; contra el tirano
Sagrado hervor de indignación levantas,
Y en himno soberano
De Dios la gloria sempiterna cantas.

Mandas: y al punto las ferradas puertas
Del mudo Porvenir fáciles giran,
Y arrancando el secreto á las edades
Que aun en el seno de los tiempos duermen,
Alumbras el camino
De la cansada humanidad, que el rumbo
Sigue, con fe y valor, de su destino.
Y cuando presa de inquietud suprema,
La tenaz duda sus entrañas roe,
Y vacilan alcázares y templos,
Y perecen las joyas peregrinas
Del alma en lo recóndito engarzadas,
Cual tierna flor en las revueltas ondas

De férvido torrente ; cuando airadas
Las vorágines roncadas precipitan
Cuanto en el mundo se adoró por santo,
Y sólo quedan de la horrenda lucha
Sombra en la mente y en los ojos llanto :
Tú brindas al espíritu anhelante
Un manantial purísimo y sereno,
Donde refleja, desde excelsa cumbre,
Vivífico y radiante,
Un sol perenne su celeste lumbre.

¡ Gloria al ARTE inmortal ! ¡ Vuestros acentos
Unid, POETAS, á mi voz ! ¡ Resuenen
Llenos de amor en los alados vientos !
Tejed guirnaldas ; sus mojadas flores
Con niveas cintas enlazad, y llenen
Su templo augusto palmas y loores.
¡ Gloria al ARTE inmortal ! Su luz divina
La esfera cristalina
Baña y colora ; su natura arcana
Cuanto hay de grande y generoso encierra,

Y hendiendo el éter con triunfal decoro,
Derrama en lluvia de oro
La bendición de Dios sobre la tierra.

1881.

EROS

Hoy vengo, dulce dueño,
Á arrojar á tus plantas
Flores del corazón. Si aroma esparcen
Es porque al riego de tu amor brotaron.
¿Cómo no amarte con amor del alma,
Si tú eres para mí la fuente viva
De donde manan en raudal perenne
Las claras ondas de sin par ventura?
¿Cómo no amarte, si al sentir concordes
Tu espíritu y el mío,
Algo de eterno dentro el alma siento,
Y aun me parece, en solitarias horas,

Recibir en la frente
Tenues caricias de invisibles alas ?

No soy de aquellos que al surgir al mundo
Las dulces musas con amor besaron,
Difundiendo en su sér esa armonía,
Esa oculta virtud que doma y rinde
Lo intangible y real, y en lazo de oro
Los liga, alzando la creada imagen
Coronada de luz y de hermosura ;
Mas lo que no hizo la deidad sagrada
Que holló del Pindo la radiante cima,
Lo realizó tu amor, la eterna Musa
Que derrama en mis cantos
El suave aroma que en tu sér se encierra.
Lo hiciste tú con tu mirar sereno,
Limpio reflejo de la luz que enciende
Tu corazón de virgen ;
Con tus palabras, para mí más gratas
Que esa vaga armonía con que el viento
Suena en las ramas, al morir la tarde.

Entonces escuché brotar sonora
La voz, antes no oída,
De la inmortal Naturaleza ; entonces
De la alta estrella, y de la errátil nube,
Y del clamor con que en el ancho Plata
Suelen las olas avanzar rugiendo
Su ira á estrellar en mi natal ribera,
Un mundo desprendióse de armonías,
Donde línea, y color, y ritmo, unidos
Á férvido sentir, á excelsa idea,
En hermandad sublime
La presencia de un Dios me revelaban,

Tu tierno amor cual generosa y amplia
Onda de luz se derramó en mi mente,
Y fué mi corazón acorde lira
Donde eco y forma halló el eterno ritmo.
; Inefable emoción, engendradora
De briosa virtud y alto deseo !
Rica de savia nueva
El hombre siente rebullir la vida,

Y, lleno el pecho de viril constancia,
Al mundanal combate se apercibe,
Y ni duro revés, ni arduos afanes,
Ni sirtes mil su intrepidez doblegan,
Que, vencedor, una mirada ardiente
De su amada feliz le aguarda en premio.

¡ Cómo anhelé que tu adorada planta
El lauro hollara á mi laúd ceñido !
Y ¡ oh cuántas, cuántas veces
Vino mi oído á relagar süave,
En ondas vibradoras
De alto loor y de ruidoso aplauso,
Tu dulce nombre entrelazado al mio !
¡ Engañosa ilusión ! Al ave humilde
De corto y débil vuelo,
Nunca el cóndor audaz prestó sus alas,
Ni alcanzó á la orgullosa
Copa del roble el vacilante junco.
Mas si dado no me es los ricos dones
Aumentar, que Fortuna

Con mano avara y desigual reparte,
Amor es vena irrestañable, y siempre
Rueda sonoro derramando aromas.
¡ Feliz si puedo de tu amante labio
Verle perenne desprenderse, y lejos
De cuanto el mundo en su delirio ensalza,
Mi corona tejer con tus sonrisas !

Todo me habla de ti. La flor que entreabre
Su vivida corola ; el aura leve
Que en torno gira ; la onda rumorosa
Que entre menudos céspedes resbala,
Y aquella de la tarde
Voz íntima y profunda,
Que de un vago anhelar llena la mente,
Cuando el último beso
Naturaleza de la luz recibe :
Traénme, envuelto en delicado aroma,
Tu nombre y tu recuerdo.
En la alta noche,
Cuando, huésped benigno,

Sobre el mundo infeliz vela el silencio,
Y derramado ejército de estrellas
Relumbra en chispas por el éter vago,
Yo siento que tu imagen
Llena todo mi sér; radiante y viva
Ella aparece en cuanto objeto hermoso
Mis ojos ven, y en ondas de ternura
Inundándome el alma, en ella, rica,
La flor de luz de mis ensueños brota.

Otros en pos de fútiles quimeras
Á la arena del mundo
Enderecen sus férvidos corceles ;
Sorprender quieran con tenaz porfía
La verdad insondable,
Que de ellos huye cual las frescas aguas
De la boca de Tántalo sediento ;
Ó, en ansia ardiente de ligeros goces,
Viles arrojen su mejor diadema
Á las plantas de estólido magnate :
Yo anhelo ver la generosa lumbré

Del sol, que el mundo y tus cabellos dora,
Y aquella, aún más pura,
De tu amante mirar, á cuyo influjo
Mi espíritu se impregna
De olor de rosas y armoniosos cantos.

¡ Todo está en ti mi corazón, que al ritmo
Late ¡ oh amada ! que tu mente rige !
Y cuando vago de tu luz distante,
Tus recuerdos en él vivos fulguran,
Como, al hundirse el sol, bordan los astros
El manto obscuro del tendido cielo.
¡ Tuya mi lira es ! Tuyo su limpio
Aunque modesto són ; y cuando envuelta
En velos funerarios,
Orne en silencio mi olvidada tumba,
Aun al herirla gemebundo el viento
Entre sus cuerdas vagará tu nombre.

Á RAFAEL CALVO

DESPUÉS DE UNA REPRESENTACIÓN DE « DON ÁLVARO,
Ó LA FUERZA DEL SINO ».

Sonar oyendo aún los grandes ecos
Del clamoroso y entusiasta aplauso
Que esta noche, en *Don Álvaro*, arrancaste
Á un público suspenso de tus labios,
Esta amistosa epístola te envió,
Borroneada en verso asonantado,
Sin más razón para elegir el metro,
Que ser el que primero encontré al paso,
Ó quizás porque aun vibran en mi oído
Los romances del Duque, soberanos.

Lleno estoy de tu gloria... mas no temas
Que ofenda tu modestia con dictados
De cortesano adulador, que sólo
Sabe expresarse en términos bombásticos,
Acreditando que no siente el alma
Lo que con tanto ruido dice el labio :
Á mí el tono sencillo me enamora,
La frase familiar, modesta, amo,
Y así te digo con verdad sincera
Que esta noche en mi alma has penetrado.
Si, me has hecho llorar, has conmovido
Hasta lo más oculto, hondo y arcano
De mi ardoroso corazón, que guarda
Dolores con sonrisas mal velados.

Nunca en verso lloré : sobre mis penas
El manto del pudor arrojé avaro,
Sin consentir que fueran para el mundo
Motivo de irrisión, pasto de escarnio. .
Mas al verte en *Don Álvaro*, al mirarte
Torvo rugir bajo la férrea mano

Con que tu *sino* te aherrojó, lanzándote
 Furioso en los abismos del pecado ;
 Al ver esa honda lucha de tu alma
 En tu expresivo rostro fulgurando,
 Y esa pasión inapagable, inmensa,
 Por tu Leonor, por tu Leonor, que el hado
 Te entrega al fin... mas ¡ay! cuando ya sombras
 De muerte cubren su semblante pálido ;
 Y esa horrorosa maldición que lanzas
 Al morir, sobre todo lo creado :
 Al verte así, con impetu se abrieron
 Las fuentes de mi alma, dando paso
 Á mil recuerdos tristes y sombríos
 Arrebatados en raudal de llanto.
 Por eso siento ahora hondo deseo
 De hablarte de mis crudos desengaños...
 Pero ¡no! que eso fuera confundirme
 Con tanto eterno expositor de agravios,
 Que en lo poco que sienten cuanto gimen,
 Bien semejan llorones alquilados.
 Hablemos de otra cosa : de tu gloria,

Ó de algo acaso para ti más grato,
De tu España, tu patria bendecida,
Que yo mía también con amor llamo ;
De esa patria poética y guerrera,
La que engendró á Guzmán y á Garcilaso,
La que supo mostrarse al mundo entero
En Trafalgar más grande que en Lepanto.

¡ Bendito seas tú, por quien resurgen,
En esta edad de mercaderes fatuos,
Del áureo Siglo los prestigios todos,
Que hoy contemplamos con celeste encanto !
Vemos por ti sublime y fulgurante
El tiempo en que de España los soldados,
Sembrando medio mundo á cruz y espada,
De Apolo amaban el laurel gallardo.
Sigue, sigue esa senda, rica en gloria,
Que huellas hora con triunfante paso :
Renazcan las doncellas y galanes
De porte audaz y acento enamorado,
Con aquellos agudos discreteos

Que brotaban sabrosos de sus labios.
 Que de Alarcón el embustero teja
 Sus mil ingeniosísimos engaños,
 Y la marmórea Diana, al fin vencida,
 Dócil se rinda al amoroso halago.
 Marta, con picaresca travesura,
 Mezcle el amor divino y el humano,
 Y el seductor Don Juan, audaz é impío,
 Prenda á las bellas en amantes lazos.
 Busto Tabera, en su mansión honesta,
 Al lascivo monarca cierre el paso,
 Y Sancho Ortiz y Estrella adiós eterno
 Se den con alma heroica y tierno llanto.
 De su cadena Segismundo libre,
 Revuélvase iracundo y encrespado,
 Y al despertar de lo que juzga un sueño,
 Su cuello á la razón ofrezca manso.
 De Calderón el indomable *Alcalde*
 Obedezca á su honor más que al mandato
 Severo de su Rey, y que el Infierno
 Se trague al suspicaz *Desconfiado*.

Tornen á ser Fernandos y Fadriques
De heroísmo y de honor espejos claros,
Salvando á sus rivales y enemigos
Antes de hollar la fe que ya empeñaron.
Y la gran selva virgen, rica y varia,
De la española escena, desplegando
Su vasta pompa y su verdor glorioso;
Brote aromas, murmullos, aves, cantos.
¡Que por ti ¡oh Rafael! cesen un punto
Juegos de Bolsa y rechinar de carros,
Y estos sucios harapos de vil prosa
Con los que mente y corazón ahogamos!
¡Corramos á admirar en tu proscenio
Pechos más rudos, trajes más extraños,
Usos más fieros que los usos nuestros,
Pero también un ideal más alto!

•

¡Y tú siempre admirable! Ora te muestres
Tierno amador en traje cortesano,
Ora guerrero ardiente, que del triunfo
Ceñir anhela ensangrentado lauro;

Ora vuelas al crimen, ora empuñes
 La espada del terrible franciscano,
 Ya en ti respire el soñador Ernesto,
 Ya Segismundo con su empuje bravo ;
 Ya te exalte el amor ; ya la esperanza
 Brille en tu rostro con alegre encanto,
 Ya le ilumine el resplandor siniestro
 De afectos vengativos é incendiarios.

No quiero ser tu crítico. No quiero,
 Con afán tan mezquino como extraño,
 Echarme á buscar manchas en los pliegues
 Del manto de tu ingenio excelso y claro.
 Quédese esa tarea para aquellos
 Que á fuerza de ser grandes y ser sabios,
 Del corazón prescinden, porque juzgan .
 Que en un crítico es mueble innecesario.
 Cuando algo encuentro yo, como tu ingenio,
 Noble, hermoso, potente, levantado,
 Al cual presta calor un alma ardiente,
 No lo sé criticar : sólo sé amarlo.

Perdona lo pedestre de mi estilo,
La forma informe, el verso mal cortado :
No fué mi intento, al escribirte ahora,
Hacer de arte ó de gusto alarde vano,
Sino que tal como espontáneo y fácil
Nació por ti en mi pecho el entusiasmo,
Del mismo modo de mis labios brote,
Y á ti se ofrezca en cariñoso aplauso.

1883.

A...

Cual ruedan entre márgenes floridas
Del arroyuelo las radiantes aguas,
Así mis horas
Entre las rosas de tu amor resbalan.

Cual se deshace en el ardiente estío
La nube obscura en transparente gasa,
Así mis duelos
Se funden al calor de tu mirada.

Cual se envuelve la noche en sus crespones,
Del sol llorando la lejana marcha,
Así en mi espíritu
Surgen las sombras si tu luz le falta.

EN LA PAMPA

¡Llanos inmensos de la patria mía,
Donde el caballo en libertad retoza
Y sus tesoros la opulencia cría!
¡Cuánto el mortal en contemplarte goza,
Rasgo hermoso de Dios, pampa lozana!
¡Con qué amplitud augusta y soberana
Radiante el cielo sobre ti se extiende,
Y en curva enorme á tu confín desciende!
Toda encendida el alma en sed de vuelo,
Rompe impetuosa aquí el corpóreo lazo
Que la roba á si misma,
Y en infinito abrazo
Difundiéndose audaz por tierra y cielo,
Allá en la muda inmensidad se abisma.

REMINISCENCIAS

¡ Divino sentimiento,
Que en cascadas de luz el orbe inundas,
Impetuoso y violento !
¡ Hoguera inmensa, en cuya ardiente llama
El corazón depúrase, y la mente
En rutilante claridad se inflama !
Habla la hoja en su temblor ; la onda
Salta y revienta en hervorosa espuma ;
Del bosque en las entrañas
Salvaje vida palpitar se siente ;
La estrella mira, fúndese la bruma,
Y hasta del sol el rayo esplendoroso
Baja más limpio á iluminar la frente.

¡ Yo te bendigo, Amor ; yo que á ti debo
Los únicos instantes
Por que la vida vale el ser vivida !
¡ Yo que hoy por ti de nuevo siento erguirse,
Convulsas, palpitantes,
Las ondas de mi alma, ayer dormida !
¡ Libre, por fin, á la sublime altura
Dirige el vuelo, do la vida esplende,
Y ya otra vez se enciende
En amor, y entusiasmo, y hermosura !

Hoy encuentro de nuevo en mi camino
La virgen dulce y tierna
Que yo tanto adoré. La trenza obscura
Por su elegante espalda resbalaba,
Y á la áurea sencillez de su figura
Gracia y realce singular prestaba.
¡ Qué enjambres de memorias
De un tiempo que pasó, bello y radiante,
Á su fresca visión de primavera,
En vuelo fulgurante

Me transportaron á mi edad primera !
¡ Oh hermosa, única edad, en que la vida
Lanza en lava encendida
Afectos mil del corazón bullente,
En que se ama sin fin, y aun los dolores
Exhalan el perfume
De la espina que crece entre las flores !
Mas ¡ ay, que el tiempo sin piedad consume
Este encanto feliz ! Quedas tú sola,
Honda melancolía,
Brillando en la existencia
Cual triste luz de moribundo día.

Mas ya el pasado torna
Por magia del amor. Él en tus ojos,
¡ Oh mi llorado dueño !
Aún arde por mí, que duro, ingrato,
En mi orgullo insensato,
El nido hollé de tu amoroso ensueño.
¡ Cuánta secreta pena
En tu infausta pasión ! Tu alma serena,

Antes en sueño virginal mecida,
Se abrió, rosa encendida,
Al rayo de mi amor, de aromas llena.
Y la esencia amorosa,
De sus ocultas fuentes derramada,
Resplandeció en la luz de tu mirada
Y te envolvió en su efluvio victoriosa.

¡ Cuántas veces, vencida dulcemente,
Tu abriantada frente
En mí posabas, y en la inquieta calma
De nuestro arrobamiento, yo sentía
Que tu cuerpo gentil se estremecía,
Y que allá adentro te temblaba el alma!
En esas de pasión solemnes horas,
Candentes, bullidoras,
Que aun al morir, en el azul profundo
Dejan, flotando, del espacio, un mundo,
Fué para mí placer nunca excedido
El templar en tu aliento,
Y tender á tus plantas,

Como león dormido,
Mi altivo y generoso pensamiento.
Cuanto germen fecundo
Brotaba en él; cuanta ambición vehemente
Entre sus rojos círculos oprime
La voluntad; cuanta visión serpea
Del sueño vago en la región oscura,
Anhelo de hermosura
Que á más sublime esfera alza la mente,
Y en el fulgor de lo inmortal la baña;
El alma, en fin, con cuanto siente y crea,
En corrientes de amor á ti fluía,
Y en ti acendrada, al mundanal tumulto,
Que siempre por asalto al hombre toma,
Serena descendía
Con nueva savia y penetrante aroma.

Después... todo ya fué. Las frescas galas
De juventud y amor se marchitaron,
Y el tiempo inexorable
Pasó cerniendo sobre tanta hoguera

La nieve de sus alas.
En las vulgares redes de la vida
Presas quedaron á morir las aves
Que en libre y gentil vuelo
Sus deliciosos cantos derramaron
Por los azules ámbitos del cielo.
Mas si la férrea mano del destino
Por opuesto camino
Impelió nuestros pasos, y hoy tan sólo
Como en lampo fugaz á mí te ofrece,
Siempre tu dulce imagen,
Doquier mi afecto ó pensamiento mueva,
En mi cansado espíritu se eleva,
Y sobre sus abismos resplandece.
Así, tras impetuoso torbellino,
Que robustas encinas
É ingentes monumentos anonada,
La luna, en blanco resplandor bañada,
Surge, y alumbrá las silentes ruinas.

DESPEDIDA DE LA INFANCIA

Á la niñita Mercedes Obligado.

Noches hace, habiendo dado
Después de rezar, un beso
Á mi mamá y mi muñeca,
Me tomó un tranquilo sueño.

¿Queréis saber lo que entonces
Vi como si fuera cierto ?
Si lo deseáis, cededme
Vuestra atención un momento.

Fué, pues, que apenas dormida,
Un rayo de luz advierto

Casi imperceptible, opaco,
Que poco á poco creciendo,
Formó al fin una aureola
De vivísimos destellos.

Al mismo tiempo escuchaba,
Allá á lo lejos, muy lejos,
Misteriosas armonías
Y arrobadores acentos,
Como si mil serafines
Se anduvieran dando besos.

Absorta estaba y pasmada,
Cuando, de pronto, en el medio
Del círculo luminoso,
Radiante, nítido, envuelto
En nubecillas doradas,
Un lindo angelito veo,
Que me miraba con ojos
De amor y tristeza á un tiempo.

En ondas de oro rodaba
Sobre su espalda el cabello,
Y estaba su frentecita
Coronada de luceros.

¡Tenía un mirar tan dulce!
¡Causaban tanto embeleso
Sus alitas rociadas
Con estrellitas del cielo!
Vaya... no sé cómo diga...
Daba ganas de comerlo.

¿Y sabéis lo que traía
Entre sus rosados dedos?
Pues un azul canastillo
Todo de azahares lleno.

Era lo más parecido,
En lo airoso y desenvuelto,
Á aquellos que mamá dice
Que andan jugando en el cielo

Al rededor de la Virgen,
Ó reposando en su seno.

Por fin, con voz conmovida,
Dijo, rompiendo el silencio :
— « Hoy que al confín de la infancia
Llegar ufana te veo,
Deseándote venturas
De ti á despedirme vengo.

AQUEL á quien tú á menudo
Elevas sencillos ruegos,
Pidiéndole que por siempre
Tu corazón haga bueno,
Me ordenó fuera hasta hoy
Tu constante compañero.

Yo por tu vida velaba,
Yo erguía tu vista al cielo,
Yo encaminaba tus pasos
Por inocentes senderos.

Y cuando en la obscura noche
Te rendía el blando sueño,
En tu frente derramaba
Mil infantiles recuerdos,
Mil imágenes graciosas,
Mil enjambres picarescos
De juegos, risas y antojos,
Que revolando traviosos
Al rededor de tus sienes,
Te adormían sonriendo.

Empero hoy la adolescencia
Te aguarda con sus misterios,
Con sus llantos sin motivo,
Con sus secretos anhelos,
Y así, á un nuevo ángel custodio
Tu vida y tu alma entrego.

Ve, pues, y que siempre broten
Las flores en tu sendero ;
Mas no, Mercedes, olvides

Que en cualquier lugar y tiempo,
Son la virtud, la inocencia
Su más fecundante riego.
No importa que por el mundo
Pasen temblando en silencio;
Que en suavísimos efluvios
Asciende su aroma al cielo... ».

Dijo así, y volcó en mi frente
Los azahares, y luego,
Sin atender mi llamado,
Se fué volando ligero.

¡ Cuántas lágrimas entonces
Por mis mejillas corrieron !
¡ Qué triste quedé, pensando
Que no volvería á verlo !

Pero en ese mismo instante
Me despertó de mi sueño
Un cariño que amorosa
Me hizo mamá muy quedo...

¡ Mamá querida! en tus brazos,
En tus caricias y besos
Hallaré, siempre constante,
El celeste ángel que pierdo!

1882.

POST NUBILA

Á Adolfo Mitre

« ; Dichoso aquel que enamorado gime!
« Amor, amor le llevará hasta el cielo. »

(JUAN VALERA)

Cual cansado viajero, que subiendo
Por arduas sendas de escarpado monte
En densa obscuridad, pone en lá excelsa
Cumbre por fin su fatigada planta ;
Y se serena su ánimo, y su frente
El fresco viento orea, y dilatarse
Diáfano mira el horizonte inmenso :
Así yo, Adolfo amigo, que en infausta
Devorante inquietud me consumía

Preña de mil angustias, más tranquilo
Contemplo todo en derredor, más puro
Y alegre el sol, el cielo más sereno,
Y en revuelto tropel huyen sin ruido
Las tétricas ideas, las zozobras
Que el ánimo, el sér todo me embargaban.

¡ Mucho sufrí ! Allá en mi adolescencia,
Cuando de vida á la radiante aurora
Mi vaga mente y corazón se abrían
(¡ Raro misterio que á explicar no alcanzo !),
Dábame á imaginar que en hondo duelo
Sepultado gemía, y abundantes
Lágrimas derramaba, en ello hallando
Un amargo placer... ¡ ay ! yo ignoraba
¡ Cuán presto, á marchitar mi erguida frente,
La Realidad, la Realidad terrible,
Su descarnada faz me enseñaría !

Tierras y mares, de mi hogar lejano,
No errante recorri ; no fué mi vida

De turbulenta agitación ; volaban
Raudos mis años, plácidos y amenos,
Circundados de luz. Mas como suele
Ronco silbando el huracán bravío,
Contra el árbol lozano que en la tierra
Clavado está, arrojarse furibundo,
Hierve el follaje, quiébranse crujiendo
Las tiernas ramas, y en menudos trozos
Con violentos giros las esparce :
Tal, de repente, en interior tormenta
Se desgarró mi corazón...

Un día

Sentí que amaba... ¡Oh dulce, oh incomparable
Encanto del amor ! ¡ Cómo mi alma
Se abrió, se engrandeció ! ¡ Cuán esplendentes
Vi sonreír los cielos y los mundos !
Él mi vida y mi gloria ; él mi supremo
Deleite ; él la fuente limpia y pura
Do la dicha bebía... mas la airada
Fatalidad irguióse, é inexorable
Envenenó sus transparentes ondas.

¡ Qué espantosa tortura ! ¡ Ah, cuántas veces
Llegué á sentir, en conmoción violenta,
Oprimírseme el pecho ; en vivas llamas
Mi frente arder, y el corazón copiosa
Sangre manar de sus rasgadas fibras !
¡ Cuántas, al verme triste y desolado,
La suerte no envidié de los que torpes
Ni sienten ni razonan !

Nunca, empero,
El grito del dolor (siempre importuno)
De mis labios brotó. Sólo una obscura
Noche que hundido en febriciente insomnio
Ya el sufrimiento en su dogal me ahogaba,
Cual por impulso superior movido,
En negros caracteres, delirante,
Mis ansias, mi amargura, el alma entera
Grabé nervioso con buril de fuego...

¿ Adónde, dulce amigo, en tal desdicha
La mirada tornar ? ¿ Dónde un consuelo
Que reanimase el corazón doliente ?

¿Ni cómo al ver que el porvenir sombrío,
Cerrado á la esperanza, amontonaba
Nube tras nube, conservar pudiera
La mente activa su pensar sereno ?

¡ Tú, casta virgen, que en unción celeste
Fiel y constante extasiado adoro,
Tú, cuyo tierno y candoroso acento
Voz es del cielo que en mi alma sueña !
Tú, sí, tú sola la tortuosa ruta
Iluminaste, do infeliz vagaba
Ciego, y sin rumbo, y triste, y vacilante,
Negado á la ventura.

Cualquier sea

El porvenir que para mí el Destino
En sus arcanos insondables guarda,
Ya al solio me alce de radiante gloria,
Ya el dardo sienta del dolor, ¡ ah ! siempre
Yo llevaré doquier, dulce ángel mío,
Tus queridas memorias, yo tu imagen
En todo instante adoraré ufano.

La tempestad pasó. Brisas serenas
Mi antes turbada, enardecida frente
Van refrescando, y, como siempre, Adolfo,
Yo bendigo el amor. Él la arca santa
Do salvar pude en la tremenda lucha
Mi fe y mi vida de naufragio eterno.
Por él ni un día ennegreció mi labio
La torpe maldición ; por él constante
Adoré la virtud ; por él lo hermoso
Pude amar y admirar, y nunca, nunca,
Desnudo el pecho de entusiasmo ardiente,
Palpitó árido y seco. Bendigamos
Sí, bendigamos el amor. ¿Cuál late
Ves de natura en el fecundo seno ?
Él en los besos de las frescas auras,
Él de las aves en los dulces trinos,
En el monte, en el valle, en el perfume
De la virgínea flor ; de la cascada
En el raudal sonoro ; en las brillantes
Chispas que el éter vividoras hienden,
¡ En la Creación entera ! Que el sublime

Concierto de los orbes, encendido
En su divino fuego, esplendoroso
AMOR ETERNO en su extensión resuena.

1882.

MELODÍA

Á Domingo D. Martinto.

Si en tarde obscura hasta mi oído llega
Errante melodía,
Que al amargo deleite el alma entrega
De honda melancolía,

¡ Cuántas tristes memorias, cuántas voces
En ella se levantan,
Dichas nacidas á morir veloces,
Que su elegía cantan !

Todo ruido exterior muere y se apaga,
Y el afecto adormido
Que en las penumbras de la mente vaga,
Se despierta encendido.

El padre anciano que en la inmensa sombra
De la tumba se esconde,
Á quien en llanto sin cesar se nombra,
Y ya no nos responde ;

El hijo, dicha de mi amor huída,
Capullo delicado
Nacido apenas á aromar la vida,
Y al cielo trasladado ;

El amigo que fué, y con el tesoro
De su ingenio elocuente
De dulce intimidad el lazo de oro
Ceñía diligente ;

Y allá, á lo lejos, en brumosas cumbres,
Virgen cándida y pura,
Que irradiando de vida intensas lumbres,
Cae en la sepultura :

Todo lo evoca entristecida el alma,
En pálidas visiones,

Que en ella imprimen, al pasar en calma,
Profundas vibraciones.

Y aun percibir se cree el rumor lejano
De una edad ya extinguida,
Que derramó por el sendero humano
El dolor de la vida.

Y á través de los tiempos resplandecen
Fe excelsa, heroica guerra,
Dulces amores que al brotar florecen,
Y embalsaman la tierra.

Y antiguas fiestas, danzas y rüido
Dan, en ecos callados,
El triste y melancólico gemido
De contentos pasados.

¡ Oh del sonido arrulladora maga,
Música, voz del cielo,
Que á región ideal, inmensa y vaga
Lanzas el alma en vuelo !

Un ensueño divino allá la encanta,
Que de ti se desprende
Como del mar la niebla se levanta ;
É interna luz la enciende.

Y alta armonía espléndida sonando,
Ve, del mundo en que gime
Sobre el impuro légamo, flotando
La eternidad sublime.

1890.

TRIUNFO

El dulce día en que mi amante anhelo
Voló á anidarse en tu alma cariñosa,
¡Con qué aureola de esplendente rosa
Vimos el campo, el bosque, el aire, el cielo!

¡Breve, alada ilusión! Sombrío velo
Tendió la suerte, en nuestro mal sañosa,
Trocando airada la esperanza hermosa
En angustia mortal, en triste duelo.

Resistió, empero, nuestro amor, y ardiente
Supo arrancar del triunfo la alta palma,
Arrollándolo todo en su corriente ;

Y hoy, al tornar la venturosa calma,
Enciende nuestras vidas, solamente
Un pensamiento, un corazón, un alma.

AL NIAGARA

¡Salve, estupendo Niágara! Hijo errante
De las comarcas argentinas, donde,
Émulo tuyo, se abalanza el Guaira,
Llego á ti, y en su nombre te saludo,
Y mi suprema admiración te rindo.
Limpio, sereno, hermoso,
Brilla en su trono el día, y me recibe
La risa azul de estos radiantes cielos.

¡Oh cuánta vez, en mi lejana patria,
Al seductor prestigio de tu nombre,
Soñé con tu grandeza
Y con hallarme en tu presencia augusta!
Y no, no es sueño ya, que al fin te miro

Y te contemplo en delicioso asombro
En tu pasmosa realidad, y esplenden
Esclavos de mis ojos tus encantos.

Rugientes, espumantes, clamorosas,
Y por región vastísima extendidas,
Corriendo vienen tus inmensas aguas
Á desplomarse de las altas rocas
Que las cierran y oprimen
En herradura colosal. Ya en saltos
Ebrias se arrojan al tremendo abismo;
Ya se arrebatan ciegas, impelidas
De irrevocable decisión; ya en trenzas
Y en encajes magníficos descienden,
Ó en enjambres de perlas y diamantes
Se desgranán y ríen. Vigorosas
Resurgentes columnas
Por las que bajan en trepar se afanan,
Y sin descanso su corriente ímpelen,
Mas al tocar la cima
Pesadamente al fondo se derrumban.

Al golpe horrendo, que sentirse debe
En las entrañas de la tierra, suena
Allá adentro, incesante,
Vivo redoble de grandiosos truenos,
Y los repite el eco, y su estampido
Con alto estruendo la comarca asorda.

Blanca, opulenta y vaporosa niebla
Oblicuamente desde lo hondo sube,
Y blanda flota, y gira, y se derrama
Como á semi-velar tanta hermosura.
En ella el sol sus rayos
Engarza y teje, y sus ardientes besos
La encienden toda en el fulgor glorioso
De abundantes arco-iris. Unos nacen
De las ondas serenas,
Y allá en los aires á perderse ascienden,
Y en las cascadas con temblor se copian ;
Otros, dando al espacio
Cúpula excelsa, de colores rica,
Sumergen en el agua ambos extremos ;

Ora en franjas se tienden largamente
Sobre las ondas, y en la fresca hierba
Y árboles de las márgenes se esfuman ;
Ya en sueltos trozos esparcidos brillan ;
Ya uniéndose dos de ellos, soberano
Resplandeciente círculo despliegan.
Parece entonces que entreabierta en haces
¡Oh Niágara ! la esfera cristalina,
Rayos desprende la increada lumbre
Sobre tu frente, y su eternal diadema
De albo-celeste resplandor te inunda.

Ni faltan á tu gloria los hechizos
Con que el humano ingenio,
En misterioso efluvio,
Toda belleza natural consagra
Prestándole alma y voz. Y si aun el Leman
Con su onda azul los perdurables ritmos
De Byron canta y Lamartine, y el genio
De Shelley pasa en la inconstante nube,
Y el sauce se hermosea

Por magia de Musset, y entre los astros,
Que en la nocturna obscuridad relumbran,
El alma de León plácida vaga :
Aquí del grande Heredia
Suenan el himno inmortal, y en tus torrentes
Se precipita audaz, luce en tus iris,
Y entre los pliegues de tu niebla envuelto,
Hermoso y triunfador se alza en los aires ;
Mientras en lo profundo,
Y en el fragor de tu rugiente abismo,
Se oye de Pombo el desolado acento.

No á mí me impulsa, en mi modesta ofrenda,
El temerario empeño
De unir mi voz á tantas armonías,
Y en tu oleaje perpetuar mi nombre ;
Que no se desplegó á las altas cumbres
El de la abeja susurrante vuelo.
Empero, más dichoso
Que el cubano cantor, miro á mi lado
Á la que há tiempo mi existencia aroma

Con afecto inmutable, y verla pude,
Ante tu salto aterrador, violento,
Pálida sonreír, y con los ojos
Seguirme ansiosa, mientras yo avanzaba
Á gozarme en tus ásperas caricias
Entre tu niebla y tumultuoso estruendo.
Y al pie de tus cascadas,
Hundido ya en impenetrable sombra,
Aun contemplé en la altura,
Como visión radiante,
Su dulce faz y tu encrespada cima
Al sol brillando con reflejos de oro.

¡ Sublime imagen del poder perenne
De la Creación, á nuestra mente brindas !
Siglos sin fin sobre tu frente ruedan,
Y tú en su curso, instante por instante,
Un mar derramas de impetuosas aguas
En los abismos, sin cansarte nunca.
Mas sobre el gran sonido,
Fuerza, abundancia, agitación, tumulto,

Que en ti palpita y hierve, excelso sello
Corona tu hermosura
De alta, serena, espléndida armonía.

¡Adiós, Niágara, adiós! Quizá la suerte
En un remoto porvenir te aguarda
Que es ley común de cuanto el orbe encierra,
Si trueca un cataclismo en blando lecho
Tus ingentes peñascos, y no hallando
Reparo alguno tu corriente inmensa,
En sosegado curso amplia se extiende.
Con el traidor anzuelo apercebido,
Pescador indolente, en frágil barca,
Por donde hoy lanzas fulminantes ondas
Tranquilo entonces pasará cantando.

Niagara-Falls, 1889.

PATRIA

Brota la planta, y del fecundo suelo
Sér, impulso y vigor tierna recibe,
Y en la sonrisa del nativo cielo
Acariciada del ambiente vive ;
Y aunque la tierra que la nutre, el vuelo
De su suave existencia circunscribe,
Gallarda crece, y recibiendo amores,
Espléndida se cubre en fruto y flores.

Así al hombre también, cuando aparece
En esta de la vida infausta escena,
Celosa, la región do nace y crece
Con poderosos lazos encadena.

Ella á su vista hermosa resplandece,
Ella su alma de perfumes llena,
Y pidiéndole culto, amor, radiosa
Se alza ante él con majestad de Diosa.

¡Sacro nombre de Patria! En él fulgura
Cuanto de grande y dulce el mundo encierra :
Del casto hogar la íntima ventura,
La gloria conquistada en santa guerra,
Fe y costumbres, artística hermosura,
La ley severa, que al malvado aterra,
El monte, el río, el ave en libre vuelo,
El campo inmenso, el esplendor del cielo.

¡ Oh tú, entre todas las que el mundo ostenta,
Rica, joven y hermosa, patria mía,
Que al gran rumor del Porvenir atenta,
Himnos entonas al naciente día !'
¡ Tú en cuyo noble rostro la opulenta
Llama del sol gozosa se extasia,

Y altiva llevas, con vigor sereno,
Toda el alma de América en tu seno!

¡Qué limpio y claro resplandor de gloria
Bañó, entre estruendos bélicos, tu oriente,
Para anunciar el sol de la victoria,
Que alzaba en los espacios su áurea frente!
Sol cuya lumbré, á engrandecer tu historia,
De San Martín la espada hiriendo ardiente,
Desde las amplias márgenes del Plata
Al imperio del Inca se dilata.

Digno heroísmo, á fe, de los tesoros
Que derramó en tus ámbitos Natura ;
Tus grandes ríos al rodar sonoros
Cantan tu gloria y copian tu hermosura.
Manan riquezas tus abiertos poros,
Todo, fulgente, tu destino augura,
Que Dios en ti arrojó, al trazarte en grande,
La Pampa, el Guaira, el Paraná y el Ande.

.

Tu suelo hospitalario, abierto al mundo,
Á noble lid la humanidad convida,
Y de las razas al hervor profundo,
Más amplia actividad brilla encendida ;
Al raudal de tu espíritu, el fecundo
Torrente universal da ímpetu y vida,
Brindas al mundo hogar, estadio abierto,
Y él te recibe en su inmortal concierto.

¡ Feliz si logras en tan gran torneo
Incólume salvar tu íntima esencia !
Tu tradición gloriosa es el trofeo
Mayor de tu ventura y tu opulencia.
Fe y amor de tu raza, alto deseo,
Iluminen por siempre tu existencia,
Y cuanto engarce en ti sér y destino
Ciña luciente nimbo de argentino.

Ya á coronar tu frente vencedora,
La nueva edad resplandeciendo viene,
Y á recoger la herencia que atesora

La gloriosa Europa, te previene.
Tu harás que fresca en ti, fecundadora,
La inmensa fuente de la vida suene,
Y que el puro pensar, que hoy muerde el suelo,
Flote otra vez en el azul del cielo.

¡Oh Patria! ¡Oh Madre! Tu visión radiante
De respeto y de amor mi alma llena,
Y en estrechar me gozo en todo instante
La que me enlaza á ti dulce cadena.
¡Pueda mi vida en tu regazo amante,
Consagrada á tu bien, pasar serena,
Y al recibirme al fin la muerte amiga,
Tu sol contemple y tu esplendor bendiga!

1890.



VISIÓN

Gallarda, altiva, inspiradora, bella,
Rítmico el paso, intensa la mirada,
Todo serena lo avasalla, y nada
Parece digno de encumbrarse á ella.

No es su hermosura rápida centella
Que esplende y hiere en roja llamarada ;
Casta lumbre interior, en nimbo alzada,
Sobre su frente diáfana destella. .

Radiante inmensidad, celeste coro,
Contemplo, cuando embarga mi albedrío
El sol de su sonrisa en lampo de oro ;

•

Y aunque á vencer no alcance su desvío,
Es su excelsa visión rico tesoro
Y eterno imán del pensamiento mío.

1890.

EL TITÁN

« Vencido está el error: la falsa lumbre
Que en necios sueños y en fatal delirio
Sumergió á la razón; la férrea mano
Que en tétrica mazmorra
De vil superstición y hondo silencio
Aherrojó un día al pensamiento humano,
Fueron: y en vez de la inflamada tea
Que el implacable inquisidor blandía,
Emblema de armonía,
Su esplendorosa luz manda la idea.

No es ya la tierra inhabitable abismo
Do unidos ruedan el dolor y el llanto:

Bello es el mundo : el sol de nuevo encanto
Lanza su ardiente claridad vestida,
Y al són del yunque y del Progreso al grito
Despierta en fin la humanidad dormida. »

Así clamó el coloso
Al alzarse potente,
De resplandor sangriento coronado,
Y su acento grandioso,
Repercutiendo en las edades muertas,
De tumba en tumba resonó imponente.
Enérgico y valiente
Se arroja á la labor, vencer ansiando
Cuanto misterio el Universo esconde :
Hierva la fragua, cruje retemblando
Bajo el Comercio el opulento muelle,
Y al estruendo tenaz de hacha y martillo,
El silbo agudo del vapor responde.
Todo es acción, y movimiento, y vida,
Y entre el rumor de la fecunda lucha,
Que de incruenta gloria

La humana frente ciñe,
Se eleva un grito universal : ¡VICTORIA!

Victoria, sí : que dondequier se advierte
La invención peregrina,
Cuyo poder incontrastable y fuerte
Al mundo material vence y domina.
Rompe el hombre la valla que separa
Un mar del otro mar ; el duro seno
Con fuerte mano hiende
De la madre inmortal, que guarda avara
La huella de los tiempos, y su historia
Al noble imperio de la luz asciende ;
Senda al ígneo fulgor traza en el viento ;
El libre pensamiento
Lanza veloz por la tendida esfera ;
Al sonido fugaz rinde el espacio,
Ó aún con mayor brío
Le ata y retiene en reclusión severa ;
Y surcando sereno

En móvil barca las etéreas ondas,
Mira á sus plantas la región del trueno.

¡ Salve, labor fecunda,
Que por doquier derramas
Germen de rica y esplendente vida !
Todo cobra á tu impulso
Nuevo aliento y vigor ; tu brazo fuerte
En regio alcázar la infernal guarida,
Y en verde pompa el lodazal convierte.
Tú haces que el hombre sea
De su suerte señor ; que si hoy hambriento
Esconde, y macilento,
Del mundo su vergüenza y desventura,
El nuevo sol contemplará trocado
Su feo harapo en áurea vestidura.
¡ Loor á aquel que al tumultuoso seno
Del mar, ó á la honda entraña
Que del rico metal la vena cría
Por el que el hombre audaz los montes hiende,
Impávido y sereno

Ardiendo en sed de libertad desciende !
¡ De lauro el canto adorne
La noble sien del artesano honrado,
Que en obscuro combate
Revuélvese esforzado,
Sin que más gloria ó recompensa espere,
Que la dulce costumbre
De ver en torno de él sus tiernos hijos
Al brillo alegre de amorosa lumbre !
¡ Gloria al que heroico en la demanda muere !

Mas no mi altivo canto
Con vano incienso tu favor ruidoso
Comprará ¡ oh siglo, cuyo fuerte empuje,
Alzado pensamiento,
Sed de verdad y empeño generoso
Mi ardiente corazón ama y venera !
¡ Resuene y vibre fiera,
Virgen de vil adulación, la estrofa !
Rechazo ¡ oh siglo ! el profanado lauro
Que á la lisonja y no al valer se brinda ;

Y aunque mi audacia al condenar, violento
Hundas mi nombre en perdurable olvido,
Te he de decir con varonil acento
Que eres Titán, pero Titán caído.

La luz que arrojan tus candentes fraguas
No es la que al alma inunda
De vívido fulgor y anhelo eterno,
Y en ella el inefable
Germen celeste del amor fecunda;
No la que aquieta y calma
El ansia del que siente,
En magnífico giro,
Rodar la idea en su inspirada mente.
En tu soberbia frente
Pesa el numen del mal, que troncha y hunde
Cuanto envolverte en esplendor debiera ;
De Gutenberg el prodigioso invento
Más el error que la verdad difunde ;
El raudo tren, cuyo rodar sonoro
Entre humo y polvo, de su sueño estéril

Levanta al ocio inerte,
Lleva también en su inflamada entraña
Gritos de rabia y estertor de muerte.
¡Y tú, tú mismo, que con alto brío
Rompiste el largo imperio
Que en lo más santo la conciencia hollaba,
La insultas, la escarneces,
Y la haces hoy de la materia esclava !

Por cima del estruendo
Que tu arrogante turbulencia mueve,
Clamor de interna lucha,
Fatídico y tremendo,
De polo á polo resonar se escucha.
Rota en la mente el ara soberana,
La duda suspicaz, la duda áleve
Silba y se enrosca en la conciencia humana.
Tú en ella esparces confusión y espanto ;
Tú vuelcas y sacudes,
Con arrebató ardiente,
Las que el hombre adoró creencias divinas,

Y cuando, virgen de maldad y crimen,
Se levante en el tiempo una edad nueva,
Contemplará tu ingente
Trono imperando sobre inmensas ruinas.

Ruinas ¡ay! que hacinadas
Guarda en la sombra la conciencia atea,
Donde, cual sierpe en su caverna inmunda,
Retuércese infecunda,
Sin el fulgor de lo inmortal, la idea.
¡No, no hallarás reparadora calma,
Oh siglo inquieto, si con mano impía
Agostas ó corrompes
La excelsa fuente donde bebe el alma!
¡No ascenderás á la anhelada cumbre,
Si entre el vano estruendoso clamoreo
En que tu lepra y tu delirio anegas,
Torpe maldices ó á mirar te niegas
Los resplandores de la eterna lumbre!

IMPRESIONES

Á Rafael Obligado.

¡ Rara, á fe, Rafael, la humana vida !
Y tal, que dudo á decidir se acierte
Si á larga risa ó á llorar convida.

El hombre nace, y su menguada suerte
Le lleva cual doliente peregrino
Al temeroso abismo de la muerte.

Y si riega un instante su camino
Rocío celestial, es porque sienta
Todo el rigor de su infeliz destino.

¿Y luego?... ¡Oh pobre humanidad, sedienta
De ignotas aguas, cuyo cauce en vano
La ignara ciencia descubrir intenta!

¡Oh indescifrable y pavoroso arcano,
Mientras inmenso el sol reine en la esfera,
Y el mundo rueda en el etéreo llano!

Viene, rica de flor, la primavera,
Mas luego el viento del otoño, helado,
Lleva en sus alas queja lastimera.

Blanco azahar el rostro iluminado
De la reciente esposa orna y perfuma:
¡Llorará en breve por el hijo amado!

Que en este valle de perenne bruma,
Se deshace en nuestra alma la alegría
Cual leve copo de albicante espuma.

¿*Qué espera la virtud, ó en qué confía?*
¡En que la ciña de inmortal ventura
La luz radiante del eterno día!

Mas ¡ay! que aquella fe cándida y pura,
Mística flor de la conciencia humana,
Yace marchita en nuestra edad obscura!

Ya no surge en nosotros, soberana,
Aquella voz que armónica vibrando,
Fuente era un tiempo de delicia arcana.

Ya el hombre no alza al amoroso y blando
Seno de Dios su corazón ferviente,
Alto consuelo á su dolor buscando.

Roto y sin ara el templo de la mente,
El sacro fuego que en su centro ardía
Ráfaga helada anoñadó inclemente.

Y quedó en sombras la afanosa vía
Á cuyo fin su resplandor sereno
Astro de amor con majestad vertía.

¿De qué sirvió de la conciencia el freno
Romper por siempre en secular contienda,
Si hoy se revuelca en impudente cieno?

¿Si en vez de luz que nuestra mente encienda,
Desde lo hondo del alma se levanta
La torva esfinge de la duda horrenda?

Nada resiste ya : rompe y quebranta
La voz del siglo el entusiasmo ardiente
Con tal furor y rapidez, que espanta ;

Sin que elevando la serena frente
Sobre la turba que en el mundo impera,
Decir podamos con aquel valiente :

*Dejémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Betis, cuando airada
Dilata hasta los montes su ribera !*

¡ Sí ! yo en un tiempo luces de alborada
Vi centellar doquier : luego la duda
Sentí en el pecho, cual puñal, clavada...

Mas no todo es dolor : no está desnuda
El alma aún de resplandor de cielo,
Ni la gran voz del sentimiento, muda.

Aun brotan frescas del candente suelo
Las rosas del amor ; aun la hermosura
Tiende su rico y transparente velo.

En el silencio de la noche oscura,
Aun percibimos el rumor lejano
De algo que vibra en la celeste altura.

¡ Noche ! ¡ Silencio ! ¡ Soledad ! En vano
Vuestra elocuencia traducir pretende
El débil ritmo del lenguaje humano.

¡ Oh cómo el alma en vuestro seno tiende
Sus cristalinas alas, y encendida,
El puro azul de lo infinito hiende !

Entre el bullicio mundanal dormida,
Gloriosa entonces renacer parece
Á amplia, fecunda y desbordante vida.

Y desdeñando cuanto el mundo ofrece,
Sólo se embriaga en el verjel sublime
Que á los fulgores del edén florece...

Eterna duda á la razón oprime,
Mas nada borrar  el ardiente sello
Que el mismo Dios al corazón imprime.

Y así, de todo lo armonioso y bello,
De cuanto hay grande y venerable y santo,
Es el arte el más nítido destello.

  Alcemos, pues, en su loor el canto,
Sin permitir que por las plazas ruede
Roto y manchado su cer leo manto!

Aún el hombre en sus cadencias puede
El ritmo hallar espléndido y sonoro
Por el que el alma   la materia excede.

  Aun se ve   Dios en él! En dulce coro
Las ilusiones la risueña orilla
Bordan aún de sus raudales de oro.

En él aún reverberando brilla
La luz de lo ideal, que desdeñosa
La falsa ciencia en nuestra edad mancilla.

Y en tanto den á la alameda umbrosa
Su trino el ave, su murmullo el viento,
Y exhale aromas la encendida rosa ;

Mientras, veloz rasgando el firmamento,
Rayo iracundo el horizonte encienda,
Y el mar responda con su ronco acento ;

Mientras la noche su melena extienda
Rociada de astros, y la luna riegue
Con blanca lumbre su desierta senda ;

Mientras un héroe al huracán despliegue
Su alta bandera, y al caer vencido,
Antes la vida que el honor entregue ;

Mientras, celosa del menor rüido,
Vele una madre junto al tierno infante
Al dulce arrullo de su amor dormido ;

Mientras de dicha y de emoción radiante,
Virgen ceñida de nupciales flores
Tema y desee el amoroso instante ;

Mientras haya esperanzas y dolores,
Un misterio, un afecto, una armonía :
Alumbrarán del Arte los fulgores
Cielos y abismos en perenne día !

1882.

A ESPAÑA

CON MOTIVO DEL TERREMOTO DE ANDALUCÍA, EN 1884.

¡ Y pudo, sin temblar, la suerte impía
Hundir en el dolor tanta hermosura,
Derramando la muerte y desventura
Á la opulenta luz del mediodía !

¡ Oh España ! ¡ Oh madre de la patria mía !
¡ Tú, cuya alta grandeza aún fulgura,
Con lampos de luciente vestidura,
En este mundo que engendrastè un día !

Si el eco amigo que el dolor eleva
Bálsamo es sólo al corazón que siente
Del infortunio la tremenda prueba ;

.

Óyelo en el clamor hondo y ferviente
Que turbio el Plata entre sus ondas lleva,
Y va á besar tu obscurecida frente.

LA BÓVEDA OSCURA

*...Quid æternis minorem
Consiliis animum fatigas?*

(HORACIO)

Junto á una bóveda oscura,
De inmensos, helados senos,
Donde imponentes vagaban
El Misterio y el Silencio,

Estaba una altiva joven,
En cuyo sereno aspecto
Solemne resplandecía
La majestad del imperio.

Clara antorcha de su mano
Alzabase al firmamento,
Cual si esparcir luz quisiera
Por sus ámbitos inmensos.

Llena de mortal congoja,
Llena de ferviente anhelo,
Veía ese antro profundo,
De dudas y horror cubierto.

« ¿ Qué es del que al mundo arrancado,
Rueda á ese abismo tremendo
Donde impotentes se estrellan
Llanto, dolor, ira y ruego ?

« ¿ Halla dichas, amarguras ?
¿ Tiene vida, pensamiento ?
¿ Oprimele fría nada ?
¿ Despierta tal vez de un sueño ?

« ¿ Por qué mi luz, que se extiende
Del uno al otro hemisferio,

No puede enviar allí
Ni un vacilante destello?

« ¿De qué sirve tanto ardor,
Tan afanosos desvelos?
¿De qué me vale el poder
Que me brinda el Universo?

« Ríndeme el mar los tesoros
Que encierra en sus hondos senos,
Y en sus alas vagarosas
Remóntame raudo el viento.

« Señalo el curso á los ríos,
El fiero torrente tuerzo,
Arranco el rayo á las nubes
Y lo sepulto en el suelo.

« Las edades de la tierra
En sus entrañas sorprendo,
Y continentes y mares
Uno en abrazos estrechos.

« Hago durable y fecunda
La chispa del pensamiento,
Y envuelta en fuego celeste
La arrojé en rápido vuelo.

« Al cielo me alzo, y rasgando
La sentencia de los tiempos,
Grabé en mi frente las leyes
Que rigen el Universo.

« Acercó hacia mí los orbes,
Descúbrole mil secretos,
Cuento los soles y estrellas
Y de existencias los pueblo.

« Y parando en su carrera
Al sol en el alto cielo,
Y entregándole por siempre
Sublime corona y cetro,

« Suelto riendas á los mundos,
Y con vigoroso aliento

Sigo audaz por los espacios
Su rueda y concierto eternos.

« Tanto poder, tanta gloria,
Tan incontrastable empeño,
¿Será que vencer no puedan
De esa mansión el misterio?

« ¿Será que siempre las ondas
De la luz en que me enciendo
Á morir vayan sin gloria,
Temblorosas allá adentro?

« ¡Oh vano orgullo! ¡Oh vergüenza!
¡Oh impenetrable secreto!
¡Triunfos de hermosa aureola,
Nada valéis: yo os desprecio! »...

Dijo, y profundo suspiro
Exhaló su ahogado pecho,
É inclinándose abatida,
Sumergióse en el silencio.

Mas, de repente, entre cirios
De amarillentos reflejos,
Ve de sombras funerarias
Un tenebroso cortejo.

Cual tormenta silenciosa,
Cual manto de nubes negro,
Incierto al principio y vago,
Y luego más y más denso :

Así la turba siniestra,
Acreciendo por momentos,
Á la bóveda avanzaba
Los aires obscureciendo.

En medio de ellas, enjuto,
De frío sudor cubierto,
Luchando por desasirse
De aquel círculo de espectros,

Revolvíase un anciano,
En cuyo torcido gesto

El negro abismo imprimía
De pavor lívido sello.

Acosábanle implacables
Las sombras, en tropel tétrico,
Y el infeliz, aterrado,
Redoblaba sus esfuerzos.

¡ Empeño inútil! La lucha
Cesa, y exánime y yerto,
Es al antro arrebatado
Cual por torbellino ciego.

Rueda allá adentro, y retiemblan
De la bóveda los senos,
Y un lastimero gemido
Fue sonando por los huecos.

Írguese al punto la joven,
Y en su delirante anhelo,
Impetuosa se lanza
Hacia el cóncavo siniestro ;

Mas apenas temeraria
Hubo la planta allí puesto,
Recio soplo sin sentido
La derribó por el suelo.

La luminaria apagóse ;
Livida luz un momento
Resplandeció, y quedó todo
En noche profunda envuelto.

1879.

Á LA ASTRONOMÍA

Á Carlos Guido y Spano.

¡ Sublime Astronomía,
Tú del etéreo cielo habitadora,
De luminoso día
Augusta precursora,
Que al trono te alzas do el Eterno mora!

Antorcha esplendorosa.
Que el seno obscuro del espacio alumbras,
Y con tu luz hermosa
El pensamiento encumbras,
Y disipas del alma las penumbras :

¡ Vén! que en tu rueda alzado,
Ansio huir de este infectando suelo,

Y hundirme acelerado,
Con soberano vuelo,
En las salas espléndidas del cielo.

La solemne armonía
De los orbes oír, que llena y hiende
La inmensurable vía
Del éter, donde esplende
La vida universal en que se enciende.

La vida, que á raudales
Los soles lanzan de su ardiente zona,
Y en ondas inmortales
Bañando su corona,
Los mundos á los mundos eslabona.

¡Cómo se encanta el alma
Ante esa red de luz que el cielo extiende,
Y parece, en la calma
Que de ella se desprende,
Que lo infinito á nuestro sér descende!

Luego que de la esfera
 Recoge el sol sus últimos fulgores,
 Como en la primavera
 Estalla el prado en flores,
 Revienta el cielo en astros y esplendores.

Ya Venus allí augura,
 Rica de lumbre trémula, al amante
 El goce y la ventura,
 Y Marte, más distante,
 Enciende en rojos visos su semblante.

Júpiter reluciente
 Tarde al cenit con majestad se eleva,
 Y tras su disco ingente,
 De grande imperio en prueba,
 Astros vasallos por cohorte lleva.

Allá el Orión derrama
 Sus nítidos luceros, y en glorioso
 Fulgor la Cruz se inflama,

Emblema misterioso
Que puso Dios en nuestro cielo hermoso.

Sirio, en lejano asiento,
Fijo en la altura espléndido aparece ;
Y Saturno opulento,
Que en color se enriquece,
Entre anillos y lunas resplandece.

Y Neptuno grandioso
Sus apartadas sendas ilumina,
Y en giro portentoso,
Del sol que le domina
Los imperios vastísimos termina.

¡ Oh asientos de ventura !
¡ Alcázares de amor y poderío,
Lucientes de hermosura,
Do busca ya, sombrío,
Alto refugio el pensamiento mío !

¡ Razas que en mundos de oro
 Surcáis los cielos en triunfal concierto!
 Yo extático os adoro
 Desde este hondo desierto,
 Al dolor, al martirio sólo abierto.

Tal vez, allá ascendido,
 Pueda algún día contemplar radiante,
 Vuestro amor encendido,
 Vuestra vida brillante,
 La gloria de los orbes, centellante.

Y oiré el inmenso coro
 Que á Dios, velandó en gloria el firmamento,
 Undivago y sonoro,
 Eleva vuestro acento
 En alas del amor y del contento.

¿ Qué ante vos nuestra impura
 Morada? ¿ Qué esta cárcel maldecida,
 En donde mal segura,

Hollada, escarnecida,
Va la virtud huyendo de la vida ?

Si se hundiese rodando
En los abismos, que su boca abrieran
Voraces, rebramando
Aún la estremecieran
Los rancos odios que en su seno hirvieran.

En ella el desvarío
Abre ancho cauce en torrentoso amago,
Y es la insolencia, brío,
La corrupción, halago,
Vil comercio el amor, la gloria estrago.

Á ti el Creador ordena
¡Oh Reina, de los cielos soberana !
Que en tu amplia luz serena,
Que de su solio mana,
Bañes y enciendas la conciencia humana.

Que ya el lauro divino
Del Porvenir, á tu radiosa frente
Ciñe, eterno, el Destino,
Y señala á tu mente
El rumbo de la gloria, aurifulgente.

Vé, pues: en majestuoso
Vuelo, te abisma en la profunda esfera,
Y á tu triunfo grandioso,
Rasgue nuestra ceguera
Un rayo de esperanza y fe sincera.

EN EL ÁLBUM DE SARA

Ríete, Sara, del que torvo estima
Eterno el duelo en la existencia humana,
Y el aura aspira de la fresca cima
Que dora el sol de tu primer mañana.

Ni creas que al pasar en raudo vuelo
Las dulces horas de tu edad presente,
Los astros se pondrán que desde el cielo
Bañan en luz tu candorosa frente.

Pasa la juventud ; mas al violento
Hervor que alzaba en nuestro pecho un día,
Sucede un firme y sosegado aliento,
Un sereno ondear de la alegría.

Sé, pues, feliz, y con gentil despego
De tu risueña edad vierte el tesoro,
Mientras trueca el amor con blando riego
Las flores de tu huerto en frutos de oro.

GLORIA Y FE

Á Martin Garcia Mérou.

¡Lejos de mí los maldicientes gritos
Con que el hombre al Creador reta y ofende,
Y, vil secuaz de inverecundos ritos,
Volcán de horrores en su pecho enciende!

¡Lejos de mí ese hervor, hondo, incesante,
Que de odio al mundo y de vergüenza llena,
Y al Ideal velando el sol radiante,
Le impide alzarse á la región serena!

¡Lejos también, Materialismo infando,
Hórrido monstruo de exicial aliento,

Que al corazón insultas, profanando
La noble majestad del Pensamiento!

Si ver triunfante tu insensato anhelo
Tu criminal depravación ansía,
¡Álzate, torpe, á derrumbar del cielo
El astro inmenso que corona al día!

Y cuando el orbe á tu furor sucumba,
Tendrás ¡oh tú que la Verdad te nombras!
Por digno templo, pavorosa tumba,
Por regio manto, tus eternas sombras!

¡No lograrás obscurecer mi frente,
De cuanto hay vil abominable escoria,
Que alegre el alma mía henchir se siente
De fe, esperanza y ambición de gloria!

¡Gloria! ¡Espléndido nombre! ¡Himno primero
Que arrulla el sueño de la mente inquieta,
Fuego que anima el brazo del guerrero,
Lumbre que enciende el estro del poeta!

Sin ella ¿qué es la vida? Árido hastío,
Cansado viaje en desolada pampa,
En donde el viento impetuoso y frío
Borra la huella que el viajero estampa.

Por ella eterno por el mundo suena
De Homero el sin rival sublime canto,
Por ella el alma de amargura aun llena
De Safo ardiente el mísero quebranto.

Por ella César se alza victorioso,
É hirviente el pecho en ambición suprema,
Á Roma corre, imaginando ansioso
Ceñir del mundo la imperial diadema.

Por ella un día el pensamiento humano
Elevó Gutenberg grande y fecundo,
Y de Colón el numen soberano
Brindó, soberbio, un mundo al otro mundo.

Por ella de Andes la imponente cumbre
Escala audaz de San Martín la planta,

Y de su genio la brillante lumbre
Por donde pasa, una nación levanta.

¡Salve, Gloria inmortal! ¡No, no eres vana
Sombra, fingida en delirante anhelo,
Eres antorcha de la estirpe humana,
Que inunda en vivo resplandor el suelo!...

Y tú, Fe celestial, acento blando
Que nos muestras la luz en lontananza,
Puro raudal que corres reflejando
En tus diáfanas ondas la Esperanza!

¡Salve, también! Por tu virtud, del hombre
Brilla un sello inmortal sobre la frente,
Y grabado de Dios el santo nombre
Allá en el fondo de su alma siente.

Por tu virtud su espíritu sublime
De la materia ciega rasga el velo,
Y sacudiendo el peso que le oprime,
Deja la tierra, y se levanta al cielo.

¡Oh, tú no morirás, tú eres eterna!
De ti nos hablan con acento vario,
El trueno que retumba en la caverna,
La ave que canta en bosque solitario ;

El que sonoro pasa raudo viento,
El casto amor de virgen sin mancilla,
La centella que surca el firmamento,
La sombra que se oculta, el sol que brilla.

Tú descendiste en el raudal fecundo
Que el santo leño enrojeció en Judea,
Y alzando limpio y redimido al mundo,
« ¡Amor, clamaste, vuestro emblema sea! »

Y el hombre, entonces en el polvo hundido,
Miró esplender la bóveda sombría,
Y comprendió, de admiración henchido,
La soberana ley de la Armonía.

Sintió rodar sobre su frente erguida
Soles y mundos en triunfal carrera,

Y á sorprender su ley desconocida
Se lanza audaz á la celeste esfera.

Desplégase ante él, resplandeciente,
Inmensa la Creación, y en la áurea zona
Ve de los soles fulgurar ardiente
De vida eterna universal corona.

Y allá, más alto, en majestad augusta,
Labrado el trono del Excelso admira,
So cuya mano omnipotente y justa
El gran concierto de los orbes gira.

Y surgiendo en sus ámbitos intenso,
Himno grave y solemne el éter hiende,
Que cual en ondas de oloroso incienso
Al solio eterno del Creador asciende...

¡ Sí, sí, tú eres la Fe que arrobadora
Mi sér embarga en sensación profunda,
La que mi alma entusiasmada adora,
Y en deleites dulcísimos la inunda!

Allá entre el lodo que fatal le oprime
Te niegue, retorciéndose, el ateo :
Yo que te siento vívida y sublime,
Alzo mi voz para decirte : ¡Creo !

1880.

ETERNIDAD

¡ Alta, inmortal vislumbre,
Eterno foco de la humana mente,
Que en tu süave lumbre
Inundas dulcemente
El alma que ansias de elevarse siente!

Tu imagen resplandece
Del cielo azul en la extensión serena,
Y el éter estremece,
Y los espacios llena
Cual himno hermoso que sin fin resuena

El alma de ti henchida
Á Dios asciende en misterioso vuelo,

Y en amor encendida,
Va á coronar su anhelo
En los cánticos místicos del cielo.

¡Moradas luminosas,
Presentes siempre al pensamiento mío,
Que en estas angustiosas
Playas de ardiente estío,
Fresco vertéis, purísimo rocío!

¡Manantiales fecundos,
Cuyos raudales límpidos derraman
Vida y luz en los mundos!
Las almas que os aclaman
En el gran foco de la Fe se inflaman.

¡Y hay quien, la frente hundiendo,
En densa noche, su virtud reniega,
Y el cielo escarneciendo,
Á hacer ¡oh mengua! llega
Ídolo vil de la materia ciega!

El concierto sublime
Que en las esferas rueda armonioso,
Donde el Eterno imprime
Su sello esplendoroso,
¿No halla en su alma un eco generoso?

Ese infinito anhelo,
Esa ardorosa sed que al hombre eleva
Desde la tierra al cielo,
¿Ni un indicio le lleva
Que hacia la luz su pensamiento mueva?

¿Qué bálsamo süave
Podrá calmar sü corazón herido?
¿Quién guiará su nave
Cuando rueda perdido
Por las olas del mar embravecido?

¡Cuán vigoroso aliento
Al pecho infundes, veneranda idea!
Á tu mágico acento

Natura se hermosea,
Y rico incienso de su seno humea.

Todo habla, todo ostenta
Más nítidos y espléndidos fulgores ;
Su luz el astro aumenta,
Sus perfumes las flores,
Las aves sus conciertos bullidores.

Y el arcano eminente
Que el denso velo de la muerte esconde,
Do se estrella impotente
La humana Ciencia, donde
Ni un débil eco á nuestra voz responde,

No ya, desconsolada,
Oprime al alma en funeral tortura,
Que en virtud impregnada,
No anhela otra ventura
Que á su alto centro remontarse pura.

IMPOTENCIA

Nosce te ipsum.

¡ Oh mil veces feliz, cóndor altivo,
Que el vuelo tiendes con potente ardor
Á bañar tu plumaje en el inmenso
Piélagos de oro del fecundo sol !

¡ Oh mil veces feliz, tú que en la altura
Sientes intenso y férvido vibrar
El beso eterno que al Creador envía
La palpitante inmensidad del mar !

¿ Por qué, si me negó naturaleza
De tu vuelo imperial-émulo ser,

Encendió en mí estas ansias inmortales,
Esta de gloria inmensa, inmensa sed ?

¿ Á qué este anhelo devorante, eterno,
Por el aroma y flor de la beldad,
Si la impotencia su pesada garra
En mi arrogancia altiva ha de clavar ?

¡ Yo te vislumbro, espléndida hermosura,
Limpia y serena como el cielo azul,
Y el bien y la verdad sombra imagino
Cuando amanece tu radiante luz !

Y pienso, al contemplarte embebecido,
Que es mi cerebro tu feliz mansión,
Y que al rasgar mi frente soñadora
Surges envuelta en mi infinito amor.

¡ Vano, impotente afán ! Tórnase luego
En real infierno mi soñado edén ;
Que escapa á mi vasallo pensamiento
La majestad augusta de tu sér.

Así el preso recuerda, al ver el triste
Rayo de luz que en su mazmorra entró,
Que en la esplendente bóveda del cielo
Sus diademas de lumbre arroja el sol.

¿ Á qué mirar la vaporosa nube
Que perdiéndose va en la inmensidad,
Si nuestra planta torpe y abatida
Al polvo ruin encadenada está ?

¿ De qué me sirve el vacilante rayo
Que á mi ambicioso espíritu alumbró?...
No ser grande, es ser vil. ¡ Rompa su lira
Quien no sepa; arrancarle eterno són !

Á ITALIA

(LEOPARDI)

Veo, oh patria, los muros, las estatuas,
Arcos, columnas, solitarias torres
De nuestra clara estirpe: no la gloria,
No el hierro y los laureles que ceñían
Nuestros antiguos padres. Hora inerme,
Nuda enseñas la frente; nudo el pecho.
¡Ay! cuánta, cuánta herida,
¡Qué lividez, qué sangre! ¡Oh cuál te miro
Bellísima matrona!
Yo increpo al mundo, al cielo:
Decid, decid, ¿quién á tan triste estado
La pudo compeler? ¡Y aun más! que oprimen

Sus brazos las cadenas ! Sí, que suelta
La cabellera, y arrancado el velo,
Abandonada mora
Por tierra, sin consuelo,
Y, oculto el rostro en las rodillas, llora.
¡ Lloro, que harto has motivo, Italia mía !
En la suerte infeliz y en la fortuna
Nacida á ser del mundo vencedora.

Fuesen tus ojos dos raudales vivos,
Nunca alcanzara el llanto
Á igualar tu ignominia y tu quebranto ;
Que fuiste ya señora,
Y sierva miserable eres ahora.
¿ Quién sobre ti discurre
Que, recordando tu esplendor pasado,
No diga : grande fué, mas ya no es grande ?
¿ Por qué, por qué ? ¿ Dó ya la fuerza antigua ?
¿ Dónde las armas, la constancia, el brío ?
¿ Quién te arrancó la espada ?
¿ Quién te vendió ? ¿ Qué afán, qué trama artera,

Qué inmenso poderio
 El manto te arrancó y áurea corona?
 ¿Cómo caíste, cuándo,
 De tanta alteza á tan profundo abismo?
 ¿Nadie lidia por ti? ¿No te defiende
 De los tuyos ninguno? ¡Un arma, un arma!
 Yo solo en la contienda
 Combatiré, sucumbiré yo solo.
 Concede ¡oh cielo! que mi hirviente sangre
 Ítalos pechos en su fuego encienda.

¿Dó tus hijos están? Oigo són de armas
 Y de carros y voces y atambores:
 Pugna tu prole en extranjeros climas.
 Escucha, Italia, escucha. Entrever creo
 Un olear de infantes y corceles,
 Y humo, y polvo, y centellar de espadas,
 Como entre niebla lampos.
 ¿No te reanimas? ¿Los trementes ojos
 No osas tornar hacia el dudoso evento?
 ¿Por quién combaten en aquellos campos

Los ítalos mancebos? ¡Dioses, dioses!
Por otra tierra nuestras armas lidian.
¡Oh sin ventura aquel que cae postrado,
No por sus dulces playas, por la esposa
Casta y fiel, é idolatrados hijos;
Mas por extraños, por ajeno fuego,
Y no al morir le es dado
Clamar: ¡Patria querida,
La vida que me diste hora te entrego!

¡Oh edad antigua, amada y venturosa,
Cuando en tropel las gentes
Por la alma patria á perecer corrían!
Y vos, siempre elocuentes,
Ceñidas siempre de gloriosas palmas,
¡Oh tésalas gargantas! donde Persia
Ni el hado mismo doblegar pudieron
Á algunas libres, generosas almas!
Yo pienso que las rocas,
Plantas y mares y montañas vuestras
Dicen con vago acento al caminante

Cómo aquella ribera
Cubrió toda de cuerpos
Caros á Grecia, la milicia invicta.
Vil por el Helesponto
Jerjes entonces y feroz fugaba,
Á ser ludibrio de la edad postrera ;
Y sobre la colina
De Antela, en que expirando,
La santa hueste de la muerte triunfa,
Simónides se alzaba
El campo, el mar, el éter contemplando.

Y con el rostro en lágrimas bañado,
Con pie inseguro y fatigoso aliento,
Embrazaba la lira :
— ¡ Vosotros venturosos,
Que el pecho disteis á enemigas lanzas
Por amor á esta madre, vos á quienes
Grecia venera, el universo admira!
Al riesgo y al combate
¿ Qué grande amor las juveniles mentes,

Qué amor os impelió al fatal destino ?
¿Cómo tan grata ¡oh hijos! la postrera
Hora os apareció, que sonrientes
Al fin volasteis lamentable y duro ?
Semejaba que á espléndido convite
Ó á danza alegre, y no á morir, corriera
Cada uno de los vuestros. El obscuro
Tártaro, empero, y las silentes ondas
Os aguardaban. ¡Ni aun al lado visteis
Vuestros hijos ó esposas,
Cuando en áspera margen
Sin besos y sin lágrimas moristeis!

Mas no del Persa sin horrenda pena
Y angustia interminable.
Cual león entre toros encerrado,
Ya al lomo de aquél salta, y los colmillos
En su espinazo clava,
Ya este ijar, ya aquel muslo dentellea ;
Así en las turbas persas se inflamaba
De los helenos el valor, la ira.

Mira en tierra caballo y caballero ;
 Ve volcados doquier carros y tiendas
 Embarazar la fuga á los vencidos ;
 Pálido y desgredado
 Aun el tirano mismo huir primero ;
 Ve cuál en sangre bárbara teñidos
 Los héroes griegos, perdición del Persa,
 Ya exangües, lentamente,
 Unos sobre otros caen. ¡ Viva, viva !
 ¡ Vosotros venturosos,
 Mientras se hable en los tiempos ó se escriba !

Antes en vuelco rápido cayendo
 Al hondo mar, extintos
 En el abismo estallarán los astros,
 Que vuestra veneranda
 Memoria y vuestro amor mengüe ó se olvide.
 Vuestra tumba es altar ; y aquí trayendo
 Sus párvulos las madres,
 Enseñaránles los hermosos rastros
 De vuestra sangre. ¡ Ved ! yo de rodillas

Me postro ¡ oh venturosos !
Y estos terrones y estas peñas beso,
Que loados serán eternamente
En cuanto el mundo encierra.
¡ Ah, si con vos yaciесе, y empapada
Estuviera en mi sangre esta alma tierra !
Mas si es otro el destino, y no consiente
Que por la Grecia los murientes ojos
Cierre postrado en áspera contienda,
De vuestro vate la modesta fama,
La edad futura, si á los dioses place,
Recuerde en tanto que la vuestra esplenda.

BRUTO MENOR

(LEOPARDI)

Cuando volcada en la comarca tracia,
Yació, inmensa rüina,
La itálica virtud, y el hado entonces,
Para los vallès de la verde Hesperia,
Y playa tiberina,
El casco de los bárbaros corceles
Apresta ya, y de las desnudas selvas
Que la Osa helada oprime,
Á hundir de Roma los ilustres muros
Las godas armas llama :
De hermana sangre y de sudor cubierto,

Bruto, en lóbrega noche, en yermo sitio,
Ya resuelto á morir, contra las sordas
Divinidades y el averno clama,
Y con feroz acento
En vano hiere el adormido viento.

Necia virtud, la hueca niebla, el campo
De móviles fantasmas
Son tus solas tribunas: en pos tuyo
Camina el descreimiento.
De vos, dioses marmóreos
(Si acaso dioses tienen
En Flegetón ó en el empíreo asiento),
De vos befa y ludibrio
Es la prole infeliz, á la que altares
Celosos reclamáis; y engañadora
Ley al mortal ofende.
¿Conque así excita los celestes odios
La terrena piedad? ¿Conque al impío
Su mano Jove extiende?
Y si en los aires tempestad derrama,

Y el trueno veloz vibra,
¿Envuelve al justo en la sagrada llama?

Oprime el hado invicto y la ferrada
Necesidad, al débil
Reo de muerte : y si impedir no logra
Su torpe acción, de necesarios duelos
El vulgo se consueta. ¿Es menos duro
Si es sin reparo el mal ? ¿Dolor no siente
El muerto á la esperanza ?
Guerra mortal, eterna, oh vil destino,
Contigo el prócer riñe,
No avezado á ceder ; y vencedora
Al oprimirle tu tirana diestra,
Agitase indomado y ufano,
Y clavando en su pecho
El hierro doloroso,
Torva sonrisa á las tinieblas muestra.

Hiere á los Dioses quien violento rompe
En el Averno. Nunca audacia tanta

Se albergara en las muelles
Almas eternas. ¿ Por ventura el cielo
Nuestros afanes, los adversos casos,
Y afectos sin consuelo,
Ante sus ojos por placer despliega ?
No entre desdicha y crimen,
Mas libre edad entre los bosques, pura,
Nos destinó Natura,
Un tiempo Reina y Diosa. Y pues impía
Costumbre derribó el feliz imperio,
Y al mísero vivir dictó otras leyes,
Si sus infaustas horas
Alma viril rehusa,
¿ Dardo que no la hirió Natura acusa ?

De culpa ignaras y sus propios duelos,
Á las bestias felices
Serena lleva el imprevisto trance
La edad tardía. Y si á quebrar la frente
En rudos troncos, ó de enhiestas rocas
Sus miembros despeñados dar al viento

Las moviese el afán, no detuviera
Arcana ley ú obscuro pensamiento
El mísero deseo. Á vos tan sólo,
Hijos de Prometeo, entre las razas
Que el cielo hizo surgir, pesa la vida ;
Á vos la muerta orilla, antes que acceda
El destino indolente,
Sólo ¡ oh tristes ! á vos Júpiter veda.

Y tú del mar que nuestra sangre riega,
Cándida luna, surges,
Y la intranquila noche, y el funesto
Campo contemplas al valor latino.
Hermanos pechos huella el victorioso,
Tiemblan los cerros, de las altas cumbres
La antigua Roma cae ;
¿ Y tú tan apacible ? De Lavinia
Miraste un día la naciente prole,
Y el tiempo alegre y memorandos lauros ;
Y sobre el Alpe tu inmutada lumbre
Callada verterás, cuando en tormento

Del siervo ítalo nombre,
Bajo bárbara planta
Retumbe aquese solitario asiento.

Ved, ya en desnuda piedra ó verde rama
El pájaro y la fiera,
De la indolencia usual henchido el pecho,
La ingente ruina ignora y la trocada
Suerte del mundo; y como siempre, el techo
Esplenderá del industrioso aldeano;
Del canto matutino
Al són, aquél despertará los valles;
Aquélla agitará por los barrancos
La débil turba de menores brutos.
¡ Oh casos! ¡ Raza inútil! Parte impura
Somos de lo creado, y no la gleba,
Teñida en sangre, ni antros ahulladores,
Turbó nuestro infortunio,
Ni humana desventura
Descoloró del astro los fulgores.

No yo á los sordos Reyes
Del Olimpo ó Cocito, no á la indigna
Tierra, ó la noche moribundo invoco ;
Ni á ti, postrer destello
De la lóbrega muerte ¡oh testimonio
De la futura edad ! ¿ Fué acaso al llanto
Dado aplacar las desdeñosas tumbas ?
¿ Ornáronlas los dones y palabras
De turba vil ? Peores
Despéñanse los tiempos ; mal se fía
Á nietos corrompidos
El alto honor de las egregias mentes,
Y de los desdichados
La venganza suprema. En torno mío
Las alas bata el negro cuervo hambriento ;
Roa la fiera, el torbellino esparza
Los restos ignorados ;
Y el nombre y la memoria envuelva el viento.

LO INFINITO

(LEOPARDI)

Esta colina solitaria siempre
Grata fué para mí, y este vallado,
Que por partes tan varias
Cierra á la vista el horizonte extremo.
Mas si sentado miro, interminables
Espacios tras de aquél, y sobrehumano
Silencio, y profundísimo reposo
Finjo en mi mente; de lo cual ya casi
El corazón se aterra. Y como el viento
Entre estas plantas suena, ese infinito
Silencio á este rumor voy comparando.
Y recuerdo lo eterno, y las edades

Sepultas ya, y la presente y viva,
Y su tumulto. Así mi pensamiento
En medio de esta inmensidad se anega,
Y naufragar me es dulce en estos mares.

1883.

LA NOCHE DEL DIA FESTIVO

(LEOPARDI)

Dulce y clara es la noche, el aire en calma,
Por cima de los techos y en los huertos
Brilla la luna, y á lo lejos muestra
Serenas las montañas. ¡Dueño mío!
Las sendas callan, vese en los balcones
Rara esplender la lámpara nocturna.
En brazos duermes tú de fácil sueño
En tu tranquila estancia, y no te muerde
Cuidado alguno; ni ya ves ni piensas
Cuánta herida me abriste en medio al pecho.
Tú duermes: yo este cielo que se brinda
Tan favorable, á saludar me asomo.

Y á la antigua natura omnipotente
Que me engendró al dolor. A ti, me dijo,
La esperanza te niego, aun la esperanza:
Tan sólo el llanto brillará en tus ojos.
Solemne fué este día: hora reposas
De los placeres, recordando acaso
En sueño, á cuántos hoy gustaste, y cuántos
Te gustaron á ti: yo más no espero
Á tu mente tornar. En tanto indago
Lo que aun debo vivir, y aquí por tierra
Me arrojo, y grito, y tiemblo. ¡Horrendos días
En tan lozana edad! ¡Ay! por la calle
No lejos oigo el solitario canto
Del artesano que, ya tarde, torna,
Después del goce, á su modesto albergue.
Y fieramente el corazón me oprime
El ver cómo en el mundo pasa todo
Sin dejar casi huella. Ya el festivo
Día extinguióse, y al festivo, el día
Vulgar sucede, y arrebatata el tiempo
Todo caso mortal. ¿Dó ya el tumulto

De los antiguos pueblos? ¿Dónde el grito
De nuestra ilustre celebrada stirpe,
De aquella Roma el formidable imperio,
Y las espadas, y el fragor rugiente
Que por la tierra discurrió y los mares?
Todo es paz y silencio, todo calla
El mundo, y de ellos más no se razona.
En mi primera edad, cuando el festivo
Día se espera con ardor, ya luego
Que él transcurría, yo en el lecho, en vela,
Yacía con dolor. Y en la alta noche,
Si por las calles se escuchaba un canto
Que tenue en lontananza iba muriendo,
Ya así también se me oprimía el alma.

1883.

LA VIDA SOLITARIA

(LEOPARDI)

La lluvia matinal, cuando en la estancia
Aún cerrada, la gallina corre
Batiendo el ala, y al balcón se asoma
El morador del campo, y desde oriente
Asesta el sol sus tremulantes rayos
Á las gotas que caen, mi cabaña
Dulcemente golpeando, me despierta ;
Y salgo, y las ligeras nubecillas,
Y de las aves el susurro, y la aura
Fresca bendigo, y los rientes campos.
Ya que ¡oh infaustos ciudadanos muros!
Os vi bastante y conocí: allá donde

Se une el odio al dolor, doliente vivo,
Y tal he de morir, ¡oh, pronto! Alguna
Bien que escasa piedad muéstrame, empero,
Natura en estos sitios ¡cuánto un día
Más gentil para mí! También tú tuerces
Del mísero la vista, y desdeñando
La desdicha, el afán, á la imperante
Felicidad, naturaleza, sirves.
No queda en cielo ó tierra amigo alguno
Ni otro refugio al infeliz que el hierro.

Tal vez me siento en solitario sitio,
En un alto, de un lago en la ribera,
De taciturnas plantas coronado.
Allí, al rodar en el cenit el día,
El sol refleja su tranquila imagen.
No la hoja ó la hierba el viento mueve;
Ni la onda enrespase, ó la cigarra
Chirriar, ni el ala el pájaro en la rama
Batir, ni revolar la mariposa,
Ni voz, ó són, ó movimiento alguno,

De lejos ni de cerca oyes ni miras.
Reina en tal borde altísimo sosiego ;
Casi á mí mismo, en él, y el mundo olvido,
Sentado inmóvil; y que yacen juzgo
Suelos mis miembros, que no ya los mueven
Alma ó sentido, y su reposo antiguo
Y el silencio del sitio se confunden.

Amor, amor, ¡cuán de mi pecho lejos
Volaste ya, tan ardoroso un día!
La desventura con su fría mano
Bien pronto le oprimió, y trocóse en hielo
En la edad más hermosa. El tiempo evoco
En que hasta el alma mía descendiste.
Era ese dulce irrevocable tiempo
En el que se abre esta infeliz escena
Del mundo al ojo juvenil, y á modo
De paraíso ante su mente ríe.
De anhelo y virgen esperanza salta
Dentro del pecho el corazón del joven,
Y de esta vida á la tremenda empresa

Ya se apercibe, como á danza ó juego,
El misero mortal. Mas no tan pronto
Surgiste, amor ; que ya fortuna había
Roto mi vida, y sólo lícito era
Para estos ojos el perenne llanto.
Empero al ver por las abiertas playas,
En la callada aurora, ó cuando esplenden
Al sol, techos, collados y campiñas,
De tierna virgen el semblante hermoso ;
Ó bien tal vez, cuando en la dulce calma
De noche estiva, el paso vagabundo
Al llegar á las villas deteniendo,
Miro la tierra solitaria, y oigo
En la apartada habitación el canto
Agudo resonar de la doncella
Que añade á su labor la hora nocturna,
Muévase un punto á palpar aqúeste
Mi corazón de piedra. Mas ¡ay! pronto
Torna al férreo sopor : que ya es extraña
Al pecho mío la emoción süave.

¡ Oh amada luna, á cuyo dulce rayo
Danzan las liebres en la selva ; y suele
Dolerse al alba el cazador, que halla
Falso, intrincado el rastro, y de las cuevas
Vario error le desvía ! ¡ Salve, oh reina
Benigna de las noches ! Importuno
Por entre jaras, peñas ó rüinas
Desciende tu fulgor, sobre el acero
Del pálido ladrón, que, á la distancia,
Al rumor de las ruedas y caballos,
Y al golpe de los pies tiende el oído
En el mudo sendero ; y de repente,
Con el són de las armas, la voz ronca,
Y el fúnebre semblante, hiela el alma
Del viajero, á quien desnudo en breve
Y semi-vivo entre las piedras deja.
Hasta el vil seductor llegó importuna
Tu blanca lumbre en las ciudades, cuando
Va rozando las casas, la secreta
Sombra siguiendo, y se detiene, y tiembla
De las ardientes luces, y el abierto

Balcón. Á los malvados importuna,
Benigna siempre para mí tu vista
Será por estas playas, donde sólo
Rientes colinas y anchurosos campos
Me abres delante. Y yo aún solía,
Bien que inocente fuera, tu gracioso
Rayo acusar en habitados sitios,
Si me ofrecía á la mirada humana,
Ó á mis ojos mostraba humanas formas.
De hoy más lo ensalzaré, ya te contemple
Vogar entre las nubes, ya serena
Dominadora del etéreo campo,
Mires esta infeliz morada humana.
Verásme con frecuencia solo y mudo
Errar por bosques y riberas verdes,
Ó sentarme en la hierba, venturoso
Si aliento y alma á suspirar conservo.

1883.



A SILVIA

(LEOPARDI)

¿Recuerdas, Silvia, el tiempo
De tu vida mortal, cuando en tus ojos
Rientes, fugitivos,
Brillaba la hermosura,
Y pensativa, ufana,
El linde hollabas de la edad temprana?

Las tranquilas estancias
Y las vecinas calles resonaban
Con tu perpetuo canto,
Cuando á tarea femenil atenta,
Te sentabas contenta

Del bello porvenir que entreveías.
Era el fragante Mayo, y tú así siempre
Ocupabas los días.

Yo los gratos estudios
Tal vez dejando, y los ajados folios,
En que mi edad primera
Y lo mejor de mí se disipaba,
Desde el terrado del paterno albergue
Mi oído al són de tus acentos daba,
Y á la rápida mano
Que la labor penosa recorria.
Miraba el limpio cielo,
Los dorados caminos y las huertas,
Lejano, á un lado, el mar ; al otro, el monte.
No cabe en lengua humana
Lo que adentro sentía.

¡ Qué suaves pensamientos,
Qué coros de esperanzas, Silyia mia!
¡ Cómo entonces surgia

La vida humana, el hado !
 Ante el recuerdo de ilusión tan grande,
 Un afecto me oprime,
 Agrio, desconsolado,
 Y tórname á doler mi desventura.
 ¡Oh natura, oh natura !
 ¿ Por qué traidoramente
 Lo que entonces prometes, luego olvidas ?
 ¿ Por qué á tus hijos burlas inclemente ?

Tú antes que el hielo marchitara el prado,
 Por misteriosa enfermedad vencida,
 Moriste, oh tierna niña. Y de tu vida
 Las flores contemplar no te fué dado.
 No endulzaron tu alma los loores,
 Ya de los negros rizos,
 Ya del mirar esquivo, enamorado,
 Ni otras contigo en los festivos días
 Razonaban de amores.

Poco después moría
 Mi esperanza también : á mi existencia

También negó el destino
La juventud. ¡Ay! cómo,
Cómo huiste por siempre,
¡Oh dulce amiga de mi edad lozana,
Mi lamentado encanto!
¿Es este el mundo aquel? ¿Estos los goces,
El amor, las empresas, los eventos
Sobre que juntos discurríamos tanto?
¿Esta la humana suerte?
Al surgir ante ti la verdad ruda,
¡Mísera! periciste : y con la mano
Mostraste desde allá la fría muerte
Y una tumba desnuda.

IMITACIÓN

(LEOPARDI)

De tu rama distante,
Infeliz hoja débil,
¿Adónde vas? — Del haya
Donde he nacido dividióme el viento.
Él, girando, en revuelos,
Del bosque á la campaña,
Desde el valle me lleva á la montaña.
Con él perennemente
Voy peregrina, y lo demás ignoro.
Voy donde toda cosa,
Donde la hoja va naturalmente
Del laurel y la rosa.

LOS RECUERDOS

(LEOPARDI)

Á Marcelino Menéndez y Pelayo.

¡Astros hermosos de la Osa! Nunca
Creí tornar aún á contemplaros
Sobre el jardín paterno centellantes,
Y á conversar con vos de las ventanas
De esta morada que habité de niño,
Y do el término vi de mis venturas.
¡Cuánta imagen un tiempo, cuánta historia
Creó en mi mente vuestro dulce aspecto,
Y las que en torno veis, amigas lumbres!
Cuando en silencio, sobre el verde césped,

Mirando el cielo y escuchando el canto
De la rana distante en la campaña,
Gran parte de la noche estar solía!
La luciérnaga erraba en los vallados
Y por las eras, susurrando al viento
La alameda olorosa, y los cipreses
Allá en la selva; y so el paterno techo,
El són de alternas voces, y el tranquilo
Trajín de los criados. ¡ Y qué inmensas
Ideas, dulces sueños, me inspiraron
El mar lejano y los azules montes
Que de aquí miro, y que salvar un día
Entonces meditaba, arcanos mundos,
Arcana dicha á mi vivir fingiendo!
Mi destino ignoraba, y cuántas veces
Esta mi vida dolorosa y yerma
Por la muerte, feliz trocado habría.

Ni aun presagiaba que mis verdes años
Consumiría condenado en esta
Natal salvaje aldea, en medio á gente

Grosera, vil ; á la que extraños nombres
Y argumento de risa y de algazara
Son doctrina y saber ; que me odia y huye,
No por envidia ya, que no me estima
Á ella mayor ; mas porque tal supone
Que es mi íntima opinión, bien que á ninguno
De ello signo exterior nunca yo diera.
Aquí los años paso, oculto, aislado,
Sin vida, sin amor, y áspero en medio
De mala turba á mi pesar me torno.
Aquí virtudes y piedad me arranco,
Y desprecio á los hombres, por las greyes
Que tengo junto á mí : y en tanto vuela
El dulce tiempo juvenil ; más dulce
Que el laurel y la fama ; más que el puro
Fulgor del día, y el morir : te pierdo
Sin ningún goce, inútilmente, en esta
Inhumana morada, entre congojas,
¡ Oh sola flor de la infecunda vida !

Viene el viento trayendo el són de la hora
De la torre del burgo. Él me infundía,
Aun lo recuerdo, ánimo en mis noches,
Cuando era niño, y en la obscura estancia
De tenaz miedo víctima velaba,
La aurora ansiando. Nada aquí oigo ó miro
Sin que adentro una imagen reaparezca ;
De do no surja plácida memoria.
Plácida en sí ; mas con dolor se enlaza
La idea del presente, un vano anhelo
Del tiempo que pasó, aunque empañado
Por la tristeza, y el decir: he sido.
Aquella galería vuelta al último
Rayo de luz ; estos pintados muros,
El fingido rebaño, el sol que nace
Sobre campiña solitaria, dieron
Delicias mil á mis perdidos ratos,
Cuando á mi lado, siempre, hablando iba
Mi error potente por doquier. En estas
Salas antiguas, de la nieve al brillo,
Silbando el viento en torno á estas ventanas,

Retumbó la alegría y mis festivas
Voces, en tiempo en que el indigno, acerbo
Misterio de las cosas, se nos muestra
Henchido de dulzura. Entera y virgen,
Tierno el doncel, como inexperto amante,
Su falaz vida con amor contempla,
Y celeste beldad finge y admira.

¡ Oh esperanza, esperanza, engaños dulces
De mi primera edad ! Hablando, siempre
Vuelvo á vosotros ; que al andar del tiempo,
Ni al variar de afectos y de ideas,
Puedo olvidaros. Gloria, honor, tan sólo
Fantasmas juzgo ; bienes y venturas,
Mero anhelar ; no tiene fruto, inútil
Miseria, la existencia, y si vacíos
Yacen mis años, si desierto, obscuro
Es mi estado mortal, poco fortuna
Me robó, á fe. Mas ¡ ay ! cuando en vosotras
¡ Oh mis antiguas esperanzas ! pienso,
Y en mis caras imágenes primeras,

Y en mi vida tan vil luego reparo,
Tan dolorosa, y que la muerte es sólo
Lo que de tantas esperanzas grandes
Hoy ya me resta : oprimirse siento
Mi corazón, siento que no me es dado
Resignarme del todo á mi destino.
Y cuando al fin esta invocada muerte
Venga á mi lado, término poniendo
Á mis desdichas ; cuando ya la tierra
Me sea extraño valle, y de mi vista
Se esconda el porvenir ; aun de vosotras
Me acordaré, y aún aquella imagen
Me arrancará suspiros, me hará triste
Haber vivido en vano, y la dulzura
Del fatal día enturbiará con duelo.

Y ya en el juvenil hervor primero
De contentos, de angustias, de ansiedades,
Tenaz llamé á la muerte, y largas horas
Sentado allá sobre la fuente estuve,
Ahogar meditando entre esas aguas

Mi ilusión, mi dolor. Después, por ciego
Mal, conducido de la vida al riesgo,
Lloré la juventud, y la ya mustia
Temprana flor de mis infaustos días.
Y sobre el lecho confidente, en altas
Horas sentado, á la muriente lumbre
Poetizando con dolor, mil veces
Lamenté con la noche y el silencio
El alma fugitiva, y á mi mismo
Me canté, exhausto ya, fúnebre canto.

¿Quién sin suspiros recordaros puede
¡Oh alborar de juventud, oh días
Risueños, ñefables! cuando al hombre
Extasiado, por la vez primera
Sonrien las doncellas; todo en torno
En certamen sonríe; aún dormida,
Ó bien benigna aún, la envidia calla,
É (¡inusitada maravilla!) el mundo
Casi le tiende auxiliadora mano,
Cubre sus yerros; su venir reciente

Á la vida celebra, y respetuoso
Muestra aclamarle por señor y dueño?
¡ Días fugaces! Como raudo lampo
Se desvanecen. ¿ Qué mortal alcanza
La desdicha ignorar, si aquella hermosa
Estación ya le huyó, si su buen tiempo,
La juventud ¡ la juventud! no existe?

¡ Oh Nerina! ¿ Y de ti no oigo á estos sitios
Ya por ventura hablar? ¿ Caíste acaso
De mi memoria tú? ¿ Dónde te has ido
Que sólo ¡ encanto mío! tu recuerdo
Encuentro aquí? No más, no más te mira
Esta tierra natal: esa ventana
Donde solías conversarme, y donde
Triste el fulgor de las estrellas luce,
Vese desierta. ¿ Dónde estás, que no oigo
Más tu voz resonar, como algún día,
Cuando al llegar cada lejano acento
Del labio tuyo hasta mi oído, el rostro
Me demudaba? Otra edad. Tus días

Fueron, mi dulce amor. Pasaste. Á otros
El pasar por la tierra hoy cabe en suerte,
Y habitar estas olorosas cumbres.
Pasaste ; mas ¡cuán rápida! Tu vida
Cual sueño fué. Cuando, danzando, el júbilo
En tu frente brillaba, y en tus ojos
Aquel cándido ensueño, aquella lumbre
De juventud, fueron del hado extintos,
Y yaciste. ¡ Ah Nerina ! Aun en mi alma
Reina el antiguo amor. Si me encamino
Alguna vez á fiestas, á saraos,
Digo : ¡ Oh Nerina ! Tú á saraos, á fiestas
No te preparas más, no te encaminas.
Si Mayo torna, y flores y cantares
Los amantes van dando á las doncellas,
Nerina, digo, para ti ya nunca
Torna la primavera, amor no torna.
Y si un día sereno, una florida
Ribera miro, ó siento un goce, exclamo :
Ya no goza Nerina ; el campo, el aire
No mira ya. ¡ Ay ! tú pasaste, eterno

Suspiro mío : tú pasaste, y siempre
Compañera será de mi errabundo
Imaginar, de mis afectos tiernos,
De los tristes é íntimos latidos
Del corazón, la remembranza acerba.

AMOR Y MUERTE

(LEOPARDI)

Ον οἱ θεοὶ φιλοῦσιν ἀποθνήσκει νέος.

Joven perece el que los dioses aman.

(MENANDRO)

Al Amor y la Muerte

Á un tiempo hermanos engendró la suerte.

Jamás cosas tan bellas

Encerraron el mundo ó las estrellas.

Nace del uno el bien, el mayor goce

Que por el mar de la existencia rueda ;

Toda desdicha ingente,

Todo ingente dolor la otra aniquila.

Hermosísima joven,

Imán de la mirada,
No cual la finge la cobarde gente,
Al niño Amor acompañar le agrada ;
Y sobre el mortal suelo
Pasan volando unidos,
De toda sabia mente alto consuelo.
Ni fué jamás un corazón tan sabio
Cual herido de amor, nunca más fuerte
Alcanzó á despreciar la infausta vida,
Ni cual por este dueño
El peligro arrostró por otro alguno ;
Que dondequier, Amor, tu auxilio llevas,
Allí al punto el valor nace ó revive ;
Y no, cual suele, vana
En pensamiento, mas en obras grande,
Se alza la estirpe humana.

Cuando recientemente
Nace en lo hondo del alma un tierno afecto,
En ella, á un tiempo, lánguido y cansado,
Un vago anhelo de morir se siente.

No sé por qué : mas es signo primero
De todo amor potente y verdadero.
Este desierto entonces
Pavor infunde : inhabitable, ingrata,
La tierra el mortal mira, sin aquella
Nueva, sola, infinita
Felicidad que en su soñar retrata ;
Y allá en su alma al presentir por ella
Profunda tempestad, calma apetece,
Llegar á puerto ansía
Ante el terrible anhelo,
Que ya en torno, rugiendo, se obscurece.

Luego, cuando ya todo
Lo envuelve y ciñe el formidable numen,
É invicto ardor al corazón fulmina,
¡Cuánta vez implorada '
Con intenso deseo,
Muerte, eres tú del angustiado amante !
¡Cuántas de noche, y cuántas,
Rindiendo al alba el cuerpo fatigado,

Feliz llamóse si le fuera dado
No alzarse ya, si nunca
La amarga luz á contemplar volviera !
Y al escuchar el fúnebre tañido
De la campana, el cántico que triste
Los muertos lleva al sempiterno olvido,
Envidió en lo profundo
Del pecho, ardientemente,
Al que á morar con los extintos iba.
Aun la plebe olvidada,
El aldeano, ajeno
Á las virtudes que el saber infunde,
Aún la esquiva y tímida doncella,
Á quien la voz de muerte
Crispábale en un tiempo los cabellos,
Hora constante y fuerte
Los negros velos y la tumba mira ;
Hierro y veneno con tesón contempla,
Y allá en su mente indocta
El dulce encanto del morir comprende.
Tanto á la muerte inclinan

Las leyes del amor. Y aun, á menudo,
Sostener no pudiendo
Humana fuerza el interior combate,
Ó el frágil cuerpo abate
La conmoción terrible, y de este modo.
Por fraternal poder la Muerte triunfa ;
Ó tanto Amor impele
Al abismo profundo,
Que por sí mismos el inculto aldeano
Y la tierna doncella
Los miembros juveniles
Por tierra esparcen con violenta mano.
Rie el mundo su duelo :
Que paz y senectud le brinde el cielo.

Al férvido, al dichoso,
Al varón animoso,
Uno ú otro de vos conceda el hado,
Dulces amigos de la estirpe humana,
Cuyo poder supera,
En el vasto universo,

Á todo otro poder, y sólo cede
Del hado á la potencia soberana.
Y tú á quien ya desde mi edad primera
Honrando siempre invoco,
Bella Muerte, piadosa
Sola en el mundo á terrenales duelos ;
Si alcé mi voz en tu loor, si quise
Á tu esencia divina
Del vulgo ingrato reparar la afrenta,
No tardes más, á inusitados ruegos,
Cerrando ya á la luz mis tristes ojos,
¡ Reina eterna del tiempo ! hora te inclina.
Cualquier sea el instante
En que las alas á mi voz despliegues,
Alta la frente me hallarás, armado,
Y renitente al hado ;
La mano que azotándome se tiñe
En mi sangre inocente,
No alabaré, no besaré, cual hace
Por vil costumbre la terrena gente ;
Toda vana esperanza con que el mundo

Cual niño se consuela, toda necia
Confortación rechazaré; ni alguna
He de esperar jamás sino á ti sola;
Sólo aquel día esperaré sereno
En que recline adormecido el rostro
En tu virgíneo seno.

1883.

Á SÍ MISMO

(LEOPARDI)

Reposarás por siempre
Cansado corazón. Murió el engaño
Que eterno imaginé. Murió. Bien veo
Que de los dulces sueños se ha extinguido,
No la esperanza en mí, sino el deseo.
Reposa ya por siempre. Harto has latido.
Nada tus fibras conmovér merece,
Ni aun es la tierra de suspiros digna.
La vida es un amargo
Fastidio, nada más; el mundo, lodo.
Descansa. Desespera
La última vez. Á nuestra raza el hado

Sólo otorgó el morir. Desprecia ahora
Á ti, á natura, á la potencia torpe
Que, oculta, en daño universal impera,
Y la infinita vanidad del todo.

AL MAR

(BYRON)

¡Despliega y rueda tus cerúleas ondas,
Hondo, obscuro Oceano! Vanamente
Te surcan flotas mil. La tierra entera
Cubre el hombre de ruinas,
Mas su poder no salva tu ribera.
En la acuosa llanura
Tú engendras las catástrofes, ni dura
La sombra allí de las que el hombre mueve,
Sino es la suya, cuando, en un instante,
Como gota de lluvia,
En tus abismos se hunde, con ahogado
Ronquido borbollante,
Sin toque de agonía,
Sin ataúd, sin tumba, é ignorado.

No conservan su huella tus senderos,

Ni tus campos domina :
Te irgues, y le arrojas. Desdeñando
El vil poder con que la tierra arruina,
De tu regazo al cielo le levantas,
Y tembloroso, ahullando,
Mándasle envuelto en tu traviesa espuma
Á algún cercano puerto, do estar puede
Su esperanza mezquina,
Y á la tierra le vuelves... ¡ allí quede !

Los ingentes cañones,
Que ciudades de roca fulminando,
Hacen temblar monarcas y naciones ;
El leviatán de roble, cuya recia
Enorme contextura
El vano timbre á su inventor procura
De árbitro de la guerra, y de ti dueño,
Juguetes tuyos son, copos de nieve,
Que tu espumoso hervor funde y desata :
Cual de la Armada el orgulloso empeño,
De Trafalgar los restos arrebatá.

Tus costas son imperios, donde todo,
Menos tú, se transforma. ¿Qué es de Asiria,
Grecia, Roma y Cartago?
Sufrieron, libres ya, luego serviles,
De tus rugientes aguas el estrago;
El salvaje, el esclavo, el extranjero,
Huellan sus vastos lindes. Su ruina
Trocó reinos en páramos. Tú, empero,
Sólo cambias la brava
Diversión de tus ondas; ni una arruga
Sobre tu frente azul el tiempo graba:
Como ruedas ahora,
Te vió del mundo la radiante aurora.

¡Glorioso espejo, donde Dios se mira
Entre tormentas! Plácido ó bravío,
Por brisa, ó viento, ó vendabal alzado,
Allá en el polo, helado,
Ó en clima ardiente palpitando umbrío,
Tú eres sin fin, sin límite, sublime,
Trono de Dios, imagen de lo eterno;

Aun tu légamo imprime
Vida á los monstruos del abismo ; aclaman
Las zonas tu poder, de polo á polo,
Y avanzas fiero, impenetrable, solo.

Y siempre ¡ oh Mar ! te amé. Y era el ameno
Goce mío infantil, cual tus burbujas,
Llevado ser sobre tu limpio seno.
Niño, con tus rompientes yo jugaba,
Ellos eran mi encanto ;
Y cuando el fresco mar, más impetuoso,
Terribles los volvía, en ello hallaba
Un temor deleitoso ;
Pues yo cual uno de tus hijos era,
Confiado tu oleaje recorría,
Y mi mano ponía,
Como ahora, en tu crespa cabellera.

LA LÁGRIMA

(BYRON)

Á B. F. Dobranich.

Cuando amistad ó amor nuestra alma mueven
Cuando en un lampo la verdad resalta,
Puede el labio engañar con gesto ó risa,
Pero prenda de afecto es una lágrima.

La sonrisa á menudo es artificio,
De odio ó de temor mentida máscara ;
Dadme el suave suspiro, cuando enturbia
Ojos que el alma dicen, una lágrima.

Exento el pecho de barbarie muestra
La Caridad con su apacible llama ;
La piedad, cuando ella arde, enternecida,
Difunde su rocío en una lágrima.

Cuando el que del Atlántico en las olas
Rige el bajel con tormentosa ráfaga
Se inclina á la onda, su probable tumba,
Chispea el verde mar con una lágrima.

Reta el guerrero por soñado lauro
La muerte, en pos de romancesca fama ;
Mas alza á su enemigo, en lid postrado,
Y baña cada herida en una lágrima.

Si ebrio de orgullo hacia su amante torna,
Abandonando la sangrienta espada,
Premia su afán, si, al abrazar la virgen,
Besa sobre su párpado una lágrima.

¡ Dulce hogar de mi infancia ! ¡ Fiel asilo
Do amor los raudos años enlazaba !

Triste, al partir, lloré, torné á mirarte :
Tu torre apenas vi tras una lágrima !

Votos no puedo hacer por mi María,
Mi María, antes ¡ay! á Amor tan cara :
¡Y un tiempo fué que en su glorieta umbrosa
Esos votos premió con una lágrima !

De otro en brazos, ¡ feliz por siempre viva !
Su nombre aún mi corazón ensalza :
Renuncio á lo que un tiempo juzgué mío,
Y olvido su traición con una lágrima.

¡Oh amigos de mi alma ! Al separarnos,
Es esta mi más íntima esperanza :
Si aun nos reúne este campestre albergue,
Sea, como al partir, con una lágrima.

Cuando mi alma á lo obscuro tienda el vuelo,
Y dentro su ataúd mi cuerpo yazga,
Por mi tumba al pasar, do se consume,
¡Oh ! su polvo mojad con una lágrima.

El fastuoso dolor no hable en el mármol
Que de la vanidad los hijos alzan,
Ni fama con ficción mi nombre ilustre :
Mi ambición, mi deseo, es una lágrima.

1886.

LA NUBE

(SHELLEY)

De río y mar á las sedientas flores
Yo fresca lluvia envío,
Y leve sombra á las plegadas hojas
En sus sueños de estío.

Vierten mis alas el rocío que abre
El capullo fragante,
Cuando en el seno maternal se mece,
En torno al sol danzante.

Tal vez desgrano azotador granizo,
Y alba túnica mando

Á la llanura ; lo disuelvo en lluvia,
Río, y paso tronando.

Cierno la nieve á las montañas, gimen
Sus pinos en tormento ;
De noche, en su blancura reclinada,
Duermo en brazos del viento.

Por mis celestes ámbitos mi guía
Sublime resplandece,
Y allá en los antros aherrojado el trueno
Rebrama y se enfurece.

Mi guía, sobre tierra y oceano
Me lleva en curso ameno :
Va en pos de amados genios que allá habitan
Del mar el hondo seno.

Sobre arroyos, y riscos, y llanuras,
Sobre lago y collado,
Doquiera sueña, bajo monte ó río,
El Espíritu amado

Reside ; y mientras él me precipita
En lluvia rumorosa,
Yo en la sonrisa azul del limpio cielo
Me caliento gozosa.

La roja aurora, de ojos esplendentes
Y abiertas igneas plumas,
Muriendo Venus ya, salta á la espalda
De mis flotantes brumas,

Como un instante á montañoso risco,
Que un temblor estremece,
La águila baja, y de sus áureas alas
En la luz resplandece.

Y cuando aspira el sol del mar rojizo
De amor y paz anhelo,
Y el tul purpúreo de la tarde cae
Del abismo del cielo,

Yo en mi aéreo nido permanezco
Con el ala plegada,

Tranquila, quieta en él, como paloma
Sobre su cría echada.

Esa virgen que el hombre llama luna,
De blanca lumbre henchida,
Sobre mi veste resbalando esplende,
Por la brisa esparcida.

Y donde el pie invisible, que los ángeles
Sólo escuchan, posando,
Mi sutil trama rompe, las estrellas
Se asoman atisbando.

Y río al verlas como abejas de oro
En revolante huída,
Cuando espacio mayor abro en mi tienda
De viento construída.

Mientras los ríos, y los vastos mares,
Y lagos sosegados,
Cual girones de cielo allá caídos,
Brillan de astros sembrados.

Ciño un cinto de perlas á la luna,
Al sol, zona de fuego,
Se asombra astro y volcán si al torbellino
Mi bandera despliego.

De cabo á cabo, como aéreo puente
Sobre bravios mares,
Reparo al sol, mi bóveda suspendo,
Son montes sus pilares.

Y es el arco triunfal por donde paso,
Con viento, y nieve, y trueno,
Cuando del aire los alados dioses
Á mi carro encadenó,

El iris, que de mil suaves colores
Recama el sol fulgente,
Mientras allá la tierra se divisa
Húmeda y sonriente.

Hija soy de la tierra y de las aguas,
Del cielo amor primero,

Paso á través de playas y oceanos,
Cambio, mas nunca muero.

Pues tras la lluvia, cuando limpia brilla
La amplia región etérea,
Y forman viento y sol, en curvas lumbres,
La azul cúpula aérea,

Yo en mi sepulcro río, y de los antros
De la lluvia saliendo,
Niño que nace, espectro de la tumba,
Á derrumbarla asciendo.

1890.

SUEÑOS

(HEINE)

Soñé llorando que muerta
Te contemplaba,
Y al despertar de mi sueño,
Derramé lágrimas.

Soñé llorando que pérfida
Me abandonabas,
Y al despertar, largo tiempo
Lloré con ansia.

Soñé llorando que tierna
Aún me amabas,
Despertéme, y sin fin corre
El amargo torrente de mis lágrimas.

LAS ONDINAS ¹

(HEINE)

Besan las ondas la desierta playa,
Brilla en el cielo la argentada luna,
Y un doncel, en la arena reclinado,
Sueña en horas de amor y de fortuna.

Entre leves espumas las Ondinas
Salen del mar, fantásticas y puras,
Y llegándose al joven, con recelo,
Mirándose entre sí, « duerme », murmuran.

Una — mujer al fin — curiosa toca
De su cimera la flotante pluma,

¹ De una versión portuguesa de Pérez Bonalde

Levanta otra el rutilante escudo,
Y el tierno mote descifrar procura.

Ésta, risueña, con mirar de fuego,
La limpia espada del doncel desnuda,
Y apoyándose en ella, le contempla
Con éxtasis de amor y de ternura.

Aquella en torno de él amante gira,
Y con pasión mirándole, susurra :
¡ Cuán bello estás así, flor de la guerra !
¡ Qué no diera por ser la amada tuya !

Una estrecha su mano, alza sus labios,
Imprime en ella un beso, la otra duda,
Mas, cobrando valor, los encendidos
Labios del mozo con los suyos junta.

No duerme el caballero, siente todo ;
Los ojos cierra, y dormitar simula,
Y se deja besar por las ondinas
Al argentado rayo de la luna.

LA JOVEN CAUTIVA

(ANDRÉS CHÉNIER)

« Sazónase la espiga del dalle respetada ;
Del alba dulces dones absorbe fresca vid ;
Y yo cual la una hermosa, cual la otra delicada,
Aunque es la hora sombría, no quiero aún morir.

Rígido estoico avance sereno hacia la muerte:
Yo espero; huído el bóreas, la frente vuelvo á alzar;
Si hay amargos días, ¡ tan dulces da la suerte !
¿ Qué miel sin dejo acerbo? ¿ Qué mar sin tempestad ?

En vano de una cárcel me oprime el muro odioso;
Dame alas la esperanza, me enciende la ilusión ;

Tal, lazo cruel salvando, alegre y bullicioso
Del cielo á las campiñas se lanza el ruiseñor.

Tranquila doyme al sueño, tranquila me despierto,
Sin penas, sin congojas, ¿por qué debo morir?
Al verme, las miradas sonríenme en concierto ;
Sobre abatidas frentes la dicha hago lucir.

¡Tan lejos sus confines tiene aun mi senda hermosa!
Sus árboles primeros mi pie sólo pasó :
En el festín del mundo apenas libé ansiosa
La copa aun en mis manos henchida de licor.

Estoy en primavera; ver quiero mies dorada,
Y cual el sol su giro, mis años completar;
Rosa al verjel adorno, romper vi la alborada,
Anhelo de la tarde las auras respirar.

Te aleja ¡oh muerte!, espera : las vidas que sombrías
Devora el terror pálido, tu golpe vaya á herir ;
Amor me brinda besos, las musas armonías,
Natura verdes prados... ¡ No quiero aún morir ! »

Así, cautivo y triste, mi lira despertaba,
De una cautiva oyendo la quejumbrosa voz ;
Y de mi vida el tedio burlando, doblegaba
Del verso al dulce yugo su acento seductor.

De mi prisión testigos, aquestas armonías
Quizá á indagar movieren quien fuese esta beldad :
Ornábanla las gracias, y á par de ella, sus días
Quien á su lado estuvo temió ver terminar.

Á ITALIA

(FILICATA)

¡ Oh Italia, Italia, tú á quien ya la suerte
Concedió infeliz prenda de hermosura,
Funesto dón de eterna desventura
Que en ti grabado con dolor se advierte !

¡ Ah, menos bella fueras, ó más fuerte,
Y amor menos sintiese, ó más pavora,
Quien á la hermosa luz que en ti fulgura
Fingiendo tremular, te 'reta á muerte !

Que no vieras del Alpe alud de armada
Falanje descender, ni los rebaños
Galos beber del Po la onda sangrienta ;

Ni, inerme, combatiendo en lid porfiada,
Te escarneciera, por servir á extraños,
Vencida ó vencedora, eterna afrenta.

CONFIDENCIAS

(CONDESA LARA)

Nació al amparo de sombría fronda,
Allá al confín de nuestro suelo amado,
Por quemador ambiente acariciado,
Al beso de la mar límpida y honda.

Poeta, amante, extraño, audaz, que esconda
Sólo hay dos cosas, con amor sagrado,
Su pecho soñador : el venerado
Materno rostro y mi cabeza blonda.

¿Queréis saber cómo mi alma un día
Rindióse esclava á su imperioso acento?
Es algo con sabor de Andalucía.

Dejaba un sol de Mayo el firmamento,
Él una rosa á la ventana mía
Me arroja, álzola yo, y morir me siento.

.

LA PALABRA DE LA ABUELA

(CONDESA LARA)

Dulce y lento es su hablar. En otra esfera
Á mi madre tornar á ver confía,
Y como al ángel que abrirá la vía,
La muerte aguarda y en la muerte espera.

Culto que el fanatismo no exagera
Conserva intacto en esta edad tardía,
Y arrostra aún la lucha más impía,
Con signo santo y súplica sincera.

Cércanme dudas; mas la miro, y siento
Cual si órgano lejano me enviara
Bellas leyendas á través del viento.

Tal, que el bando de sabios, de la clara
Fría verdad á la conquista atento,
Por solo un dicho de ella yo trocara.

SIN BESOS

(CONDESA LARA)

Tornará en breve ; su cabeza obscura
Reclinará en mi seno,
Y exigirá saber si de amargura
Se vió estas horas, sin sus besos, lleno.

Yo le diré: el dolor, dueño querido,
Callado me devora
Lejos de ti ; lo sabes, no he vivido :
Haz, pues, que entre tus brazos viva ahora.

PAZ

(CONDESA LARA)

Azota él la maleza del camino
Con aire de desdén y de importancia ;
Yo, el pañuelo en la mano, por la estancia
Vago en silencio y la cabeza inclino.

Junto á una mesa un libro ora examino,
Ya aspiro de una rosa la fragancia ;
Asómome al balcón, y á la distancia
Tiendo la vista, y pienso en mi destino.

Que sola soy medito, el mundo inmenso ;
Que en sus brazos mi nido busco amante,
Y es su empeñada fe mi almo tesoro.

Y corre por mis venas frío intenso,
Y á él llego, y murmúrole anhelante:
¡ Tú lo sabes, mi dios, ebria te adoro !

ESTANCIA CERRADA

(CONDESA LARA)

Sedúceme el dolor. En ver me afano
Su muda estancia, en soledad austera
Des que cerrada por nosotros fuera
Entre besos, plegarias, llanto vano.

No corrió el tiempo aquí. La tenue mano
Que aquesta aguja en la labor prendiera,
Que abrió aquel libro, y colocó ligera
Así al brasero esé sillón cercano,

Que alzar debe, parece, á cada instante
Las cortinas que ocultan esa puerta,
Por la que asome un pálido semblante.

Y un punto, sin que el dulce engaño advierta,
Miro, espero en silencio, tremulante,
Mas gritando huyo luego : ¡es muerta, es muerta!

PAISAJE HOLANDÉS

(DE AMICIS)

Bajo el húmedo cielo, la llanura
Sin fin se tiende, do el silencio asiste,
Está desierta la campiña, y viste
El horizonte tempestad obscura.

Tiemblan las aguas, tiembla la verdura,
Pliega el aliso su cabeza triste,
Y conturbar parece cuanto existe
Un presagio de llanto y desventura.

Sola, allá al borde de un canal, humea
Una choza que entre álamos se esquivo;
Mueve un molino el ala gigantea :

Y en el sosiego del inmenso verde,
Callada soñadora pensativa,
Cruza una vela cándida y se pierde.

PLEGARIA

(DE AMICIS)

Cuando en la noche siento,
En la contigua estancia,
El respirar süave
De mi madre adormida,
Fluye más olearia
En mi tranquilo corazón la vida,
Y de mi alma alegre, enternecida,
Se escapa una plegaria.

« Si es mi destino que en el mundo expie
Con gran dolor mis faltas,
Pierda los dones todos

De la fortuna, y en la vacua mente
Seco se torne el surtidor galano
De la idea riente,
Que me conquista de ignorado amigo
El saludo lejano ;
Y de la inepta mano
La pluma caiga como una arma rota ;
Y en la pobreza yazga, abandonado
De mis caros amigos, condenado
Á ganarme la vida
Con vil trabajo que mi orgullo ofenda,
Y cada día en mi alma abra una herida ;
Y en miseria constante
Viva obscuro ó burlado,
Y la áspera fatiga
Me trastorne la sangre y el semblante,
Y cambie en blancas hebras mis cabellos ;
Y me contemple falto
De todo, todo sí, menos del alto
Sentido del honor, y la constancia ;
Y huya de mí cuanta ilusión hermosa

Á mis anhelos cuadre...

Con tal que de mi estancia

Escuche siempre respirar mi madre. »

Luego que exhala el pecho esta plegaria,

Fluye más olearia

En mi tranquilo corazón la vida,

Y con el alma alegre, enternecida,

Me duermo dulcemente,

Y en sueños veo el rostro sonriente

De mi madre adormida.

EL AMOR DEL BARQUERO

(DE AMIGOS)

He vuelto á ver mi rubia placentera
Allá, sobre el canal, en su barquilla ;
Mi barca, entonces, amarré á la orilla,
Y ella, haciendo labor, pasó ligera.

Me ama, sí, lo sé : me ama y espera,
Y si la suerte amiga me secunda,
Mía será la rubia verecunda,
Mi rubiecilla amada y hechicera.

Para ella compraré un casco argentado,
Y barca carmesí con dos fanales ;
Besándonos, iremos al mercado.

.

Y hallarános la edad del desengaño,
Que á todos llega, haciendo en los canales
Una milla por hora, un nene al año.

JUSTA LITERARIA

I

Á CALIXTO OYUELA

CARTEL

Tú, que pulsas la cítara de Orfeo,
No extrañarás, Calixto, que mi Musa
De batallar contigo entre en deseo.

Sírvame, amigo, tu amistad de excusa,
Y la conciencia de que nobles lides
Del alma con el alma, no rehusa.

La generosa sangre de los Cides
Hace gallardo el combatir. Probemos,
En franca lucha, la virtud de Alcides.

¡Sus! y á la arena; pero así que entremos,
Magüer antigua usanza, es pertinente
Que al gran concurso las causales demos.

Quéjome de tu Musa irreverente,
Que, en busca de las sombras del pasado,
Huye la luz del ideal presente ;

Que en el vetusto Pindo sonrosado,
En las aguas, ya turbias, de Helicon,
Del Arte sueña el esplendor sagrado ;

Que de hiedras y mirtos se corona,
Y no de las guirnaldas del seíbo
De nuestra bella americana zona ;

Que rinde culto al sátiro lascivo,
Y al águila de Júpiter, huraña,
Y no á los vuelos del chajá nativo ;

Que trepa del Parnaso la montaña,
Y pone, con los Andes, en olvido
De San Martín la memorable hazaña ;

Que canta de mi América al oído
En el lenguaje de los dioses, bello,
Pero jamás del corazón sentido ;

Que, aunque en mi tierra no se acuerden de ello,
La faz de cierta cazadora ingrata
Descubre de la luna en el destello ;

Que sus contornos mágicos retrata
En el Tajo mezquino, y no se mira
En los cristales del soberbio Plata ;

Y por fin, que hasta el aire que respira,
Es de Neptuno el hijo armonioso,
Y no el pampero que la Patria aspira .

Estas mis quejas son, que escucha ansioso
El gran concurso, y á librar batalla
Me deciden, poeta generoso.

No la lanza, la espada, ó la metralla,
Vendrán en sangre á humedecer la arena,
Que Marte lejos de nosotros se halla :

Vendrá tu lira, de cadencias llena,
Y en contrapunto de mi verso escaso,
En la parla dirá de Juan de Mena
En qué supera al Andes el Parnaso.

Rafael Obligado.

Buenos Aires, Noviembre de 1881.

II

Á RAFAEL OBLIGADO

Sur des pensers nouveaux fais ins des vers antiques.

(ANDRÉ CHÉNIER)

Sobre inquieto corcel, frente serena,
La lanza en ristre, y con marcial talante,
Entraste, amigo, á la revuelta arena.

Y, cual moderno caballero andante,
Ante el concurso que en silencio atiende,
En són de guerra me arrojaste el guante.

No lo extraño, en verdad, ni me sorprende,
Siendo, como eres, de la heroica raza
Cuya alma al grito de la lid se enciende.

Mas, dime, por ventura, ¿ *no hay en plaza*
(¡ Dirás que soy antiguo !) otro más fuerte
Que yo, para blandir la ingente maza ?

¡ Elegir á quien ya la airada suerte
Negó ingenio y vigor, para llevarle
Al antro pavoroso de la muerte !

¿ No fuera, di, más noble abandonarle
Allá á su numen destemplado y frío,
Que á desigual combate provocarle ?

Mas pues te empeñas, sea : tu alto brío
No tengo, á fe, ni tu feliz destreza,
Mas de mi causa en la bondad confío.

Tu acusación por fulminar empieza
Mi Musa irreverente, que un tesoro
Ve, en lo que fué, de espléndida belleza.

Que ve en torno del Sol el raudo coro
De las Horas volubles, y en la fuente
La hermosa ninfa de madejas de oro.

Que renunciando al ideal presente,
En las tinieblas densas del pasado
¡ Ay ! se complace en envolver mi frente.

¡ Píndaro, Safo, Homero venerado !
Si fuisteis sombra sólo, sí, yo anhelo
Vivir en sombra eterna sepultado !

Natura envuelta en misterioso velo
Á los griegos habló, que sonrientes
Imaginaron en la tierra el cielo.

Vertieron en cascadas esplendentes
La fe, el amor, la animación, la vida,
En los bosques, los prados y las fuentes.

¡ *Su habla no fué del corazón sentida,*
Afirmas, Rafael ! Leyendo á Homero
¡ Oh cuál se siente el alma dolorida !

Héctor sin vida cae ; Aquiles fiero
Arrastra su cabeza ensangrentada,
Que abriendo va en la arena hondo sendero.

Vese á la tierna madre desolada
Su pecho desgarrar, pidiendo ansiosa
Bajar con su hijo á la infernal morada.

Acude al llanto allí la casta esposa,
Y al ver el cuadro horrible, cae en tierra,
Y rueda lejos su diadema hermosa.

Tu noble pecho, Rafael, que encierra
Tal tesoro de amor ¿no se entenece
Ante este fin de la nefanda guerra?

¿Le llamarás vetusto? ¡Oh, no envejece
Lo que es bello y sublime! Antes su gloria
Con majestad eterna resplandece.

¡Cómo levanta el alma la memoria
De aquella áurea falanje de inmortales
Que arrancar supo al tiempo la victoria!

¡Oh bendecida edad en que los males
Mitigaba del canto la armonía,
Derramándose en plácidos raudales!

¡Pasaste ya! La ciencia cada día
Nos arrebató un sueño, y despiadada
Sólo la duda á nuestra mente fía.

Mas no pretendo yo que encadenada
La inspiración en el altar pagano,
El vuelo tienda hacia la edad pasada.

El arte, de la forma soberano,
Mayor intensidad, mayor altura,
Luego alcanzó del ideal cristiano.

Láncese aquélla, pues, donde fulgura
El sol del Porvenir; mas siempre esplenda
Rica y sencilla, transparente y pura.

Y en vez de entrar en criminal contienda
Con los pasados siglos, procuremos
Que el nuestro los reuna y los comprenda.

Heleno mármol con afán busquemos,
Y de la luz moderna á los fulgores
Estatua nueva y magistral labremos.

¡ Criollo, dices, no soy, porque loores
No entono al grito del chajá, y prefiero
Los trinos de los dulces ruisseñores !

¡ Porque el ombú no canto ni el pampero,
Ni el perfume dudoso del seibo,
Ni los, famosos ya, huevos de *tero* !

¡ Oh irreverencia atroz ! ¡ Oh pecho esquivo
Al amor de la Patria ! ¡ Oh si aun ardiera
La Inquisición, para abrasarte vivo !...

¡ Qué ! ¿ No ves, Rafael, por donde quiera,
Cómo la idea, de esplendor ceñida,
Rueda veloz por la celeste esfera ?

¿ No oyes la voz del siglo, engrandecida,
Que con acento universal, profundo,
Al gran festín la humanidad convida ?

¡ Álcese el canto espléndido y fecundo,
No ya sólo á ensalzar la Patria amada,
Sino también la comunión del mundo !

Désele aquella sencillez preciada
Que tuvo en otros tiempos, y serene
Del Plata la corriente arrebatada,
El raudal, siempre claro, de Hipocrene.

Calixto Oyuela.

Buenos Aires, Diciembre de 1881.

III

Á CALIXTO OYUELA

Siempre fué la modestia hija del fuerte,
Y del talento, el generoso empeño
De obscurecer los dones de la suerte.

Por eso, mustio, débil y pequeño,
Pintas tu numen, cuando siempre ha sido
De los espacios y las cumbres dueño.

¡ Lástima grande que á construir tu nido
Vayas, ave canora, entre las peñas
Y duros riscos donde no has nacido!

¡Que así prefieras miserables breñas
Al ombú de tus padres, al amparo
De las selvas de América risueñas !

¡Que huyendo un cielo azul, diáfano y claro,
Los climas busques extranjeros, donde
Es de sus rayos hasta el sol avaro !

¡Que no haya en ti esa fibra que responde
Á la voz melancólica y serena
Que el tibio seno de la Patria esconde !

¡ Á esa dulce amorosa cantilena
Que entonan por doquier montes y ríos,
Y allá en las noches de la Pampa suena !

No son antojos ni caprichos míos ;
No, que todo nos habla, hasta las flores
Que humedecen del alba los rocíos.

Y tú, en cambio, ¿ qué cantos, qué rumores
Escuchas, lejos de la tierra amada ?
Ya lo has dicho : ¡ los dulces ruiseñores !

¿Será su voz meliflua, regalada?
¿Reposará, en oyéndola, el sentido
En las Arcadias de la edad pasada?

¡Oh dulces tardes del Abril florido!
¡Cuál gozarás, moderno Nemoroso,
Oyendo el fácil canto no aprendido!

Y más, si Galatea el rostro hermoso
Amante vuelve á ti, mientras, paciendo,
Triscan tus cabras por el prado herboso.

Bella ocasión para empezar diciendo:
« ¡Oh más dura que mármol á mis quejas...
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo! »

Pero, dime, Calixto, ¿así nos dejas
Entregados á « bárbaros » cantores,
Y en pos del docto ruiñeñor te alejas?

¡Aplaudo tu misión! ¡Días mejores
Alcanzará la Patria, si al boyero
Enseñan á cantar los ruiñeñores!

Entonces será Julio nuestro Enero ;
Florecido el Abril ; menguado el niño
Que se atreva á comer huevos de tero.

De la edad infantil algún cariño
Les conservo, que al fin no son *malejos*
Cuando aun se tiene la color de armiño ;

Pero concedo que á tus gustos viejos
Otros huevos más clásicos convienen ;
Por ejemplo, de grullas ó vencejos.

Mas ¿ así mis tercetos se detienen
Á platicar de pájaros salvajes,
Cuando tus griegos á mi encuentro vienen ?

Cúmpleme honrar sus áticos linajes
Prestándote atención en este punto,
Siquiera sea por sus bellos trajes.

Los saludo cortés, y entro al asunto.
Heleno mármol con afán busquemos,
Dices, dando tu tesis en conjunto ;

Y, así que en el taller le coloquemos,
Añades con magnífica osadía,
Estatua nueva y magistral labremos.

¡Oh Numen creador! ¡Oh Poesía!
¿Tan pobre estás que tu caudal no basta,
Ni la opulencia de la Patria mía,

Ni aquellos Andes cuya sien contrasta
Con los de Paros invisibles picos,
Á hacer la estatua con la propia pasta?

¿Será, Calixto, que no somos ricos?
¿Que todo un mundo condenado viva
Á eterna copia? ¿que nacimos micos?

¡No, que en el Norte resplandece altiva
La gran Nación que al porvenir se lanza
Como indómita audaz locomotiva!

¡No, que ríe doquiera la esperanza;
Y por más joven que la Patria sea,
Algo pesa del mundo en la balanza!

¡Esta no es tierra para usar librea!
¡Esta no es tierra para andar buscando
Dorados grillos con que atar la idea!

Al esplendor de la verdad marchando,
Cumpla el Arte en la Patria los destinos
Que se vaya á sí mismo señalando;

No prefiera ni griegos ni latinos;
Y para ser ante los pueblos grande,
TENGA FORMA Y ESPÍRITU ARGENTINOS.

Como el árbol arraigue, crezca, mande
Su grata sombra, su simiente al mundo,
Que así en la tierra un ideal se expande;

Pero conserve con amor profundo
Su generosa libertad primera,
Su sentimiento nacional, fecundo.

Torno á tu carta por la vez postrera.
¡Andrómaca infeliz! ¡Hécuba triste!...
Mas, oye, y dime la verdad sincera:

¿ Ante tal relación te conmoviste ?
¿ Ante el horror de semejante liza
Los ojos, espantados, no volviste ?

La escena que tu verso preconiza,
Con su salvaje majestad aterra,
Y, en vez de conmoverme, me horroriza.

Dejando á Homero y la troyana guerra,
Mi voto es este : que en la lira vibre
Blanda nota de paz, y que en mi tierra
El Arte sea, como el cóndor, libre.

Rafael Obligado.

Diciembre de 1881.

VI

Á RAFAEL OBLIGADO

Brilla más la verdad, aunque encendido
Su foco sea por inepta mano,
Que lo falso, hábilmente sostenido.

Por eso, Rafael, luchas en vano,
Y al pretender trocar en sombra el día,
Sólo muestras tu ingenio soberano.

¿ Por qué repites con tenaz porfia,
Haciendo agravio á mi sentir, que ingrato
El cielo no amo de la patria mía ?

¿ Por qué ese dulce sentimiento, innato
En todo noble corazón, me niegas,
Porque tus gustos ásperos combato ?

¿ Tan débil estás ya, que las manchegas
Armas dejando, con que al circo entraste,
Con las traidoras del sofisma bregas ?

Di, ¿ *también* con cartones las forjaste ?
Pues de otro modo comprender no es dado
Que un solo golpe á desfacérlas baste.

¡ Hijo soy de aquel pueblo denodado,
Que en sed de gloria y libertad ardiendo,
Clavó en los Andes su pendón sagrado !

¡ Que derramó en América el estruendo
De gigantesca y veneranda guerra,
Al són del canto triunfador muriendo !

¡ Que allá en las cumbres de su excelsa sierra
Rompiendo el cetro á la opresión airada,
Dió un mundo libre á la asombrada tierra !

¡Oh pueblo heroico y grande! ¡Oh Patria amada!
¡Feliz quien pudo en tu encendida aurora
Besar tu frente en esplendor bañada!

Hoy que la paz tus horizontes dora,
Ciñe tus sienes con el lauro hermoso
Por el que á Grecia todo el mundo honora.

¡Menos tú, Rafael, que en desdeñoso
Tono te atreves á llamar mezquino
Lo que es augusto, sin rival, glorioso!

¡Vive Dios que es tu empeño peregrino!
¿Obscuro el sol de Atenas? ¡Te ha cegado
Su mar de lumbre, su fulgor divino!

Deja para quien nunca ha penetrado
En el templo del Arte, hallar más grande
Que el áureo Olimpo el Illimani helado.

Que en él, de Grecia la montaña expande
Sus verdes faldas, mórbidas, rientes,
Mientras que apenas se dibuja el Ande.

Alumbre, pues, sus atrevidas frentes
Del numen griego la sin par belleza,
Derramándose en vividos torrentes.

Y con su misma virginal pureza,
Que eternamente vive, ensalce el canto
Nuestra hermosa y feraz naturaleza.

Ese es el mármol, Rafael, que tanto
Te indigna y hiere que á buscar acuda
En aquel clima de celeste encanto.

Mas tú pretendes que aunque tosca y ruda
La *pasta* sea, trabajando en ella
Se alce la estatua de primor desnuda.

¡Oh ingenio creador! ¡Oh clara huella
La que anhelas seguir, envuelta en brumas!
¿Somos indios tal vez? ¿Es nuestra estrella

La que alumbró á Capacs y Motezumas?
¡Hé ahí el *summum* de tu ardiente anhelo:
Quieres ¡ya entiendo! que vistamos plumas.

¡ Soberbia pretensión ! ¡ Tènder un velo
Sobre el nuevo astro que radiante asoma
En nuestro inmenso y transparente cielo !

¡ Hijos somos también de Grecia y Roma !
Una del Arte el luminar enciende,
La otra, invencible, los imperios doma.

Mas no mi musa sujetar pretende
Con duros *grillos* la sublime idea,
Que á ella también la esclavitud la ofende.

El noble lazo de nuestro arte sea,
La razón clara, la conciencia pura;
Y en vez de usar ridicula *librea*,

Quiero realce su gentil figura
La túnica sencilla y elegante
Con que se adorna y viste la hermosura.

¿ Qué hallas en esto porque así te espante ?
¿ Dó está la copia ? Si la estatua es *nueva*,
Nuevas formas tendrá, *nuevo* semblante.

Mas ¡guay del canto que de hoy más se atreva
Á ser puro y sereno ! ¡ Infame ! ¡ Viejo !...
¡ Vejez robusta que al empíreo eleva !

Pero este punto presuroso dejo,
Que en busca de otros mi bridón se lanza,
Porque no digas que callando, cejo.

No es el zagal que descuidado avanza
(Galatea... más bien), cabras guiando,
Lo que de Grecia á entusiasmar me alcanza.

Es Píndaro armonioso, coronando
La frente de los héroes ; es Tirteo
De guerra el grito por la Patria dando ;

De Leonidas el grupo giganteo,
Y su muerte inmortal ; la dulce lira
Del sin ventura enamorado Orfeo.

¡ Oh, cuando absorta nuestra mente gira
En torno á aquella antigua heroica gente,
Aura de gloria y majestad se aspira !...

Tan sólo quieres ver la rabia ardiente
De Aquiles, cuando en Héctor ensañado,
La furia atroz de las venganzas siente.

Mas el poder inmenso, aunque velado,
Que en la verdad del sentimiento existe,
De tus prejuicios mismos ha triunfado.

Si, amigo, á tu pesar te conmoviste,
Pues clamas con acento lastimero :
¡ Andrómaca infeliz ! ¡ Hécuba triste !

¿ Lo ves ? ¡ Sollozas recordando á Homero !
¡ Vamos ! no sólo el corazón golpean
El chajá, el rancho, el seibo y... los de *tero* !

¡ *Clásico* eres también ! ¡ Loados sean
El Señor y los ángeles benditos !...
Mas ya los hornos del Infierno humean

Para ti, Rafael, y en infinitos
Tormentos vas á arder, que *irreverente*
Mentar osaste los antiguos mitos.

¿No hablas de *Marte* en tu Cartel valiente?
¿No afirmas que mi *Musa* (á quien festejas)
Se retrata del Tajo en la corriente ?

No te parecen, veo, tan *malejas*
Las helenas ficciones, pues, con tino,
Entre tus cantos revolar las dejas.

Mas prodigarlas mucho es desatino,
Que aunque en imagen viven, ver es justo
Que no cree en la Sibila el argentino.

Da libre rienda á tu sencillo gusto,
Que es clásico también, aunque hora gime
De la *consigna* bajo el ceño adusto.

Y pues inculta forma al canto oprime,
Y su alto vuelo triunfador detiene,
Sus lazos rompa, y límpido y sublime
Como en el Pindo, en nuestros Andes suene.

Calixto Oyuela.

Diciembre de 1881.

V

Á CALIXTO OYUELA

*Deja para quien nunca ha penetrado
En el templo del Arte, hallar más grande
Que el áureo Olimpo el Illimani helado.*

*Que en él, de Grecia la montaña expande
Sus verdes faldas, mórbidas, rientes,
Mientras que apenas se dibuja el Ande.*

¡ Vaya un ardid para engañar las gentes !
¿ Tan mal parada tu montaña viste
Que tal argucia te saltó á las mientes ?

— « Para darle más talla, te dijiste,
 « Echémosle una bóveda al Parnaso,
 « Y al Illimani vencerá y al Miste.

« Una cosa es mirarlo á cielo raso,
 « Donde sólo las cumbres gigantas
 « Van de las nubes á cerrar el paso ;

« Y otra, bajo las bóvedas pigmeas
 « Del templo de mi pueblo, donde exijo,
 « Rafael, que te inclines y lo veas. »

Sí, lo veo... ¡ y es grande ! Quien te dijo
 Que me niego á admirar tales portentos,
 Ese, Calixto, te engañó de fijo.

De muchacho bebíame los vientos
 Por ver montes sagrados. Mil campañas
 Hice en pos de famosos *nacimientos*.

¡ Qué montañas, Calixto, qué montañas !
 ¡Cuál se erguían sus piedras de cartones
 Casi casi hásta dar con las arañas !

Tres reyes, no más blancos que *gorriones*,
Postrados ante el Niño, le ofrecían
En muda adoración preciosos dones.

Y aunque ignoro en verdad cómo subían,
Allá en las grietas de las altas peñas
Pesados bueyes sin pacer vivían.

Una *Arcadia* de jóvenes risueñas
Y *pulidos pastores*, sus rebaños
Apacentaban por aquellas breñas.

Y como esto admiré por muchos años,
Y aquel *áureo* gigante parecía
Hender las nubes... de plegados paños :

¿ Cómo extrañar, Calixto, la alegría
Con que me enseñas tu Parnaso, alzado
Debajo de la excelsa galería ?

Soberbio debe ser ; mas, ten cuidado
De no mostrarlo bajo el cielo hermoso .
Donde se ostenta el *Illimani helado* !

En llamarme manchego andas gracioso ;
Y es así la verdad, sin duda alguna,
Sea Henares mi patria, ó el Toboso ;

Porque yo, por tu bien y tu fortuna,
Aunque *áspero y salvaje*, ando vestido
De *caballero de la blanca Luna*.

« Á ley del vencedor quede el vencido
(Dice un código antiguo, que yo acato),
Ora esté derribado ó mal ferido. »

De que yaces por tierra largo rato,
¿ Quién dudará, Calixto ? Y pues no hay veto,
¡ Eres muerto, ó me cumples el contrato !

Oye, pues, tu sentencia, griego neto :
Á fin de arrebatarte á esas quimeras,
¡ Doce meses de Pampa te decreto !

No canta *Filomena* en sus laderas,
¡ No hay rebaños de dioses *sonrientes*,
Ni cabras, ni ridículas cabreras :

Jamás de hiedra las lozanas frentes
Ciñen las ninfas, matizando el suelo
Cabe la margen de las claras fuentes ;

Pero, en cambio, ¡qué vasto es aquel cielo !
¡Cómo enciende en el alma del poeta
Un vivo impulso de tender el vuelo !

Te conviene, Calixto, esta receta,
Pues siempre goza el que el pampero aspira
De buen sentido y de salud completa.

Ya nunca más tu generosa lira
Irà de Orfeo á recoger migajas
En un banquete que es mitad mentira.

¡Qué ! ¿No ves que la humillas y rebajas
Rindiendo culto á la ficción rastrera
Que el vicio ensalza y las pasiones bajas ?

Si quieres dioses, no los busques fuera :
¡ Ama el Sol de los Incas, cuya lumbre
Reluce de tu patria en la bandera !

No te cause el dejarlos pesadumbre ;
No estén tus ojos sin cesar abiertos
Á los que otros adoran... por costumbre.

« Deja á los muertos enterrar sus muertos »,
Y busca *nuevo mármol*, nueva vida,
De mi América amada en los desiertos.

¿ No vale más su juventud florida
Que la de Venus ? ¿ Nuestra grande historia,
Que la leyenda de Hércules fingida ?

De Tirteo y Leonidas la memoria
Será gloriosa, como dices, pero...
¡ Un argentino mendigando gloria !

Cierto día, un ejército extranjero
En Ayohuma nos venció... ¡ Aquel día
Fué bien triste en la patria del pampero !

Infauستا noche, tempestad sombría,
Se desplomó en la tierra que en otrora
Al tibio beso de la luz reía.

Inerme virgen que en silencio llora,
Quedó la Patria, en su letal desmayo,
Á merced de la hueste vencedora.

Y con el pueblo que naciera en Mayo,
Al fin, Caracas, su gloriosa hermana,
Como herida cayó del mismo rayo.

¿Quién salvará á la tierra americana,
Si no hay *Tirteos*, que en audaz querella,
Luchando uno con mil, venzan mañana?

¿Quién? ¡Güemes y sus gauchos! Se alza en ella,
¡Y cinco veces el león hispano
Contra su pecho varonil se estrella!

De San Martín el potro pampeano
Salta los Andes, y derriba y pasa,
Como una tromba, hasta el confín peruano!

¡Esos son los *Leonidas* de tu casa!...
Beba en la fuente de esa gloria el Arte,
Nunca á la noble inspiración escasa.

¡ Háblame ahora de tu excelso Marte ;
Ó de aquellos sus ínclitos parientes,
Hermanos de Amadís y Durandarte !

En altos versos, por demás valientes,
Tu amor nos juras á la Patria bella,
Asombro, dices, de extranjeras gentes.

¡ Al fin te acuerdas que has nacido en ella !
¡ Al fin te postras á besar contrito
De sus victorias la fulgente huella !

Sí, griego contumaz, te felicito,
Porque has herido el Tempe y el Egeo
Con tan *salvaje* inusitado grito !

Mas, francamente, en tu pasión no creo,
Ni en el calor de la muriente llama
Á cuya lumbre tus tercetos leo.

Si tal amor tu corazón inflama,
¿ Cómo es que nunca de tu plectro de oro
En encendidos cantos se derrama ?

¿Cómo es que prestas al castalio coro
Atento oído, cuando el aire llena
La grande voz del Paraná sonoro ?

¿Cómo es que olvidas la soberbia escena
Donde teje, en las noches, el Crucero
La blanca gasa de su luz serena ?

Pero, díme, bucólico cabrero,
Y por ende, amador: ¿conque no *cejas*
Ante las flechas del voluble arquero ?

¡ Cruel Galatea ! ¡ Desdeñar tus quejas !
¡ Ay, Calixto, Calixto, esa muchacha
No vale un huevo de tus *grullas* viejas !...

¿ Conque he mostrado sin querer la hilacha,
Y me empujas al báratro sombrío
Porque de *Marte* diseñé la facha ?

¿ Conque clásico soy, porque de un río
Vi á la margen tu *Musa* ?... Si es por eso,
La inocencia te valga. amigo mío.

Andrómaca... ¡es verdad ! Yo te confieso
Haber sentido, como tú lo quieres,
Ante su duelo el corazón opreso.

Ni el clasicismo, en tan amables seres,
Podrá nunca evitar que beba, amigo,
Gota á gota, el llorar de las mujeres.

Mas ya la lucha que emprendí contigo
Truécase en paz ; y al oprimir tu mano
Te declaro leal, noble enemigo.

Vuele, pues, tu alto numen soberano
Del mar de Grecia á la gentil ribera,
En tanto que yo agito sobre el llano
De Echeverría la inmortal bandera.

Rafael Obligado.

Diciembre de 1881.

VI

Á RAFAEL OBLIGADO

¡ Oh cuán exhausto ya ! Vedle : es el mismo
Que ayer no más, fatídico, iracundo,
Mostraba su arrogancia y su heroísmo.

Rayo en las lides fué : *terror do mundo* :
Y hoy, ya le veis, vencido y derribado,
Exangüe yace, y en sopor profundo !

Mas aun propicio en su infortunio el hado,
Al descargar sobre él tan duro azote,
Recurso salvador le ha deparado.

Áun puede tan orondo darse el mote
De vencedor... ¡ Oh espléndido trasunto
Del inmortal y altivo Don Quijote !

Mas no le imitas tú punto por punto,
¡ No ! que has dado en porfias tan extrañas
Como en su vida las urdió el difunto.

¡ Has superado, amigo, sus patrañas !
Pues, tratándose de Arte, se te ha puesto
Que has de medir por metros las montañas.

Y al ver que ante el Parnaso el Ande expuesto,
En el templo del Arte, se humillaba,
« ¡ *Por causa de la bóveda !* » has opuesto.

Mas, ¿ por qué si el pequeño se agrandaba,
El grande (en bulto), el de soberbia alteza
Su magnitud en mezquindad trocaba ?

¡ Porque en el templo de ideal belleza
De que te hablaba en mi anterior misiva,
No se mide por cuartas la grandeza !

En él del Andes la *apariencia* altiva
Sólo puede servir al inocente
Juego infantil que tu recuerdo aviva.

Fingiendo triunfos que ideó tu mente,
Pretendes, por mi mal, que un año entero
En pampa triste y desolada cuente.

Dime, ¿es tu empeño, Rafael, sincero ?
Crees, en verdad, que nuestra vasta pampa
Pueda del Arte ser rico venero ?

Pues yo te juro por la horrible estampa
De Lucifer, que es la región odiosa
Donde la Muerte descarnada campa.

¿Dónde estáis frescas fuentes, selva umbrosa,
Verdes colinas, aromadas flores,
Dulces aves de voz melodiosa,

Cascadas y torrentes bramadores,
Y cuanto, el suelo con vigor rompiendo,
Brotó, y hierve, y revienta en mil fulgores ?

¿Dónde vuestro almo y regalado estruendo?
 ¿En la Pampa quizá, insípida, escueta?
 « ¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo ! »

¡ Se goza en ella de salud completa !
 Lo creo, Rafael ; mas fuera vano
 Buscar inspiración para el poeta !

¡Ah! me olvidaba : afirmas que en el *llano*
 Rico *mármol* se encuentra... ¡ deteneos !...
 Fué un vahido, es verdad ... ¡ pero está sano !...

Te indigna que á Leonidas y Tirteos,
 En mi entusiasmo antiguo, ensalce y cante :
 ¡ Claro, no usaron poncho esos pigmeos !

¡Oh pecho el tuyo de la gloria amante !
 Que para honrar del héroe el alto brío,
 Ha menester... un mapa por delante !

Amo y venero los del suelo mío,
 Mas no por eso con mezquina valla
 De los demás mi corazón desvío.

Doquier el genio, el heroísmo se halla,
Allí mi admiración, allí mi encanto,
Que en grito ardiente y generoso estalla.

Tu carta, Rafael, en donde tanto
La gracia ostentas de tu ingenio agudo,
Pobre está de razones: prueba al canto.

¿Por qué, quedando ante las mías mudo,
Repites las que exhaustas, malparadas,
Tiempo ha salieron del combate rudo?

¿Están tus flechas, di, tan agotadas,
Que vas del suelo á recoger prolijo
Las ya romas, y en partes mil quebradas?

Permite, entonces, que *en mis trece* fijo,
Tè pruebe, transcribiendo con llaneza,
Que no por Fauno y Sátiro me aflijo.

*Y con su misma virginal pureza,
Que eternamente vive, ensalce el canto*
NUESTRA HERMOSA Y FERAZ NATURALEZA. ¹

¹ Epístola IV.

Punto, y aparte—¿Conque el gran quebranto
De Andrómaca infeliz, de Hécuba triste,
 Hizo á tus ojos asomar el llanto ?

¡ Oh, y cuán á tiempo por tu honor volviste !
 ¡ Cuánto te elevas sobre quien, menguado,
 Su error conoce y en su error persiste !

Loando de mi *verso levantado,*
 En honra de mi patria, el són valiente,
 Aun mi fervor patriótico has negado.

¡ Implicación clarísima, evidente !
 Y en prueba de ello á recordar te invito
 Que bien se canta lo que bien se siente.

Ese que llamas tú *salvaje grito*
 (¡ Extraño antojo, á fe !), mal preconizas
 Que deba el Tempe *herir* por inaudito.

¡ La Grecia es madre de héroes ! Sus macizas
 Falanjes dieron con valor sublime
 La voz de « patria » y « guerra » en grandes lizas.

Mas tu furor maniático no exime
Ni aun la helena ficción, cuando asegura
Que el vicio ensalza y la virtud deprime.

¿No te mueven su gracia y hermosura ?
¿Ó es fuerza, para ser vate argentino,
No amar sino el *carancho* y la llanura ?

¡Jove, Minerva, Apolo peregrino,
Venus Urania ! ¡ Encarnación profunda
De cuanto hay grande, universal, divino !

Mas tiempo es ya de que la lid fecunda
Á que fuí provocado, terminando,
Mi mano con tu mano se confunda.

Así, no temas que, cual tú, abusando
De mi difícil triunfo, te condene
Sino á esta obligación : seguir cantando.

Y pues la limpia fuente de Hipocrene,
Donde radiante se refleja el cielo,
Con tus gustos *natiros* no se aviene :

¡ Te mando, en premio de tu patrio celo,
Que zabullas tu Musa eternamente
En las revueltas aguas del *Riachuelo* !

En cuanto á mí, si me negó inclemente
El hado, alzarme á la región serena,
Límpida esfera que soñó mi mente ;

Dejaré, en cambio, que mi alma, ajena
Del espacio y del tiempo al linde exiguo,
Se torne á contemplar, de encanto llena,
La eterna juventud del mundo antiguo.

Calixto Oyuela.

Enero de 1882.

APÉNDICE

Sr. D. Calixto Oyuela.

Mi distinguido amigo :

Es de «antigua usanza» conceder á los vencedores en los torneos literarios la *rosa natural*, homenaje que en nuestra tierra bien puede sustituirse con una flor de scíbo, sin menoscabo, en mi sentir, de la belleza del premio tradicional.

Ciño, pues, á su noble frente de poeta la presente modesta guirnalda, hurtada á las selvas del Paraná, patria adoptiva de mi espíritu. Si ella no es tan lozana como fuera de desearse, débese á haber sido arrancada de las ramas bajas del árbol, no de la copa, donde se abren al sol las más bellas, condición que las coloca fuera de mi alcance.

Con todo, su sencillez, la falta de retóricos atavíos, el hecho de ser descendiente de «aquella vaquera de la Finojosa», como la hermosísima *Flor de la caña* del

infortunado *Plácido*, y hasta la habilidad femenina de presentarse ante Vd., conociendo sus gustos, envuelta en « túnica sencilla », si no elegante, son circunstancias que, reunidas, parecen bastantes á propiciarse su estimación.

Lleva encargo especial mi *morocha* (con perdón sea dicho de la Academia Española), de borrar, suprimir y aniquilar toda frase mal sonante que en el calor de la lucha hubiera deslizándoseme acerca de su persona, de mí tan estimada, ó de la escuela literaria por Vd. tan hábilmente defendida.

Dígnese recibirla como leal caballero, y ponga ella paz entre nosotros, cicatrizando las heridas por uno y otro abiertas, aunque con fingida saña, en la inaudita y nunca bien ponderada batalla que acabamos de fenecer.

De V. affmo amigo.

Rafael Obligado.

LA FLOR DEL SEÍBO

Al poeta Calixto Oyuela.

« Quiero realce su gentil figura
« La túnica sencilla y elegante
« Con que se adorna y viste la hermosura. »

(C. OYUELA)

Tu « Flor de la caña »,
Oh Plácido amigo,
No tuvo unos ojos
Más negros y lindos,
Que cierta morocha
Del suelo argentino,
Llamada... Su nombre
Jamás lo he sabido ;
Mas tiene unos labios
De un rojo tan vivo,
Difúndese de ella

Tal fuego escondido,
Que aquí, en la comarca,
La dan los vecinos
Por único nombre,
La flor del seibo.

Un día,—una tarde
Serena de estío,—
Pasó por la puerta
Del rancho que habito.
Vestía una falda
Ligera de lino;
Cubríala el seno,
Velando el corpiño,
Un chal tucumano
De mallas tejido ;
Y el negro cabello,
Sin moños ni rizos,
Cayendo abundoso,
Brillaba ceñido
Con una guirnalda
De flor de seibo.

Miréla, y sus ojos
Buscaron los míos...
Tal vez un secreto
Los dos nos dijimos,
Porque ella, turbada

Quizá por descuido
Su blanco pañuelo
Perdió en el camino.
Corrí á levantarlo,
Y al tiempo de asirlo,
El alma inundóme
Su olor á tomillo.
Al dárselo, «¡gracias,
Mil gracias!» — me dijo
Poniéndose roja
Cual flor de seíbo.

Ignoro si entonces
Pequé de atrevido,
Pero ello es lo cierto
Que juntos seguimos
La senda, cubierta
De sauces dormidos ;
Y mientras sus ojos,
Modestos y esquivos,
Fijaba en sus breves
Zapatos pulidos,
Con moños de raso
Color de jacinto,
Mi amor de poeta
La dije al oído ;
Mi amor, más hermoso
Que flor de seíbo !

La frente inclinada
Y el paso furtivo,
Guardó aquel silencio
Que vale un suspiro.
Mas, viendo en la arena
La sombra de un nido
Que al soplo temblaba
Del aire tranquilo,
— « Allí se columpian
Dos aves, me dijo ;
Dos aves que se aman
Y juntas he visto
Bebiendo las gotas
De fresco rocío
Que absorbe en la noche
La flor del seibo. »

Oyendo embriagado
Su acento divino,
También, como ella,
Quedé pensativo.
Mas como en un claro
Del bosque sombrío,
Se alzara, ya cerca,
Su hogar campesino :
Detuvo sus pasos,
Y, llena de hechizos,
En pago y en prenda

De nuestro cariño,
Hurtando á las sienes
Su adorno sencillo,
Me dió, sonrojada,
La flor del seíbo.

Rafael Obligado.

Buenos Aires, Febrero 13 de 1882.

Señor D. Rafael Obligado.

Distinguido amigo :

Después de haberme honrado con invitarme á la nunca vista y descomunal batalla « que acabamos de fenecer », elevándome así, aunque aparentemente, á su nivel poético, inaccesible para mí de otra manera, ha querido Vd. coronar su obra de benevolencia, enviándome su preciosa *morocha*, con el amable encargo de ajustar las paces entre tan belicosos caballeros.

Embelesado me ha, amigo mío, su natural elegancia, su sencillez graciosa, y sobre todo, el alma angelical que manifiesta en sus ingenuas y sentidas palabras. ¡Cómo no ha de amar Vd. *la flor del seibo*, habiéndola recibido, en prenda de cariño, de las manos de tan encantadora criatura! No es esto decir que no estimo bella en sí misma la mencionada flor, antes bien (sin duda por ser menos quisquilloso en prosa que en verso), acépto-

la de mil amores, no como trofeo de vencedor, sino como ofrenda de amigo, con el mayor deseo de que pase, desde mi frente, donde Vd. tan galantemente la coloca, á mi corazón, que es el sitio donde sin duda alguna desearía Vd. que estuviese, según se desprende del *retintín* con que me la regala.

Todo bien considerado, la verdad es, que si ponemos de lado las exageraciones en 'que uno y otro hemos incurrido á veces, impulsados por el ardor de la polémica, por el *brio caballeresco* de que tanto hemos alardeado, y sobre todo, por la forma poética, y por lo mismo apasionada, de que la hemos revestido: nuestras tendencias literarias, si bien distintas en sí mismas, no son en modo alguno incompatibles, antes mutuamente se atraen y complementan. En efecto, ¿cómo podría Vd. oponerse, siendo tan artista como es, á que la poesía americana participase de la morbidez, sobriedad y transparencia de las formas griegas (único modo levantado de entender hoy el clasicismo)? ¿Ni cómo puedo yo hallar malo el que nuestra literatura tome un tinte genuinamente americano, y que en vez de vivir de prestado, brote espontáneamente de nuestra naturaleza, de nuestras ideas, sentimientos y costumbres? En esto, más que en cosa alguna, quiero que imitemos á los griegos: en ser originales.

En este concepto (debo confesarlo, á fuer de leal contendor), no tiene Vd. rival entre nosotros. Amando y sintiendo profundamente la naturaleza (y claro está que

ha de ser la americana especialmente, que es la que Vd. conoce y observa), la traslada Vd. á sus obras con verdad admirable, y libre de ese círculo convencional, y harto manoseado, á que van á buscarla poetas por otra parte merecedores de la mayor estimación.

De ahí ese sabor americano, ese aroma virginal que por dondequiera se aspira en sus inspiradas creaciones, y que les dan carácter propio y señalado en el campo de nuestra literatura.

Coincidiendo, pues, como me consta, nuestras ideas, en lo fundamental, es conveniente, puesto que hablando nos hemos entendido (cosa que rara vez sucede), unir los fuegos contra nuestro verdadero enemigo: el *galicultismo*, si vale la palabra. Esa es la peste literaria que amenaza dar al traste con toda idea de legítima hermosura, con toda índole nacional entre nosotros, merced á su hálito liviano y superficial, y por lo mismo temible, pues además de extenderse rápidamente, es de una eficacia insuperable para halagar la indolencia y coronar medianías.

Su morocha le llevará pormenores sobre el particular, en unos pliegos cerrados que tendrá á bien poner en sus manos, debiendo al mismo tiempo, en reciprocidad del encargo que Vd. la confió, reducir á polvo ante su vista toda burla ó palabra excesiva que se me haya deslizado respecto de Vd. ó de su adorado americanismo.

Por lo demás, volviendo á nuestra liza, si ha habido

algún cándido capaz de suponer *que no debía parar en versos*, la inocencia le valga, como con gracia tan incisiva dijo Vd., al verse amenazado con la pez y las calderas del infierno, no por mí, que me limitaba á advertírsele, sino por ciertos espíritus meticolosos, que no sufren, ni incidentalmente, sin escandalizarse, una deidad griega ; pero que son muy capaces de vaciar en sus escritos un formidable ejército de ondinas, silfos, huríes, trasgos, brujas, y todas las walkirias del Walhalla.

Con el más sincero agradecimiento por su lisonjera misiva, y su honrosa y galante dedicatoria, tengo el gusto de suscribirme su siempre afectísimo y leal amigo

Calixto Oyuela.

Buenos Aires, Marzo 15 de 1883.

Señor D. Carlos Guido y Spano.

Querido maestro y amigo :

Usted y no otro, introdujo en la tierra de la mazamorra habiéndoselas en descomunal batalla con el Dr. Valderrama, la moda de sacudirse el polvo en gallardos tercetos; y hé aquí que nosotros, llevados de su ejemplo, no hemos querido ser menos en el arte de descalabrar al adversario.

El motivo de la pendencia está de manifiesto en las epístolas adjuntas, donde, á vuelta de vapuleos un tanto apasionados, déjense traslucir *las causales* de ella, así como los propósitos y tendencias de los combatientes. Pero como ambos, modestamente, nos hemos atribuído el triunfo, y las paces firmadas en prosa más han sido añagaza para escapar de la arena con los honores de la guerra, que sincero apretón de manos (por cuanto privadamente seguimos dándonos á más y mejor), hemos menester de benévolo y alto intermediario,

el cual servirá para ponernos en paz y colocar en su fiel tan mal acondicionada balanza.

Hartas razones nos asisten para confiar á Vd., nuestro maestro, la última y definitiva palabra del debate ; y es una de ellas el haber Vd. cantado así á la patria *en que la dulce Erina se coronó de mirto*, como á la tierra donde oyó gemir tiernamente á la hija del Lambaré, *rasgado el blanco tipoy* ; prendas ambas, que además de las cualidades de su espíritu, nos aseguran la imparcialidad de su fallo.

Ponemos, pues, en sus manos nuestro modesto folleto.

¿ Debemos mantener enristrada la lanza, en alto el escudo, baja la visera y pronto el acicate, esperando el són de la guerrera trompa, ó asirnos amigablemente del brazo y apartarnos de la sanguinolenta arena ?

Maestro : una palabra, y depondremos las armas, ó en busca del adversario hundiremos nuevamente la espuela á nuestros jamás fatigados bridones.

Cruzando las lanzas en honor suyo, y saludándole con los vistosos penachos que el aire agita sobre las bélicas celadas, esperamos inmóviles el fallo.

De Vd. admiradores y amigos

Rafael Obligado. — Calixto Oyuela.

Buenos Aires, Marzo 25 de 1883.

Señores Rafael Obligado y Calixto Oyuela.

Amigos :

Cuentan viejos libros que Sócrates, en vísperas de recibir como discípulo á Platón, soñó que un cisne venía á posarse en su seno. Yo que vivo montaña de por medio con la sabiduría, no he soñado nada ; lo cual no ha impedido que dos pájaros canoros y de cuenta, se me viniesen encima á acariciarme con sus alas. Es sumamente lisonjero.

¡ Oh aves desocupadas y gárrulas, de libre y gentil vuelo, nacidas puede decirse en el mismo espinillo, aunque prefiera la una hacer su nido en el chapitel de alguna columna jónica ó corintia, y la otra en el alero de cualquier rancho de las islas cubierto de *biricuyá* y *alverjilla* ; amables calandrias que cantáis á la aurora, ya que habéis venido á visitarme á los primeros fríos

de mi invierno, después de saludaros gozoso, seguid alegres vuestra ascensión aérea; encontrad fruta deliciosa que picotear en los verjeles del tránsito; y pueda yo escuchar agazapado en la enramada vuestros gorjeos matinales, repitiendo los votos del excelso agustino español:

Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atendido.

Metáforas y reminiscencias poéticas aparte, hermanos en Cristo (no quiero decir en las Musas por no desobligar á Obligado), he recibido vuestra carta y los versos á que ella se refiere. Son bellos y armoniosos. Aunque lo sepáis, es grato repetirlo. Esos tercetos remozados y frescos, me producen el efecto de una salvilla de plata maciza del tiempo de la *Vireyna cieja*, llena de mosquetas y jazmines recogidos en alguna quinta de Belgrano.

¡Qué diría Leonardo y Lupercio de Argensola; qué el fiero Dante, al ver el molde severo de sus pensamientos, sirviendo á los caprichos ingeniosos de nuestros poetas porteños! Les parecería algo de profano, así como si se sirviese en un banquete *Chateau Cordeiro* en los copones de la catedral. Pero pesia á aquellas grandes sombras, resulta que el terceto sirve para

todo, hasta para condenar el clasicismo. ¡ De repente se ha de iluminar el Escorial con luz eléctrica! ¡ Qué tiempos !...

Dejándonos de reflexiones melindrosas, ¿sabéis, amigos, que el haberme llamado maestro, si obliga mi gratitud, me llena de rubor? ¡ Maestro yo, que tanto hubiera necesitado aprender! Llamadme antes compañero afectuoso, y quedaréis cumplidos. Anda por ahí un fénix ya calvo de las letras, redomado admirador de sí mismo, que afirma no sé nada, bajo la fe de su sapiencia. Á verdad tan pelada no hay respuesta. ¿ Cómo aceptar entonces el título honroso que me dais? Ganas me vienen de decir algo semejante á las palabras del Marqués de Villena en el Macías, cuando recibió la carta del clavero, que se refería á sus horóscopos :

¡ Yo astrólogo, yo adivino!
 ¡ Yo dado á la nigromancia!
 ¡ Sólo porque ven más libros
 Reunidos en mi casa
 Que en todo el reino! ¿ Y acaso
 Podrán saber lo que tratan?

No, gentiles caballeros, yo no soy maestro de nadie, y menos de vosotros, que marcháis á la plena luz de privilegiada inteligencia. La tea que llevo en la mano es vacilante; solo alumbrá mi paso entre las ruinas de la pasada juventud. Sea como fuere, es dulce

la palabra de la amistad que nos alcanza en el retiro y en la sombra.

Viniendo ahora á lo esencial de la cortesísima misiva á que contesto, me ocuparé rápidamente en ello, echando todo escrúpulo á la espalda, y después de santiguarme tres veces á fuer de buen cristiano. ¿Conque deseáis que yo decida en la descomunal contienda, pidiéndome consejo para seguir lidiando ó hacer paces? ¡Vaya un compromiso!... No importa... Conozco las piezas del debate; las sé casi de coro. Me he inclinado ya á este, ya á aquel lado, y apenas si aún puedo salir de mi perplejidad.

¿Quién no diría que Oyuela tiene razón en su culto por las dos familias divinas, la griega y la cristiana (aunque de ésta no tratara al presente), volviendo la vista sin cesar á la egregia patria desheredada de los dioses y los héroes, en que cantaba Píndaro, que vive más que las acciones, la palabra escapada de un alma profunda por labios amados de las Gracias? «Es allí donde Citerea ama todavía bajo el mármol, y donde esparcida su hermosura en la límpida atmósfera, aspiramos una parte de su inmortalidad». Lo ha dicho bien el poeta: «una miel pura fluye aún sobre el Hymeto. Apolo dora siempre los largos veranos de aquella tierra consagrada, y los mármoles del Pentélico resplandecen todavía al fuego de sus rayos». Encadenados al carro del arte victorioso, somos sus cautivos, y mi amigo el cantor de *Eros* ha podido repetir con Byron: «Bella

Grecia, de hielo ha de ser el corazón que te mire sin sentir lo que siente un amante inclinado sobre las cenizas de su amada ».

Mas por grande que sea nuestra admiración, atraídos de los prestigios de la belleza clásica ; por intensa la sed que nos lleve á beber en las fuentes inspiradoras donde las Náyades suspiran, no debemos olvidarnos ni de nuestro tiempo, ni para refrescar nuestros labios en la fiebre ardiente de la vida, del manantial que surge en la tierra nativa, dando lozanía á los prados en que corrió nuestra niñez, acompañamiento rumoroso á nuestros ensueños juveniles, y vigor al alma siempre ambiciosa de nuevas impresiones. Fijar la mente en un ideal artístico de convención, inmutable, equivaldría á inmovilizar el pensamiento en las fruiciones de un éxtasis perpetuo, privándole de su fecundidad incesante. Enhorabuena venérense las reliquias de las grandezas caducadas, sin arrebatar á los altares derruídos sus mutilados simulacros ; arrodillémonos en los venerables santuarios donde la humanidad pontificó bajo la representación del genio antiguo ; pero salgamos luego al aire libre, y admiremos, fortalecido el espíritu, á la naturaleza eternamente renovada. Las corrientes de la vida nos arrastran. Si la memoria vuélvese al pasado, es como la llama de una antorcha llevada contra el viento. No la dejemos apagar.

Y viniendo ahora á ti ¡oh Rafael! poeta de los dul-

ces cantares argentinos, adorador del Sol y de la pampa; también se creería, si se juzgase sólo por el sentimiento engendrado en las blandicias del hogar, que arrebatas la palma á tu adversario. ¡Es tan bella la patria, su historia tan dramática, sus aspiraciones tan altas! Á más, sabes que ni la credulidad mítica, ni la mística, existen, ¡no teniendo en gran cuenta, que digamos, á las divinidades del Olimpo, ni disposición ninguna, por lo visto, para ir á las viejas catedrales á buscar á los santos y á los ángeles en sus hornacinas de piedra, aunque lo hiciera Goëthe corriendo en pos de la leyenda. Campo y más campo, cordillera tras cordillera, el espacio, los anchos y solitarios ríos, el cielo fulguroso, la inmensidad, los Andes. Ahí, según tu criterio literario, joven, fresca, inviolada, existe la inspiración, la poesía de América, que no necesita las guirnaldas marchitas de los templos paganos, ni las rosas de Jericó para realzar su hermosura, cuando tenemos por esos *cercos* la del país, con un olor exquisito de serrallo recién inaugurado. La melancólica guitarra vale tanto como la lira de Orfeo, y los *tristes* de aquella no son menos tiernos que las lamentaciones del amante de Eurídice en el fondo del Hemus, muy bien despedazado por las mujeres de la Tracia, á quienes desdeñara, cuando por acá las queremos á todas. ¿Qué necesitamos de los idilios del valle de Tempe, valle de abanico, de las palomas de Venus, ni de los cisnes de Erimanto, que en resumidas cuentas no eran sino una

especie de patos más blancos y con el pescuezo más largo? Nada falta para nuestros cuadros bucólicos, ni el chirrío de las carretas, *stridentia plaustra*, que decía Virgilio. Y si remontamos el vuelo ¿pediremos á la ficción lo que la realidad nos ofrece? Á nuevo mundo, nuevos cantos. Cuando se posee inmenso y rico territorio, nobles tradiciones; ensanchada por el empuje de los siglos la órbita del pensamiento y de la actividad material, no es cuerdo el irse á vivir encaramado en el Pindo, sin otro prospecto que el de petrificarse en el arrobamiento de un arte envejecido.

¡Desventurado! ¿Ignoras que al lado de la nuestra, y detrás, hay otras civilizaciones que vienen transmitiéndose en el tiempo su luz y sus tesoros? ¡Has recogido ampliamente la herencia, y aparentas desconocer el beneficio! ¿De dónde aprendiste las sentidas modulaciones de tu lira, pues por más que quisieras negarlo, lira es la tuya á que las mismas Gracias pusieron cuerdas de oro? ¿Rehusarías, te preguntaré con un grave humanista, reconocer lo divino porque aparece en el arte y el placer, y no sólo en la conciencia y en la acción? No se trata de someterte á estrechas reglas, ni á los preceptos de una pedantería tiránica; pero tu misma originalidad envidiable nos está revelando que el fruto no se ha colorido en el árbol sin que una savia robusta sustentase sus raíces. La planta humana se desarrolla, es cierto, en cualquier zona;

mas ha de ser á condición de no dejarla, antes de estar crecida, á la intemperie. En donde hay vida, sin duda, existe la belleza, y por consiguiente la poesía. Empero las formas nobles y graciosas con que la traducimos á nuestro lenguaje limitado, no se aprenden con sólo descender al fondo de nuestro corazón, ni contemplando embelesados una naturaleza exuberante. Es menester pasar por la Academia, adornada con las estatuas de las deidades antiguas. Tu *Flor del setbo* habría muerto desconocida á la margen solitaria del río, si no la hubieses presentado á nuestra admiración en vaso fino de cristal. No obstante lo dicho, acepto como si fuera mío, y te encargo su traducción en romance, este verso genial de Lafontaine: .

Donne:-moi du nouveau n'en fût-il pas au monde.

Ahora, sin insistir más en las doctrinas que no pretendò enseñar, y que sólo he desflorado para retardar, según es de práctica entre jueces, el fallo que se me pide con desparpajo gallardísimo; leídas una y otra vez las composiciones rítmicas, causa del berenjenal en que denodadamente se han metido y me han metido sus autores; declaro, que en Dios y en mi ánima, después de pensar con madurez los relevantes méritos, respectivos de aquéllos, ninguno de los dos amantes de la gaya ciencia que aguardan esta decisión en el tor-

neo literario á que bajaran, manteniéndose en actitud belicosa, merece exclusivamente la palma, y sí ambos ser coronados, de jacintos Oyuela, y Obligado de sauce arrancado á orillas del San Borombón, que corre cantando *vidalitas*.

Item más opino, que Oyuela, domiciliándose en Cañuelas, donde á falta de ambrosía se alimentará con matambre y picana asada, debe abandonar la lectura de Homero y su familia lírica, siquiera unos 20 años, sustituyéndola por la de *Aniceto el Gallo* y *La vuelta de Martín Fierro*, que aprenderá de memoria. Mientras, para equilibrar, robustecer y *acriollar* su temperamento literario, será bueno que aprovechando este invierno, vaya á camparse en la laguna *Pichi*, próxima del *Nahuel Huapi*, tomando después de cada baño *un verde*, mejor que el néctar de los dioses. El viaje de ida y vuelta, *churrasqueando* á su gusto en el camino, lo emprenderá en un mancarrón patrio, y por ser poeta, ensillado con un *recadito cantor*; así se librará del Pegaso, animal arisco y duro al freno. De paso hará pascana en la estancia de D. Benjamín Zubiurre, ó en *Poronguitos*, asistiendo en oportunidad á la *esquila* y á la *yerra*. No faltará allí quien le enseñe á echar un *pial*. Para amenizar aquellas faenas campestres, dejándose de las odas de Safo, cantará junto al fogón, en un tiple del guitarrero Ramírez, la *milonga*,

Haciendo gemir la prima

Y llorar á la bordona.

Siendo moralmente imposible modificar de sopetón los gustos artísticos adquiridos en el estudio de los clásicos, que se nos pegan como la túnica de Neso, en vez de llevárselo soñando con el Partenón y las maravillas helénicas, podrá pasar las horas muertas en contemplación de la piedra movediza del Tandil, recordando los versos emolientes del más inocentón de los poetas :

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente, etc.

De este modo su espíritu se irá tiñendo poco á poco con el colorido local, que tanto le recomienda su émulo, con quien se haría luego la paz al són de una habanera quebrada, bailada por puros criollos con sus *minas* flexibles.

Respecto de Obligado, soy también de dictamen, que inmediatamente se ponga en viaje, aunque sea en una balandra con *troja*, poniendo el rumbo al mar Egeo, sin parar hasta Atenas, y allí, en la augusta ciudad de Minerva, la de los ojos azules, diosa de la sabiduría, que según malas lenguas no inspiró nunca á ningún poeta, aprenda el griego, reverenciando las ruinas que han venerado las naciones. Pero antes, por medio del bautismo clásico, atravesará á nado el Helesponto de Abydós á Sestos, munido al efecto de vejigas hinchadas; visitará luego las sagradas márgenes de Delfos, y dirigiéndose en seguida al bosque antiguo de Dodona, per-

manecerá en él, en sus fuentes habitadas por ninfas, y evocando en la soledad sus divinos oráculos. En todo este tiempo no probará el mate, ni fumará un cigarrillo de tabaco negro, teniendo por único sustento la dorada miel fabricada por las abejas del monte Hibla. Con este régimen, sin olvidar á Santos Vega, exaltada su fantasía, verá pasar ante sus ojos la sombra gigantesca de los antiguos vates, á quienes saludará quitándose la *galera*, admirando la gracia, la perfección de la forma en sus cantos celestes, y volverá á sus pagos espiritualizado, con gran copia de colores, con impresiones indelebles, trayendo en el oído el eco de la verdad noble y sencilla, y en la mente un reflejo del esplendor olímpico, para iluminar sus cuadros argentinos, sin mengua de su originalidad y su frescura.

Ejecutada esta receta, me persuado ¡oh jóvenes amigos! que acabaréis por entenderos, sin que ni las Musas, ni los manes de los Incas puedan quejarse de vosotros. Seréis más completos abrazándoos. La poesía, de origen divino, no tiene patria, ni escuela. Sus dones están esparcidos en la tierra, y aquel será más feliz que pueda juntar en su guirnalda á las adelfas del Euirotas, las flores silvestres de nuestro suelo bendecido.

Aquí debiera terminar, que ya es tiempo; mas no quiero hacerlo sin pedir excusa por el retardo de esta contestación. Se explica. Recibí la carta á que respondo, el primer día de la semana santa; y temeroso de caer en pecado mortal ocupándome en versos en horas

que la cristiandad destina á meditaciones piadosas, he esperado el Domingo de Pascua, para dirigirme á vosotros con la conciencia limpia. Haced tregua á vuestra contienda, que será buen consejo, sin perjuicio de seguir cantando á destajo cada cual en su cuerda. Habrá ganancia para todos.

Agradeciendo cuanto de mí decís de bueno, cúpleme ahora corresponder vuestro gentil saludo, agitando al aire mi blanca banderola, donde acabo de inscribir por mote, precaviéndome de volver ya á terciar en doctas zalagardas, el sabio axioma de Zenón: *Abstine et sustine.*

Carlos Guido y Spano.



II

IMPOTENZA ¹

(TRADUCCIÓN)

Nosce te ipsum.

O mille volte e mille te beato,
Condor superbo, che t' innalzi a vol
Superbamente nello smisurato
Pelago d'oro del fecondo sol !

Felice te, ché dall' eterea via
Senti potente e fervido vibrar
Il bacio eterno che all'Eterno invia
La palpitante immensità del mar !

¹ Esta traducción fué hecha sobre el texto primero de mi original. Algunas modificaciones que luego he introducido en él no han podido, pues ser tomadas en cuenta por el distinguido traductor.

Perchè se, ingrata, mi negò natura
Del tuo sublime volo esser rival,
Accese in me quest' ansia imperitura ?
Questo di gloria anelito immortal ?

Perchè questo desio che sì mi coce
Per l'aroma e pel fior della beltà,
Se l'impotenza l' ugnà sua feroce
Nei miei conati sempre immergerà ?

Io t' intravvedo; o eccelsa venustade,
Limpida e glauca come il glauco ciel,
E paionmi ombra il ben, la veritade,
Quando t' affacci nel tuo fulvo vel !

E penso, contemplandoti anelante,
Che nel cervello mio scendi talor,
E che al lasciar la mente mia sognante
Sorgi imbevuta del mio sommo amor.

Inutil brama ! Inferno orrendo e fero
L' Eden sognato subito si fa,
Che ratta sfugge al servo mio pensiero
Dell' esser tuo l'eccelsa maestà.

Così rammenta il prigioniero e pensa,
Al breve raggio che gli vien di fuor,
Che là del cielo nella vòlta immensa,
Il sol dispande i vivi suoi fulgor.

A che guardar la nuvoletta bianca
Che via si perde nell' immensità,
Se l' abbattuta nostra mente stanca
Nel sozzo limo diguazzando sta ?

A che mi serve il raggio incerto e tardo
Che vienmi l' alma cupida a chiarir?...
Non esser grande, vale esser codardo !
Nel cielo ha la sua fonte il mio desir !

S. Angelini.

ÍNDICE

	Páginas
Á Fray Luis de León.....	1
La vuelta al campo.....	9
Iris.....	25
Al arte.....	33
Eros.....	41
Á Rafael Calvo, <i>después de una representación</i> <i>de «Don Álvaro, ó La fuerza del sino»</i>	49
Á.....	57
En la pampa.....	59
Reminiscencias.....	61
Despedida de la infancia.....	67
Post nubila.....	75
Melodía.....	83
Triunfo.....	87
Al Niágara.....	89
Patria.....	97
Visión.....	103

	Páginas
El titán	105
Impresiones.....	113
Á España, <i>con motivo del terremoto de Andalucía, en 1884</i>	121
La bóveda oscura.....	123
Á la astronomía	131
En el álbum de Sara.....	139
Gloria y fe.....	141
Eternidad.....	149
Impotencia.....	153
Á Italia (Leopardi).....	157
Bruto menor (Leopardi).....	165
Lo infinito (Leopardi).....	173
La noche del día festivo (Leopardi).....	175
La vida solitaria (Leopardi).....	179
Á Silvia (Leopardi).....	185
Imitación (Leopardi).....	189
Los recuerdos (Leopardi).....	191
Amor y Muerte (Leopardi).....	201
Á sí mismo (Leopardi).....	209
Al mar (Byron).....	211
La lágrima (Byron).....	215
La nube (Shelley).....	219
Sueños (Heine).....	225
Las ondinas (Heine).....	227
La joven cautiva (Andrés Chénier).....	229
Á Italia (Filicaja).....	233
Confidencias (Condesa Lara).....	235

	Páginas
La palabra de la abuela (Condesa Lara).....	237
Sin besos (Condesa Lara).....	239
Paz (Condesa Lara).....	241
Estancia cerrada (Condesa Lara).....	243
Paisaje holandés (De Amicis).....	245
Plegaria (De Amicis).....	247
El amor del barquero (De Amicis).....	251
JUSTA LITERARIA.....	253
Apéndice	301



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA

EN BUENOS AIRES

EL 27 DE MAYO DE 1891

